



**MULTI  
MILLIONARIO**

**&**

*Canalla*

ELLA VALENTINE

# **Multimillonario & *Canalla***

Ella Valentine

# Índice

[Adam](#)

[Lena](#)

[Lena](#)

[Adam](#)

[Lena](#)

[Adam](#)

[Lena](#)

[Adam](#)

[Lena](#)

[Lena](#)

[Adam](#)

[Lena](#)

[Adam](#)

[Lena](#)

[Adam](#)

[Lena](#)

[Lena](#)

[Adam](#)

[Lena](#)

[Adam](#)

[Lena](#)

[Adam](#)

[Lena](#)

[Adam](#)

[Lena](#)

[Lena](#)

Lena

Adam

Lena

Adam

Lena

Adam

Lena

Lena

Adam

Lena

Adam

Lena

Adam

Lena

Lena

# Adam

—Lo que necesitas es una novia.

Alzo una ceja y miro con escepticismo a Dante, que señala una diapositiva proyectada en la pared mientras acaricia a su chihuahua. En esa diapositiva aparecen decenas de fotos de parejas sonrientes paseando por las calles de Nueva York.

Dante es especialista en la rehabilitación de personajes públicos. Papá lo contrató hace unos días para limpiar mi imagen de rebelde sin causa propenso a los escándalos y la mala vida. Según papá, ahora que he cumplido los veinticinco y que voy a empezar a trabajar en la multinacional que dirige y que algún día yo heredaré, es el momento de presentarme en sociedad como alguien que por fin ha enderezado su camino.

—No creo que una novia vaya a ayudarme en nada —digo, evitando poner los ojos en blanco, y es que esta mierda me tiene ya hasta las narices.

Ojalá pudiera levantarme e irme, pero no puedo. Mi padre me observa de forma inquisitiva desde el otro lado de la mesa, y sé que el mínimo error por mi parte desataría el desastre. De hecho, si consiguió que aceptara hacer esto fue porque me amenazó con anular mis tarjetas de crédito y cortarme el grifo.

—Explícate —le exige él, con su tono de voz severo que suele usar para hablar con sus socios.

Dante se pone un poco nervioso, y le compadezco porque papá da mucho respeto. Le pasa el chihuahua a su ayudante, una chica menuda con el cabello rizado y pelirrojo que tiene sentada a su lado, y se levanta. El atuendo de Dante es de lo más estrambótico. Lleva una americana a cuadros en tonos rosa, una pajarita azul marino y unos pantalones tan ajustados que parece que vayan a reventar de un momento al otro.

Carraspea antes de hablar.

—Señor Walter, la imagen de mujeriego rompecorazones que vende la prensa amarilla sobre su hijo no es buena. A lo largo de estos últimos años se le ha visto con centenares de mujeres en fiestas, clubs y discotecas, la mayoría

de ellas aspirantes a modelos o actrices buscando un minuto de fama. Si queremos mostrar a un nuevo Adam, más centrado y maduro, que ha dejado atrás las drogas y los excesos, una relación estable con una chica normal nos ayudará a reforzar esa idea.

Mi padre asiente y yo resoplo, porque sé lo que eso significa. Le ha comprado el argumento. Y vale, tiene sentido lo que dice, porque es verdad, la lista de mujeres que han pasado por mi cama es bastante extensa, pero joder, no me pueden imponer una novia, ¿no? No estamos en el jodido siglo XIX. Esto no es una novela de Jane Austen.

—¿Cómo funcionaría eso? —pregunta papá rascándose el mentón anguloso que yo he heredado.

—Pues tendríamos que buscar a una chica sencilla, alejada del Upper East Side y todo lo que representa. Alguien que no lo haya tenido fácil en la vida y que se haya tenido que labrar su propio camino. Una chica normal, sensata y desconocida, que dulcifique un poco la imagen adusta de Adam.

Papá se rasca el mentón y afirma con la cabeza.

—¿Y cómo encontraríamos a esa chica?

Durante la media hora siguiente papá y Dante hablan sobre los pormenores de la propuesta sin ni siquiera preguntarme qué me parece, como si mi opinión aquí no importara nada de nada. Según Dante su agencia se encargaría de encontrar a la candidata perfecta, alguien que fingirá ser la novia dulce y compasiva capaz de meter en vereda a un canalla como yo. Sé que en el fondo me merezco todo esto, es la consecuencia directa del descontrol que ha regido mi vida estos últimos años. Pero fui a la clínica de intoxicación por voluntad propia. Ya no bebo ni me coloco, joder. Aunque parece que eso no es suficiente. Nada lo será.

Ser Adam Walter, heredero de una de las fortunas más importantes del país, tiene su precio. Una novia de mentira parece que es el mío.

Me gustaría decirles que esta estrategia me parece una colosal mierda del tamaño del Empire State, que lo único que quiero es empezar de cero y ocupar mi puesto en la empresa, que por eso estudié en la escuela de negocios en Harvard y me gradué Cum laude. Pero en vez de decirles todo eso, les observo en silencio mientras acaban de cerrar los pormenores de esta farsa que

supuestamente va a limpiar mi reputación.

# Lena

Dejo el café sobre la barra y me doy la vuelta para preparar el batido de chocolate que me ha pedido la chica de la mesa siete. Meto todos los ingredientes en la batidora y en pocos segundos ya lo he servido en una copa de cristal que decoro con nata montada, pepitas de chocolate y un barquillo de galleta. Lo pongo sobre una bandeja y, justo cuando estoy a punto de cogerla, noto la presencia de Karl, mi supervisor, a mi izquierda.

—Lena, tenemos que hablar —me dice muy serio, con los brazos cruzados.

—¿Y tiene que ser ahora? —pregunto, señalando con la cabeza el interior de la cafetería que está abarrotada—. Hay gente esperando a ser atendida.

—Puede encargarse Tess. —Tras decir esto, se acerca a Tess, le ordena que sirva mi batido y que se encargue de mis mesas. Luego me pide que le siga hasta el despacho que tiene en el almacén.

Se sienta en su mesa y me mira muy serio. Ay, Dios, esto no pinta nada bien.

—No es nada agradable para mí decirte esto, pero... —Coge aire y a mí se me encoge el corazón cuando me anticipo a sus palabras—. Hace un rato que ha llamado el señor Taylor y me ha dicho que esta cafetería no está dando los beneficios esperados. Me ha pedido que despida a una persona. Tú has sido la última en incorporarte al equipo, así que...

Tengo ganas de gritar.

Las lágrimas se me agolpan a los ojos al comprender lo que esto significa.

—No puede echarme —musito, agarrando el mandil negro que llevo atado a la cintura con las manos temblorosas—. Soy buena trabajadora. Nunca he llegado tarde ni he faltado, y he cubierto todos los turnos extras que se me ha exigido.

—Lo siento. No tengo otra opción, créeme.

Me gustaría decirle que se metiera la disculpa por donde le quepa, pero soy una persona educada, así que me trago todas las palabras que me quemán en la garganta y me dirijo hasta el baño para cambiarme. Mierda, ¿qué voy a

hacer ahora? No miento cuando digo que necesito el trabajo.

Me aguanto las ganas de llorar mientras me quito el uniforme y se lo devuelvo a Karl.

Cuando recojo mis cosas, todos mis compañeros se despiden de mí, con lástima y pena, porque durante estos meses nos hemos llevado muy bien, pero también con alivio, por no estar en mi lugar.

Una vez en la calle, las lágrimas resbalan por mis mejillas sin que sea capaz de evitarlo.

¿Qué voy a hacer ahora? Mi situación económica es precaria, y la última vez que busqué trabajo tardé semanas en encontrar este de camarera.

Chasqueo la lengua contra el paladar, cojo la bici que tenía asegurada en un árbol y me subo en ella. Hay un buen trecho hasta el pequeño piso compartido en el que vivo, y Nueva York no es el mejor sitio para moverse con bicicleta a no ser que lo hagas en Central Park, pero me gusta hacerlo, me ayuda a mantenerme en forma y a despejar la mente mientras pedaleo.

Me paro en un semáforo, espero que se ponga en verde y poco después giro a la derecha. Tengo la mente envuelta en números, calculando cuanto podré aguantar con la irrisoria suma de dinero que me queda en casa. Justo en este momento, un hombre trajeado se cruza en mi camino. Lo hace en medio de la calle, sin levantar la vista de la pantalla de su teléfono móvil que lleva en la mano ni percatarse de la bicicleta que se acerca a él a marchas forzadas. Pego un frenazo, giro el volante en el último momento y evito la colisión. La rueda tropieza con el bordillo de la acera y caigo al suelo soltando un quejido sordo. A mi lado, el hombre trajeado me mira como si no comprendiera lo que acaba de ocurrir.

—¿Podrías mirar por donde vas! —me quejo, intentando ponerme en pie.

Se me han roto los vaqueros por las rodillas, tengo rozaduras en el antebrazo de parar el golpe y me duele un costado. Esta es, sin duda, la guinda del pastel de un día de mierda.

—No deberías ir en bicicleta por medio de la calle —me dice él.

—¿Perdón? Has sido tú quién ha estado a punto de arrollarme. —El chico ha vuelto a la acera y me mira de forma despectiva desde las alturas, con los brazos cruzados.

Demonios, qué tío más alto. Y joder, qué bueno que está. Es moreno, tiene la espalda ancha y el traje le queda de vicio. Su rostro es anguloso, y tiene unos ojos preciosos, de un azul muy intenso.

Resoplo. Genial, otro tío bueno al que la madre naturaleza ha regalado más belleza que neuronas. Un clásico entre los tíos que he conocido al largo de mi vida.

Al apoyar el pie derecho en el suelo siento un leve dolor en el tobillo que me hace soltar un pequeño aullido de dolor.

—Mira, capullo, tienes un paso de peatones a dos metros de aquí —digo señalándolo—, además, has cruzado sin levantar tu precioso rostro de la pantalla del móvil.

—¿Te parece que mi rostro es precioso?

—¿Eso es lo único que has captado de todo lo que te he dicho?

Sonríe con suficiencia y yo suelto un bufido con exasperación, porque los tíos tan pagados de sí mismo no me molan nada.

Recojo la bicicleta del suelo y me doy cuenta de que la cadena se ha salido.

—Oh, mierda... —La miro con pena, porque esta bicicleta tiene un significado muy especial para mí, la simple idea de que le pase algo me rompe el alma.

—Solo es la cadena, hay que volver a meterla y...

Le miro con los ojos entrecerrados.

—Oye, no necesito ni tu ayuda ni tus consejos, vete a fastidiar el día a otra persona, que eso seguro que eso se te da genial.

Mis palabras surten efecto y me mira en silencio, con los ojos muy abiertos, supongo que mi impertinencia le ha sorprendido.

Cojo la bicicleta por el manillar y empiezo a andar con ella arrastras, cojeando. Puedo sentir la mirada del capullo egocéntrico clavada en mi espalda hasta girar en la siguiente esquina.

###

Cuando llego al edificio viejo de ladrillo rojizo donde se encuentra mi piso, dejo la bicicleta en el hueco de la escalera y subo andando hasta la tercera planta. Un tercero sin ascensor es lo máximo que puedo permitirme.

Abro la puerta, entro y encuentro a Harper, mi compañera de piso, sentada en el sofá con el portátil sobre el regazo.

Harper es becaria en una agencia de publicidad y no sé muy bien a qué se dedica porque al entrar firmó un contrato que le impide hablar sobre ello. Solo sé que su jefe se llama Dante y que tiene una extraña fijación con su chihuahua.

—Qué temprano has llegado hoy, ¿no? —me dice, levantando la pantalla del portátil. Se sube las enormes gafas de pasta negra que suele ponerse para leer, me observa y frunce el ceño—. ¿Qué te ha pasado? Tienes un aspecto horrible.

—Me han despedido del trabajo y me caído de la bici porque un idiota ha cruzado sin mirar —resumo, consiguiendo que sus ojos se abran de forma desmedida.

—¿Puedes contarme la versión extendida?

Suelto un suspiro y le explico lo ocurrido mientras me cambio la ropa. Me pongo el pijama de *La Sirenita*, enrolló mi melena castaña en un moño alto y flojo, y me desmaquillo. Cuando termino todo el ritual, cojo una lata de Coca —cola light de la nevera y me siento a su lado en el sofá.

—Cielo, siento mucho que hayas tenido un día tan horrible —dice ella, haciendo un mohín, cuando termino toda la explicación.

—¿Qué voy a hacer ahora, Harper? Me quedan trescientos dólares escondidos en el congelador y faltan dos semanas para pagar el alquiler, no sé cómo me lo voy a hacer.

Me tapo la cara con las manos y resoplo. Harper, a mi lado, me acaricia el pelo. Mi vida es muy complicada. No tengo un plan B para estas ocasiones. No tengo a nadie al que pedirle un préstamo en caso de necesidad. Ni siquiera tengo un lugar al que ir en el caso de que las cosas se tuerzan, no pueda pagar mi parte del alquiler y tenga que largarme de aquí.

Mis padres murieron cuando yo era adolescente, en un desafortunado accidente de coche. Un camión los arrojó fuera de la carretera y yo me quedé huérfana. No me quedaba ningún familiar, solo una tía segunda rechazó mi

custodia alegando que no podía mantenerme, así que, como yo solo tenía dieciséis años, entré en el sistema de acogida que, por cierto, en este país es una mierda. Estuve dos años dando tumbos por muchas casas que solo me querían por el dinero que les daba el gobierno para mi manutención, hasta que, a los dieciocho, cumplí la mayoría de edad y todo eso se acabó. Me esforcé para sacar buenas notas, que me dieran una beca y entrar en la universidad.

—Eh, cielo, tranquila... Nos las apañaremos —susurra Harper sin dejar de acariciarme el pelo.

—¿Cómo? —pregunto ofuscada.

—Yo puedo pagar tu parte hasta que encuentres otro trabajo y...

—Ah, no, no. —Niego con la cabeza, haciendo bailar el moño de un lado al otro—. No puedo permitir que tú asumas mis gastos, Harper. Además, eres becaria y no es que te sobre precisamente el dinero...

Ella hace una mueca.

—Puedo pedir un préstamo a mis padres.

Abro mucho los ojos sorprendida por esa propuesta. Sé que Harper odia tener que pedir dinero a sus padres, aunque estén forrados. Su padre es Dylan Smith, ex jugador de béisbol profesional. Se retiró hace unos años y hoy en día trabaja como entrenador de un equipo junior.

Harper se lleva muy bien con sus padres, y ellos la adoran, pero no le gusta ser la típica niña rica consentida, por ello vive aquí conmigo, en una de las zonas chungas de Brooklyn, y no en un piso propio en un buen barrio que sus padres estarían encantados de pagarle.

Harper y yo nos conocimos el primer año de universidad, ya que nos tocó compartir piso en la residencia de estudiantes, y recuerdo que la primera vez que la vi ni siquiera pensé que viniera de una familia rica. No cumplía con los estereotipos de este tipo de chicas adineradas, ni siquiera quiso entrar en una fraternidad, pese a que le ofrecieron plaza en muchas. Harper es una chica sencilla que disfruta de los pequeños placeres y huye de los excesos. Supongo que por eso nos llevamos tan bien, porque en ese sentido somos muy parecidas.

—No puedes hacer eso, y menos por mí. —Le miro con ternura, porque mi amiga es la única familia que me queda y siempre está velando por mí.

—Claro que puedo. Además, ellos te adoran, en cuanto les explique lo que te ha ocurrido serán ellos mismos los que me obliguen a aceptar un talón de cinco cifras.

—Pero...

—Lena, eres mi mejor amiga. Me parece una mierda que la vida te haya tratado tan mal. Deja que los que te queremos cuidemos de ti.

Sonrío y Harper me devuelve la sonrisa.

—¿Cómo llevas el curro? —pregunto señalando la pantalla de su portátil.

Sé que lleva unas semanas como loca trabajando día y noche, y aunque no sé muy bien que es lo que hace se nota que está bajo mucha presión.

—Buah, fatal, tía. No hay manera de encontrar lo que queremos... —Se encoge de hombros, cierra el portátil y lo deja encima de la mesa de centro—. Dante está de los nervios porque se nos agota el plazo para hacer la entrega a nuestro cliente, pero nada se ajusta a nuestros requerimientos y paga su frustración con el resto del equipo.

—Y... supongo que no me puedes decir lo que estáis buscando, ¿no?

Niega con la cabeza.

—Ya sabes que mi trabajo es TOP secret.

—A veces pienso que, en realidad, trabajas como agente encubierto para el FBI, con tanto secretismo...

Harper se ríe y me toca el moño como si fuera una bocina.

—Oye, ¿nos hacemos una selfie para Instagram?

Saca el móvil del bolsillo del pantalón y lo tiende en alto. La pantalla nos devuelve una imagen de nuestras caras.

—¿Ahora? Pero si estoy horrible —musito, mirando mi cara recién lavada de maquillaje y mis ojos tristes.

—Eres un bombón, no digas tonterías, siempre estás preciosa.

Sonreímos a la cámara, hace la foto y poco después la cuelga en su *stories*, etiquetándome en ella. Harper está enganchada a las redes sociales. Además, se le dan bien. Tiene más de 20.000 seguidores en su cuenta de Instagram, en la que suele subir fotos de sus outfits.

—Bien, ¿y ahora qué te parece si hago una bolsa de palomitas y vemos nuestros capítulos favoritos de *Friends*?

—¡Dios! Es el mejor plan del mundo —respondo ilusionada.

Ponemos Netflix y nos pasamos el resto de la tarde viendo la serie. Somos unas frikis y hay escenas en las que bajamos el volumen del audio y nos inventamos los diálogos de los personajes.

Justo cuando hacemos un pequeño receso para preparar la cena, el móvil de Harper empieza a vibrar sobre los cojines del sofá.

—Qué raro —dice, mirándome con expresión de estupor—, es mi jefe, ¿qué querrá a estas horas?

—¿Qué le compres un batido *veggie* y se lo lleves a la oficina?

—Uy, espero que no. —Me mira horrorizada y luego descuelga el teléfono con temor—. Harper al habla. —Mi amiga se queda en silencio, escuchando lo que sea que le está diciendo Dante y luego alza una ceja—. La chica de la foto de Instagram es Lena, mi mejor amiga, ¿por...? —Me mira de reojo—. Buf, no sé, Dante, no creo que ella sea la persona indicada. —Más silencio y la cara de mi amiga sulfurándose—. Claro que me tomo en serio mi trabajo, pero mañana vamos a recibir más currículums, y seguro que acaba apareciendo alguien que cumpla con todas nuestras exigencias y... —Resopla y se pasa una mano por el pelo—. ¿Cómo sabes todo eso de ella? ¿La has investigado? —Me mira sin decir nada—. Sí, supongo que tiene el perfil perfecto, pero... —Chasquea la lengua—. No, está bien, hablaré con ella.

Cuelga y después me mira con una sonrisa inquietante en los labios.

—Bueno, pues creo que ya no tendrás que preocuparte más por el dinero. Acaban de elegirte para un trabajo en el que te van a pagar en un mes el sueldo de todo un año.

—¿Qué? —Abro mucho los ojos sin entender nada.

—Dante ha visto la foto de mi *stories* y cree que eres lo que andábamos buscando.

Alzo una ceja y le miro con escepticismo.

—¿Qué significa eso?

—Ya sabes que llevamos semanas liados con la búsqueda de una cosa... Pues digamos que esa cosa es una persona, y tú parece ser la adecuada.

—Ese trabajo no implicará ser una dama de compañía ni nada por el estilo, ¿no?

Se queda unos segundos en silencio.

—¿Necesitas pensártelo? —pregunto sorprendida por su tardanza.

—Bueno... es que es complicado, pero no se trata de nada sucio ni turbio...

—Entonces, ¿de qué se trata?

—No te lo puedo explicar, Lena.

—¿Por qué?

—Porque si hablo sin haberte hecho firmar antes un contrato de confidencialidad, Dante me matará, me cortará a cachitos y una vez muerta me dará a comer a su chihuahua.

—Pero...

—Oye, mira, ven conmigo mañana a la oficina, firma el contrato y prometo explicártelo todo. Solo tienes que saber que es un trabajo muy ventajoso para ti, y para mí si sale bien. Además, necesitas el dinero, ¿no? ¿Qué tal te irían 30 de los grandes al mes durante seis meses?

Abro mucho los ojos y la boca, porque, ¡joder! Con ese dinero podría pagar parte de mi préstamo de estudios y vivir sin preocupaciones durante un tiempo, algo que me daría libertad para buscar un trabajo de lo mío, como periodista.

—Al menos ven a la entrevista y deja que te lo expliquemos —me suplica Harper de nuevo.

No necesito pensármelo mucho más, porque no tengo trabajo y necesito el dinero. Además, Harper nunca me propondría nada inmoral... ¿verdad?

—De acuerdo.

Harper me mira con alivio y yo solo puedo pensar en la frase esa que dice así: si la vida te da limones, haz limonada. Porque en mi caso me habían tocado unos limones de lo más agrios.

# Lena

—Esto es una broma, ¿no? —pregunto con los ojos muy abiertos.

Hace un rato que Harper y yo hemos llegado a la oficina en la que trabaja, me ha metido en una sala de reuniones, me ha hecho firmar unos papeles y ha llamado a Dante para que me explique de que trata ese trabajo tan ventajoso que me propuso ayer.

Confieso que le he dado muchas vueltas al asunto durante la noche y que he pensado en diferentes posibilidades, pero esta, desde luego, no era una de ellas. Y es que la agencia de publicidad en la que trabaja mi amiga quiere que me haga pasar por la novia de un niño rico para mejorar su reputación, ¿no os parece ridículo? A mí, sí. Mucho.

—Es un trabajo muy sencillo. Ni siquiera tendrás que trabajar todos los días, solo estar disponible para seguir nuestras indicaciones cuando sea necesario —me explica Dante.

—Pero ¿por qué yo?

—Perdiste a tus padres de adolescente, no tienes familia, pero te labraste tu propio futuro. Tu nota media en la universidad es de excelente y eres guapa, pero sin excesos. —Eso de guapa sin excesos no es precisamente el piropo que una mujer espera recibir de otra persona, pero bueno—. Eres el prototipo de chica que estábamos buscando.

—¿Cómo sabes todo eso sobre mí? —pregunto.

Miro a Harper con rencor, pero ella niega con la cabeza de forma disimulada para darme a entender que no tiene nada que ver con que tenga esa información.

—He pedido a nuestro investigador privado que indague en tu pasado por si había alguna cosa que nos pudiera perjudicar en un futuro, pero no ha encontrado nada. Ni siquiera parejas del pasado que puedan suponernos un problema.

Resoplo. Pues claro que no han encontrado nada de eso. Llevo años luchando por sobrevivir, no he tenido tiempo de pensar en otra cosa que no

fuera el dinero. He tenido algún que otro rollo de una noche, y salí con un chico durante unas semanas, pero nada más.

—¿Os dais cuenta de que todo esto es una locura?

—Es una práctica más habitual de lo que crees —dice mi amiga.

—Pero, ¿qué funciones tendría que cumplir? —pregunto, porque ayer Harper me dijo que no era nada sucio ni turbio y a mí todo esto me suena a algo muy sucio y muy turbio.

—No se trata de ese tipo de trabajo, si es eso lo que estabas pensando. —Dante pone los ojos en blanco, acaricia su chihuahua y, a continuación, chasquea la lengua—. No somos proxenetas, reina. Solo tendrías que cogerle de la mano, acompañarle a alguna cita y acto público, darle algún beso, pero nada más.

—Sería como estar representando un papel —añade mi amiga.

—Un papel en el que estaría vendiendo mi cuerpo. Sería como prostituirme. ¿Cuántos años llevamos las mujeres reclamando que se nos tenga en cuenta por nuestro intelecto y no por nuestro cuerpo? Me saqué una carrera con mucho esmero. Y ahora me pedís que venda mi cuerpo como si fuera un trozo de carne. Me niego a aceptar un trabajo por el simple hecho de ser mujer y tener el físico que tengo.

—Oh, ¡venga ya! No es una cuestión de género. —Dante es un personaje extraño. Viste de una forma muy estrambótica, con esa americana de color fucsia y pantalones prietos. Pero de una manera extraña, es coherente con su persona—. Dime un solo trabajo en la actualidad donde el cuerpo no influya para nada. Y no solo para las mujeres, también para los hombres. La cruda realidad es que una persona atractiva tendrá más posibilidades de conseguir un trabajo que alguien que no lo es.

—Pues no debería ser así.

—Y no deberían existir las guerras, ni la pobreza infantil, ni muchas mierdas más, pero existen.

—Pero debo predicar con el ejemplo.

Dante empieza a impacientarse conmigo. Lo noto.

—Mira, reina, decide si quieres o no este trabajo, pero date prisa. No tenemos mucho tiempo para filosofar sobre las injusticias del mundo. Si dices

que no, tenemos que seguir con la búsqueda. —Dante se levanta y mira a Harper—. Avísame cuando haya tomado una decisión.

Se va de la sala y nos quedamos las dos solas. Por la forma en la que Harper se toca el pelo de manera obsesiva, sé que está nerviosa y que se siente culpable por toda esta situación.

—Harper, sabías qué diría que no —le digo enfurruñada.

—Lo intuía, pero tenía una pequeña esperanza de que acabaras aceptando.

—Quiero ser periodista, Harper. Me rompí los cuernos en la universidad para sacar las mejores calificaciones de mi curso y conseguir un puesto en un buen periódico. No puedo aceptar un trabajo como este, me definiría el resto de mi vida. Por no hablar de lo poco moral o ético me parece hacerme pasar por la novia de alguien al que ni siquiera conozco.

—¿Cuántas cosas poco morales o poco éticas están dispuestos a hacer los periodistas a diario para conseguir una exclusiva?

—No sigas por ahí —le advierto con una mirada.

—Además, este trabajo no te definiría, al contrario. Es confidencial. Todo el mundo daría por hecho que has sido realmente la novia del heredero de una de las fortunas más grandes del país. Eso también iría a tu favor cuando busques trabajo, piénsalo.

Lo pienso, y tiene razón. El mundillo del periodismo está lleno de enchufes y de amigos de amigos. Si conoces a alguien importante, es un pase directo a un puesto en un sitio reconocido.

—Pero yo quiero que me contraten por mis habilidades, no por quién salgo.

—Piénsatelo al menos —me suplica. Hace un mohín—. Estoy harta de ser becaria, Dante me prometió que después de este trabajo me ascendería, pero dudo que lo haga si rechazas el trabajo.

Resoplo y miro a mi amiga que parece realmente agobiada.

—Para ti es importante esto, ¿verdad?

—Lo es.

—Nunca hubiera dicho que trabajases en algo así —confieso.

—Sé que es raro, pero no está mal. Es... curioso. —Se encoge de hombros—. Y sé que ahora mismo no lo ves claro, pero piensa en todo lo que podrías

hacer con ese dinero. Además, serías como una actriz, ellas también usan su físico para trabajar, ¿no?

Me debato entre aceptar esta locura o salir corriendo. Probablemente, si no llevara dos años intentando encontrar un trabajo de lo mío, rechazaría esta oferta al instante. Pero después de tanto esperar, de tanto enviar currículums a periódicos tradicionales y revistas digitales, he perdido la fe. Necesito el dinero.

—Vale, acepto —murmuro, en un hilillo de voz.

Y sé, incluso antes de que haya empezado esta farsa, que esto me va a cambiar la vida.

# Adam

Lo primero que hago al entrar en el Club Hush es dirigirme al reservado en el que sé que encontraré a mis colegas. No me equivoco. Jake y Evan están sentados en compañía de tres rubias tan parecidas entre sí que soy incapaz de diferenciarlas.

—Tío, llegas tarde —dice Jake, señalándome un asiento libre al lado una de las rubias en cuestión.

Me siento en el sitio que me ha indicado y la chica me sonrío con coqueteo. Sin embargo, esta vez no puedo caer en provocaciones. De hecho, ni siquiera tendría que estar aquí. Pero estar en casa, solo, me estaba matando de aburrimiento. Me apetecía salir, despejarme y pasar un buen rato con mis dos mejores amigos de la infancia.

—Son Ivy, Pam y Kim.

Ni siquiera intento aprenderme los nombres, porque sé, sin lugar a dudas, que después de esta noche no volveré a verlas nunca más.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta Jake chasqueando los dedos a una camarera.

La chica se acerca corriendo y yo me quedo en blanco porque no debería pedirme una copa, pero el cuerpo me lo está pidiendo a gritos. Maldita sea. Venir aquí ha sido una mala idea.

—Un Ginger Ale —acabo diciendo, ganándome la mirada suspicaz de mis dos amigos.

—¿No prefieres mejor una leche calentita? —bromea Evan.

Las tres rubias idénticas se ríen con su comentario y yo me contengo para no poner los ojos en blanco.

Jake, Evan y yo nos conocimos en el primer curso del colegio. Hemos ido juntos a clase desde entonces y, en la universidad, compartimos piso de estudiantes. Esos fueron los mejores años de mi vida.

Al igual que yo, Jake y Evan proceden de familias adineradas del Upper East Side. Jake algún día dirigirá la cadena de hoteles Lawler Hotels que

inició su padre de la nada. Evan, por su parte, es heredero de Dankworth Publishing Company, un reconocido grupo editorial.

—Ya sabéis que he dejado el alcohol —digo, cuando la camarera me sirve lo que he pedido en una copa.

—Haces bien. El alcohol tiene muchas calorías vacías —comenta la chica que tengo a mi lado pestañeando de forma desmedida. Me contengo para no preguntarle si le ha entrado algo en el ojo.

—Ostia, es verdad, que mañana es el gran día... —Jake me mira y se ríe entre dientes por la situación, porque sí, mañana es el día D. El día en el que me van a imponer una novia de mentira a la fuerza.

Ayer me llamó Dante y me dijo que ya había encontrado a la candidata perfecta para fingir ser novia. No sé cómo es ni cómo se llama. Toda esta situación me parece absurda pero no me queda fuerza de voluntad para luchar contra ello.

—¿Qué pasa mañana? —pregunta la rubia sentada al lado de Jake.

—No te lo puedo contar, de lo contrario tendría que matarte. —Jake mira de forma provocativa a la chica en cuestión, a sabiendas que lo de mañana es secreto absoluto. El rubor sube por las mejillas de la rubia cuando él se acerca a su cuello y le da un leve mordisco.

Bien, está acercando posiciones. Eso significa que dentro de nada la meterá en un taxi y se la llevará a su apartamento para pasar una noche entretenida con ella.

Cambiamos de tema, hablamos de la buena temporada que están haciendo los Giants. Poco después, tal como he predicho, Jake se levanta con la rubia y se despide de nosotros.

Evan y yo no tardamos en imitarle, aunque sin rubia colgada de un brazo, por mucho que las chicas que nos acompañaban hayan intentado seducirnos.

Decidimos compartir el taxi de vuelta a casa.

—¿Cómo llevas lo de mañana? —pregunta Evan al cabo de un rato.

—Bien, supongo. Intento convencerme de que solo serán seis meses con esta farsa, luego entraré en la empresa y podré seguir con mi vida de nuevo.

—Claro, al menos lo tuyo es temporal. —Hace una mueca y desvía su mirada hacia la ventanilla.

Sé lo que quiere decir con eso, y es que Evan está prometido con Olivia Goldman, la hija de otro empresario forrado. Bueno, en realidad no están prometidos de forma oficial, pero no creo que tarden mucho en anunciarlo. Digamos que están prometidos desde incluso antes de que ambos nacieran, y es que sus padres son amigos y Goldman invierte de forma anual una cuantiosa suma de dinero en las publicaciones de su padre.

Olivia lleva años encaprichada de Evan, pero Evan no siente lo mismo por ella. De hecho, para Evan, Olivia es solo una niña caprichosa que siempre acaba consiguiendo lo que quiere. Y él es una de esas cosas que quiere.

Olivia sabe que Evan no la ama, por ello le permite acostarse con otras chicas siempre y cuando lo haga de forma discreta y deje de hacerlo una vez se hayan casado.

—¿Cómo lo llevas tú?

—Bien, normal, no sé, como siempre. —Se encoge de hombros y me dedica una sonrisa tirante.

—Venga, tío, que no nací ayer. Estás raro, ¿qué pasa?

Del grupo, Evan es el más sensible de los tres. Supongo que eso le viene de parte de madre, quién es una afamada escritora de novelas de misterio. Jake y yo, en cambio, somos más canallas, aunque Jake se lleva la palma en eso.

—Olivia quiere que le acompañe este verano a los Hamptons, y la verdad es que no me apetece una mierda. Irá con sus amigas y sus novios, con los que no tengo nada en común y me voy a aburrir sobremanera.

—Algún día tendrás que decirle que no a algo. Eres un calzonazos.

—No creo que sepa el significado de la palabra *no*. Así que me tendré que aguantar, como siempre. Es lo que hay.

—No sé porque aceptas casarte con ella.

—Lo acepto por la misma razón que tu mañana aceptarás la farsa de la novia de mentira.

Chasqueo la lengua.

*Touché.*

—Menuda mierda.

—Además, ¿qué más da que me case con ella o me case con otra? Si el amor es una convención social y no existe. Al menos con Olivia sé a lo que

atenerme.

No puedo responderle a eso, más que nada porque yo tampoco creo en el amor. En nuestro mundo las relaciones de pareja y las bodas son una moneda de cambio para todo. Detrás de ello siempre hay un interés, un beneficio. Son pocas las personas que acaban casándose por sentimientos. Sin ir más lejos, el de mis padres también fue un matrimonio de conveniencia. Los padres de Evan sí que se casaron por amor, pero tampoco son ejemplo de nada porque lo suyo acabó como el rosario de la aurora y ahora están divorciados.

Fijo mi mirada hacia el exterior y el resto del trayecto hasta nuestros respectivos pisos lo hacemos en silencio, sumidos en nuestros pensamientos.

Yo no puedo dejar de pensar en lo de mañana, en lo poco que me apetece empezar esta mentira...

# Lena

Ha llegado el día en el que voy a conocer a mi futuro novio. Lo sé, dicho así suena muy raro, pero es que hay que admitir que esta situación es rara hasta decir basta.

Me han hecho firmar un contrato laboral, otro contrato de confidencialidad y ahora estamos esperando que llegue a la sala de reuniones el chico en cuestión, un tal Adam Walter. Ese es el nombre que salía entre los papeles que he firmado. Dante ha comentado que los Walter son una de las familias más ricas del país, pero para ser sincera, a mí ese apellido no me suena de nada.

—¿Y cómo es él? —pregunto a Harper cuando nos quedamos a solas.

—Pues es muy atractivo, tiene un aire a Jamie Dornan. —Me sonrío con picardía.

—Qué casualidad que, según tú, se parezca a mi actor favorito...

Ella me dedica una sonrisa angelical y, poco después, la puerta de la sala se abre. Entra Dante con un par de ayudantes, un señor de unos sesenta años con bigote frondoso y porte distinguido y un chico alto, moreno, trajeado, con unos ojos azules penetrantes que me suenan de algo...

¡No! ¡No puede ser!

Abro mucho los ojos, me giro hacia Harper, la cojo de la camiseta y exclamo:

—¡Dime que ese que acaba de entrar no es el chico con el que tendré que fingir una relación!

Creo que he alzado demasiado la voz, porque todo el mundo nos mira.

—Eh... sí, Lena, este es Adam Walter.

—¡No me jodas! —exclama Adam Walter, que me mira con los ojos muy abiertos—. La loca de la bici.

—¿Loca yo? Si no recuerdo mal fuiste tú el que quisiste cruzar la calle sin mirar. Creo que eso dice más de tu falta de cordura que de la mía —ataco yo.

—Hay que estar muy loca por ir en bici por Nueva York.

Noto las miradas de todos seguirnos de un lado al otro como si estuvieran observando una partida de tenis.

—A ver, capullo, si en vez de ir en bici hubiera ido en coche o en moto, probablemente te hubiera arrollado y ahora no estarías aquí.

—A ver, nena, si en vez de ir en bici hubieras ido a pie o en taxi como el reso de los mortales no estaríamos hablando sobre...

—¡¡Basta!! —La voz del hombre mayor suena fuerte y autoritaria y Adam deja de hablar al instante—. Tú —señala a su hijo—, siéntate y cállate de una vez. —Luego me mira a mí muy serio, no le hace falta decir nada para que también cierre el pico.

—Dios, Lena, no tenía ni idea que era el de la bici —me susurra flojito Harper que parece muy apurada.

No la puedo culpar, no podía saberlo. ¿Cuántas posibilidades había de que el chico del acuerdo fuera el mismo chico que se cruzó conmigo el otro día?

Sin dejar de fruncir el ceño, le digo en un susurro que no pasa nada, y clavo mi mirada enfurruñada en Adam, sentado frente a mí. De nuevo, pienso que es muy atractivo. Puede que compararlo con Jamie Dornan sea un poco exagerado, pero no puedo negar que se le da un aire.

—A ver, a ver, ¿de qué os conocéis? —pregunta Dante, que se ha quedado de pie sujetando a su chihuahua. Hoy lleva una americana con círculos retro de color mostaza y unos pantalones azul eléctrico con rotos en las rodillas—. ¡No estaba previsto que os conocierais!

Decido explicárselo yo antes de que lo haga Adam y le dé una versión deformada de los acontecimientos:

—Regresaba a casa en bicicleta después de un día de mierda y Adam Walter decidió cruzar la calle sin mirar. Estaba demasiado ocupado manteniendo la vista fija en la pantalla de su móvil. Yo pude esquivarle en el último momento, pero me comí un bordillo y me caí al suelo.

—En realidad yo... —empieza a decir Adam, pero se queda callado cuando, el que supongo que debe ser su padre por el enorme parecido, le lanza una mirada de advertencia para que no siga.

—¡Esto es un desastre! No habíamos previsto nada de eso en nuestra estrategia. —Le pasa el chihuhaha a Harper y coge un dossier que hay sobre la mesa—. La idea es que os conocierais corriendo por Central Park. Lena se torcería el tobillo, Adam lo habría visto desde lejos, se acercaría a ayudarla

y... al miraros a los ojos... saltaría la chispa.

Me contengo para no soltar una carcajada. Porque sí, cuando nos miramos a los ojos después de que yo me cayera al suelo saltó la chispa, pero no de amor precisamente...

—Pero ahora no podemos mantener esa versión. ¿Y si alguien vio vuestro incidente? —Empieza a caminar de un lado al otro, de forma obsesiva—. Esto es un desastre... ¡Un desastre! ¡Un desastre enorme!

—Podríamos usar lo que ocurrió de verdad como punto de partida — propone Harper con un hilillo de voz.

Yo le lanzo una mirada escéptica, pero Dante la mira con interés.

—Desarrolla esa idea.

—Podríamos explicar que se conocieron gracias a ese pequeño accidente con la bicicleta. Que Adam le ayudó a levantarse y que tras comprobar que estaba bien le pidió su número de teléfono.

—A eso se le llama adornar la realidad —digo entre dientes, con mi mirada fija en Adam.

Dante se pasa una mano por el mentón y afirma con la cabeza.

—Es una idea brillante. No difiere mucho de la idea original y podríamos mantener el resto de la estrategia.

—¿Y no sería más fácil buscar a otra chica? —pregunta Adam, mirándome con malicia.

Me muerdo la lengua para no darle la razón, porque a ver, esto tiene toda la pinta de acabar fatal. ¿Cómo voy a hacer ver que me gusta este chico?

Una vez más odio toda esta situación. Si no fuera pobre como una rata, ahora mismo me podría levantar, cantarle las cuarenta y salir de esta sala con la dignidad intacta. Pero no puedo hacerlo, no puedo hacerlo porque necesito el maldito dinero.

—Con todos mis respetos, señorito Walter, Lena es la mejor candidata que hemos visto hasta la fecha. Además, entre vosotros existe cierta química que dará el pego a la hora de fingir una relación.

Estoy a punto de echarme a reír ante esta afirmación. ¿Química? Será la química que desprende la antipatía, porque es lo único que me produce este chico. Está bueno, vale, sí, no voy a decir lo contrario, no soy tan estúpida

como para negar una realidad objetiva, pero su prepotencia me repele como la citronela a los mosquitos.

Adam resopla y Dante chasquea los dedos a uno de sus ayudantes para que le tienda dos dossiers de tapas azules que sostiene entre las manos. Me da uno a mí y otro a Adam.

—Aquí está explicada toda la estrategia que vamos a seguir durante los próximos seis meses. Nuestro objetivo es limpiar la imagen de Adam antes de que se anuncie su entrada en la empresa.

Abro el dossier y empiezo a hojearlo con interés. Está muy detallado, hay gráficos y cronogramas.

—Tendremos que cambiar la primera parte, como ya hemos dicho, pero podremos mantener el resto. Así que, si os parece, voy a pasar a explicároslo todo...

# Adam

Dante se pasa las dos horas siguientes explicándonos el cronograma que vamos a tener que seguir los próximos seis meses. Yo sigo pensando que esto es absurdo, que no necesito fingir tener una novia para entrar a trabajar en la multinacional, pero sé mi opinión no cuenta para nada. Mi padre escucha atento y asiente de vez en cuando. Lena, por su parte, no parece nada contenta con la situación, cosa que no comprendo. Soy atractivo, inteligente, de buena familia y le pagarán por fingir estar conmigo. Muchas matarían por estar en su lugar.

Hay que decir que coincidir con ella de nuevo ha sido una casualidad interesante. El otro día, cuando me esquivó con esa bicicleta vieja y hecha polvo que tiene, no pude evitar fijarme en ella. No tiene nada que ver con las mujeres que me llevo a la cama de vez en cuando. Lena tiene una belleza natural, sin artificios, todo lo contrario que las modelos tuneadas con las que me acostaba y que al amanecer parecían personas completamente diferentes.

Dante sigue su explicación hasta el final y, cuando termina, nos recuerda la primera acción que debemos llevar a cabo en nuestra relación ficticia.

—A ver, chicos, dado que el primer contacto se llevó a cabo hace tres días, tendremos que adelantar un poco el *planning*. Yo propongo que quedéis para tomar un café este viernes.

Me fijo en la forma en la que Lena arruga la nariz como si la idea de tener una cita conmigo le pareciera la más horrible del mundo.

—Es necesario que parezca que os estáis conociendo y que estáis pasándolo bien. A la salida del café os esperara un paparazzi para “robaros” una foto. —Dibuja las comillas con los dedos para darnos a entender que todo está pactado.

Nos da el nombre del lugar al que tenemos que ir y da la reunión por concluida.

—Espero que esta vez no me falles, Adam —dice papá, mirándome muy serio.

Odio que me hable de esta manera. Sé que le he decepcionado muchas

veces, soy consciente de ello. Pero también llevo meses portándome bien, demostrándole que ya no soy el chico descontrolado que se pasaba el día de fiesta en fiesta y que bebía y drogaba por encima de sus posibilidades.

Papá se queda hablando con Dante y me pide que me marche con un movimiento de mano. Salgo de la sala, me dirijo hacia la zona de los ascensores y hago un sprint hacia uno cuyas puertas están a punto de cerrarse poniendo la mano en medio en el último momento. Cuando las puertas se abren, me devuelve la imagen de Lena, que frunce el ceño nada más verme.

—Hola cariño —susurro nada más entrar.

Estamos solos y la incomodidad se palpa en el aire cuando las puertas se cierran. El ascensor empieza a bajar y yo la miro de reojo. La verdad es que me reafirmo en que no está nada mal. Tiene un buen culo, curvas sexys, unos ojos enormes de color miel y una cabellera larga y castaña de las que me vuelven loco. Además, sus labios son carnosos y rosados. Debo reconocer que me parecen muy apetitosos. Estoy seguro que podría hacer grandes cosas con ellos.

—No me mires así.

—¿Así? ¿Cómo?

—Cómo si fueras un vampiro sediento de sangre.

Me rio por su comparación. Puedo ver como no deja de echar miraditas a los números del ascensor deseando llegar a la planta baja.

—Solo estaba confirmando lo buena que estás.

Frunce su ceño y me mira con los ojos entrecerrados.

—No digas esas cosas.

—¿Por qué no? Tú también puedes decir que yo lo estoy, si quieres.

—Perdona, pero para decirte algo así debería creerlo.

Una risa ronca sale de mi garganta.

—Oh, vamos, nena. Estoy bueno. Es una realidad.

—Te lo tienes muy creído, ¿no?

—Nah, solo un poco.

Se cruza de brazos y cambia el peso de una pierna a la otra.

El aire parece volverse pesado y, cuando llegamos a la planta baja y las puertas se abren, Lena sale disparada al exterior como si estuviera huyendo de

un edificio en llamas.

Sigo sus pasos. Abandono el edificio y me la encuentro subiéndose a su bicicleta.

—Veo que pudiste arreglarla.

—Sí, gracias a un tutorial de Youtube.

—Podrías comprarte otra, ¿no? Este amasijo de hierros parece que vaya a desmontarse de un momento al otro.

Se queda parada, me mira y, ahora sí, noto el odio palpitar en sus ojos.

—Mira, listillo, resulta que hay personas que no tenemos la suerte de tener unos padres ricos que pueden pagarle todos sus caprichos. No tengo dinero ni para comprarme bragas nuevas, así que mucho menos para comprarme una bicicleta que, además, no necesito porque esta está en perfectas condiciones.

La otra vez ya me dejó K.O con su diatriba, esta vez lo ha vuelto a conseguir. No sé qué responder a eso. Me sigue mirando como si fuera la persona más detestable del mundo, levanta el mentón a modo de despedida y empieza a pedalear, perdiéndose calle abajo segundos después.

# Lena

Llego a casa media hora más tarde y lo hago con las lágrimas picándome en los ojos. Las palabras de Adam me han dolido como si alguien me hubiera clavado una daga en el corazón.

Sé que no debería sentirme así, al fin y al cabo, es cierto que mi bicicleta tiene unas cuantas décadas ya, pero es que tiene un significado especial para mí. Es la bicicleta que mi madre usaba de pequeña, y me gusta pensar que, cuando voy con ella, es como si tuviera a mamá un poco más cerca de mí.

También soy consciente de que Adam no podía saberlo, pero es que no soporto a la gente que se cree con derecho a opinar de la vida de los demás sin conocer sus circunstancias.

Me paso el resto de la tarde limpiando la casa, que es lo que suelo hacer para desconectar la mente y dejar de pensar.

Sobre las siete, oigo el sonido de la puerta principal y salgo de mi habitación para saludar a Harper. No viene sola, le acompaña Gabe, su novio.

Gabe y Harper llevan saliendo casi tres años. Se conocieron en una fiesta universitaria y desde entonces están juntos. Gabe es el típico prototipo de hombre californiano: rubio, fuerte y bronceado. Estudió derecho y actualmente trabaja en un bufete de abogados. Su sueño es llegar a ser socio del bufete algún día.

—¡Qué limpio está todo! —exclama Harper cuando entra en el piso y observa mi trabajo. He quitado el polvo, he pasado el aspirador e, incluso, he limpiado el vidrio de las ventanas que llevaban tiempo pidiendo un repaso.

—También he preparado la cena. —Señalo la puerta de la cocina—. He hecho lasaña para toda la semana.

—Vaya, vaya, vaya... —Harper arruga su naricita—. ¿Alguien ha pasado un mal día?

No respondo a su pregunta, pero ella que me conoce muy bien, me coge de la mano y me arrastra hasta el sofá. Gabe, en su lugar, entra en la cocina, coge una lata de cerveza, se afloja la corbata y se sienta en el sillón orejero tras encender el televisor. Es su sutil manera de decirnos que no quiere participar

en uno de nuestros dramas.

—¿Es por lo de esta mañana? —me pregunta muy seria—. He reflexionado sobre ello y te presioné mucho para que aceptaras. Lo siento. Aún puedes echarte atrás, si quieres.

—No estoy así por eso. —Ella me mira con una ceja alzada y yo suspiro—. O bueno, no solo por eso. Es que... Adam Walter es un capullo.

—¿Adam Walter? —Gabe ladea la cabeza y me mira interrogativo—. ¿De qué le conoces?

Harper me mira con el pánico grabado en los ojos. Está de espaldas a Gabe y puedo ver cómo vocaliza un «no puede saberlo» en sus labios pintados de rojo. Claro, el trabajo es confidencial. De hecho, he firmado un contrato por el que me pueden empapelar en el caso de que se acabe sabiendo que lo nuestro es una farsa.

Improviso sobre la marcha.

—No, bueno, simplemente me he cruzado un par de veces con él y no parece una persona agradable. ¿Le conoces tú?

—Nah. Su padre y uno de los socios principales de mi bufete son muy amigos. A él solo le he visto un par de veces y no parece mal tipo pese a su fama.

La fama que le precede deja mucho que desear, lo sé. De hecho, después de limpiar, he decidido hacer una pequeña incursión en Google para empapar-me de la vida de mi futuro novio. Y la verdad, los artículos que he leído sobre él me han dejado filpada.

No sé qué le pasa a la gente rica. Parece que lo tienen tan fácil en la vida que, ante eso, deciden jugar con los límites a niveles peligrosos y alarmantes. Es como si, al no tener problemas reales, necesitaran inventárselos para sentirse más vivos.

Cenamos en silencio la lasaña que he preparado y, al terminar, me escondo en mi habitación, donde repaso el *planning* que voy a tener que seguir durante los próximos seis meses.

Nuestra primera cita será el sábado. La idea es que vayamos a tomar café y que nos hagan unas fotos para que las revistas del corazón empiecen a hacer circular rumores sobre lo nuestro. Emocionante, ¿verdad?

Tener que pasar un rato con ese capullo me apetece lo mismo que masticar cristales, pero intento focalizarme en el talón de cinco cifras que recibiré dentro de un mes...

# Adam

Señores y señoras, hoy es el gran día. Ha llegado el momento de empezar con la mentira que, supuestamente, tiene que limpiar mi nombre y limpiar mi reputación. Sí, confieso que soy un escéptico, y es que estoy convencido de que hay otra manera menos complicado de llevar a cabo este cometido.

El chófer me deja delante de la cafetería en la que he quedado con Lena y la busco con la mirada, pero no la encuentro. Genial, y encima llega tarde. Resoplo, me pongo al lado de la puerta y saco el móvil para mirar las redes sociales mientras la espero.

Estoy un rato dando *likes* a unas cuantas fotos de Instagram y, al levantar la mirada, reparo en una chica que viene hacia aquí, con un vestido rojo ceñido al cuerpo que deja sus largas piernas al descubierto. Menudo bombón. No me doy cuenta de que es Lena hasta que subo la mirada hasta su rostro y me encuentro con sus ojos claros escrutándome.

¡Joder!

Lo que hacen unos zapatos de tacón y un vestido bonito. Me muerdo el labio y soy incapaz de disimular la sonrisa ladeada que se dibuja en mi cara. Quizás esto de fingir una relación con ella no esté tan mal después de todo...

—Vaya, si tienes piernas —murmuro cuando llega hasta mí.

—Vaya, si tienes cerebro —dice entre dientes—. Ay no, perdona. Ha sido un lapsus del momento.

—Oh, nena, tienes que sonreír y parecer feliz de pasar el tiempo conmigo, ¿recuerdas?

Esto me divierte, lo confieso.

—Está bien. —Fuerza una sonrisa cínica—. Te odio. —Parpadea coqueta y suelto una carcajada por la naturalidad en la que me ha dicho esto en medio de una sonrisa—. ¿Así mejor?

—Anda, entremos.

Le sujeto la puerta como todo un caballero que soy y pasamos dentro. Esta cafetería es bastante pija, el mobiliario es moderno, tiene unas lámparas de techo retro de estilo industrial y todo es de colores tierra y dorado.

Nos sentamos en una mesa y no tardan en cogernos nota. Yo me pido un café solo y ella un helado de vainilla y chocolate, un batido de fresa y un trozo de tarta Red Velvet. Cuando el camarero se va, alzo las cejas y ella me mira interrogativa.

—¿Qué pasa? —pregunta captando mi sorpresa.

—No, nada, es la primera vez que quedo con una chica y se pide algo más allá de una cola light o un agua con gas.

—¿En serio? —Parece realmente sorprendida— Hay demasiadas cosas ricas en la carta como para no querer pedírselas todas.

—Supongo que en mi mundo las apariencias lo son todo —confieso.

—Pues me alegro de no pertenecer a tu mundo.

Me río entre dientes y cuando el camarero nos trae lo que hemos pedido, ella empieza a devorarlo sin ningún tipo de pudor. La miro con admiración, y no voy a negar que un poco cachondo, porque su forma de lamerse los labios cuando el helado de chocolate resbala por ellos es súpererótico. No habla, se limita a comer y a mirar el móvil como si yo no estuviera aquí. Como si yo no existiera.

—¿Qué haces? —pregunto, un poco molesto por su ignorancia.

Me mira por encima de su móvil a la vez que traga un trozo de pastel.

—Leer una novela que tengo a medias.

Frunzo el ceño.

—¿Leer? ¿Y nuestra cita?

—Estamos en un rincón discreto, nadie nos ve, no es necesario que mantengamos una conversación que ninguno de los dos quiere mantener.

—Pues yo sí que quiero que mantengamos una conversación —digo con voz firme. Y, sorprendentemente, me doy cuenta de que lo digo de verdad, que una parte de mí quiere conocer a esta extraña chica que tengo delante.

—¿Hablas en serio? —Lena me mira con los ojos agrandados por la sorpresa.

—¿Tan extraño te parece que quiera conocer a la chica con la que tengo que fingir un tórrido romance?

—Bueno, nadie ha dicho que tenga que ser tórrido.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya me entiendes. Quiero saber quién eres y a que te dedicas.

—Pensaba que eso lo habrías leído en la carpeta esa que hicieron sobre mí cuando me investigaron.

Niego con la cabeza.

—No he leído ninguna carpeta. Me la ofrecieron, pero no me interesaba leer esa información.

—Claro, ¿cómo va al señorito interesarle alguien que no sea sí mismo? — Levanta las cejas divertida a la vez que se mete la pajita del batido en la boca. Soy incapaz de apartar los ojos de sus labios.

—A ver, listilla, no lo leí porque me parecía que era información confidencial. A mí no me gustaría que a nadie leyera una carpeta de esas si fuera mía.

—Bueno, no la necesité, solo tuve que poner tu nombre en Google.

Me sonrío triunfal y yo doy un sorbo a mi café mientras ella se lema los dedos manchados de chocolate.

—Eres lo peor —susurro.

—No, tú eres lo peor.

—Eres como un jodido grano en el culo.

—Y tú como una almorrana.

—¿Es que siempre tienes que tener la última palabra?

—Por supuesto.

Nos retamos con la mirada hasta que finalmente suelto un suspiro y le pido, intentando devolver a la conversación un tono cordial:

—Háblame de ti.

—¿De mí? —Mi petición le sorprende—. ¿Qué quieres saber?

—De dónde eres, a qué te dedicas, que quieres hacer con tu vida... Ese tipo de cosas.

Entre cucharada y cuchara de helado me explica su vida. O más bien, su infierno, porque esta chica no lo ha tenido nada fácil. Perdió a sus padres de joven, su única familia no quiso saber nada de ella y, aunque se sacó la carrera de periodismo con buena nota, no consiguió trabajo de lo suyo.

Me sorprende que sea tan franca. Que no se guarde nada. Es ese tipo de persona transparente que tanto escasea de dónde yo vengo, donde las verdades

se disfrazan para que queden bonitas, aunque debajo solo haya mierda.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—De dónde eres, a qué te dedicas y que quieres hacer con tu vida.

Lo mío es tan ordinario al lado de lo suyo que me da vergüenza explicárselo, porque mi vida sí ha sido fácil. Nací en el Upper East Side, crecí entre lujos y algodones, me cogieron en Harvard pese a no tener las mejores notas y me licencié con honores. Siempre quise trabajar en la empresa familiar, es algo que va con los genes Walter, supongo.

Cuando acabo de hablar, Lena sonrío y desvía la mirada hasta el reloj colgado a la pared, enfrente.

—Oye, que se nos va a hacer tarde.

Frunzo el ceño porque soy incapaz de creerme que haya pasado una hora. Pero sí, son las seis de la tarde.

—Deberíamos ir saliendo —sugiere.

Tiene razón, aunque me encantaría quedarme un poco más. Me he sentido tan cómodo con ella, tan... bien. Pero a las seis en punto nos espera el fotógrafo en la puerta para sacarnos una foto y empezar de forma oficial con esta mentira.

Pago la cuenta, nos ponemos las chaquetas y nos dirigimos hacia la puerta. Antes de abrirla, la miro y le guiño un ojo:

—¿Preparada?

Afirma la cabeza como respuesta y le cojo de la mano. Su tacto es cálido y su mano suave y pequeña. Salimos juntos, y enseguida capto la luz de un flash a nuestra izquierda. Nos quedamos unos minutos en la puerta hablando muy juntos, hasta que el sonido de la cámara se disuelve y recibo un mensaje de Dante confirmando que ya está todo listo.

—Misión cumplida —digo guiñándole un ojo.

Ella se muerde el labio, parece incómoda.

—Bien, supongo que... ya nos veremos.

—Supongo que sí.

Y antes de que me dé tiempo de preguntarle si quiere que le acompañe a casa, levanta la mano y sale prácticamente corriendo calle abajo,

confundiéndose con el río de gente de nuestro alrededor.

# Lena

Han pasado dos semanas desde que Adam y yo empezamos a salir. Bueno, vale, puede que solo lo estemos fingiendo, pero a ojos de todo el mundo, Adam y yo somos novios. Harper me explicó que Dante está muy contento con la forma en la que está saliendo todo, porque las revistas sensacionalistas no dejan de hablar de nosotros dos como la pareja de moda. Parece ser que el hecho de que Adam salga con alguien pobre y sin recursos como yo, está mejorando su reputación.

Después de nuestra primera cita en la cafetería, hemos quedado un par de veces más.

La verdad es que al final, aceptar este trabajo, no está resultando tan terrible como creía. Adam puede que sea egocéntrico y creído, pero es un egocéntrico y creído con buena conversación. Al menos eso ha hecho que los ratos que tengo que pasar con él no sean un coñazo del todo. Sigue cayéndome mal, pero ya no tengo ganas de tragar cianuro cada vez que le veo.

Hoy toca la reunión semanal con Dante. Estamos en una sala de reuniones privada hablando del *planning*. Según Dante, tenemos que seguir dando pasos en nuestra relación ficticia. Hasta ahora, nos hemos limitado a forzar alguna que otra caricia, pero no ha pasado de aquí.

Eso parece estar a punto de cambiar hoy...

—¿Un beso? —preguntó atónita, mirando a Harper que, aguantando el chihuahua de Dante, me sonrío de forma tranquilizadora.

—Sí. Mañana te llevará a una gala benéfica para darte a conocer en sociedad. Es la demostración de que lo vuestro va en serio, por tanto, es el momento de dejar ver un primer beso.

—¿Qué significa «un primer beso»? ¿Es que van a haber más?

Adam, desde el otro lado de la mesa, se ríe entre dientes. Pues vale, puede que a él esto le esté pareciendo muy divertido, es más, seguro que tiene la lengua muy entrenada en eso de ir besando mujeres por ahí, pero yo no. De hecho, ni recuerdo la última vez que di un beso.

Dios, que vida más patética la mía.

—¿Y no lo podemos retrasar? —pregunto con voz inocente—. Además, los besos son actos íntimos, no es necesario ir mostrándolos por ahí.

—Los novios se besan de forma casual a menudo, Lena. Si no queremos levantar sospechas, es necesario que os deis un beso y confirméis a ojos de todo el mundo que lo vuestro es real.

*¡¡Pero no lo es!!*, me dan ganas de gritar a pleno pulmón. En vez de eso, pongo los ojos en blanco. Supongo que no pasa nada por qué nuestros labios se junten y compartan espacio durante unos segundos.

—Si os parece, me gustaría hacer una prueba antes —añade Dante.

Adam y yo nos miramos. Él con las cejas alzadas y expresión de sorpresa y yo con el terror dibujado en mis facciones. Ay, Dios, ¿quieren que nos demos un beso *ahora*?

—No creo que sea necesario hacer ninguna prueba. Un beso es un beso, ¿qué puede salir mal? —pregunta Adam.

—Pues demasiadas cosas. Un beso mal dado puede arruinar nuestro plan, así que, jovencitos —da un par de palmadas mirándonos—, levantaos. Quiero ver cómo se juntan vuestras boquitas.

Ojalá pudiera negarme, pero resulta que no puedo porque he firmado un contrato y necesito el dinero. Así que pongo los ojos en blanco y me levanto de la silla. Adam hace lo mismo y nos encontramos a medio camino.

—Bueno... —murmura él. Por una vez, no hay en su mirada ese brillo de altanería que normalmente le caracteriza.

—Nada de lengua —le digo yo.

—Más te gustaría. —Sonríe.

—Venga, chicos, dejaos de cháchara. A ver ese beso.

Nos quedamos mirando durante varios segundos. La mirada de Dante, de Harper y la del resto de asistentes me hace sentir tremendamente incómoda. Al menos no está el padre de Adam. Eso sí que hubiera sido humillante.

—No tenemos todo el día.

Su voz suena a orden, así que Adam y yo obedecemos. Me inclino hacia delante en el mismo instante que lo hace él y nuestras narices chocan. Nos separamos aullando de dolor, con las manos en nuestras respectivas narices.

Dante suspira, se cruza de brazos y nos pide que repitamos. Que incordio

de tío, en serio. Le echo una mirada asesina, imaginándome que la pajarita de topos rojos que lleva hoy empieza a cerrarse alrededor de su cuello.

Los siguientes minutos los dedicamos a intentar darnos un beso en condiciones, pero cada nuevo intento es peor que el anterior. Una de las veces, en vez de besarme en la boca, Adam me besa en el ojo, y otra de ellas, en la barbilla. Incluso las veces que hemos conseguido que nuestros labios se tocaran, parecíamos dos peces boqueando descoordinados.

—¡No! ¡No! ¡¡No!! —Dante nos mira como si fuéramos alienígenas—. Pero ¿qué os pasa? Ambos sois dos jóvenes atractivos con edad de merecer. Deberían saltar chispas. En vez de eso, parecéis dos personas esperando en la consulta del médico a que os hagan un tacto rectal.

Adam resopla, se pasa una mano por el pelo y mira a Dante con cara de pocos amigos.

—Oye, no es nada fácil hacer esto con naturalidad con tanta gente mirando. Dante suelta un largo suspiro y se cruza de brazos.

—Yo solo espero que el beso de mañana sea mejor que esto que he presenciado aquí. Necesitamos que parezcáis una pareja de verdad. Así que chicos, os pongo deberes. Quiero que quedéis esta tarde y ensayéis hasta conseguir daros un beso en condiciones.

Unos minutos después, salimos de la sala. Miro a Adam haciendo un mohín. Menudo marrón nos ha caído encima.

—Bueno, ¿cómo lo hacemos? ¿En tu casa o en la mía? —Adam dibuja una sonrisa pícara que me pone nerviosa. Y me cabrea, para que engañarnos. No sé cómo puede parecerle tan bien todo este teatro.

—Mejor voy yo a la tuya —murmuro.

—Guay. Luego te paso la dirección —Me guiña un ojo y se va con paso resuelto.

Yo espero a que Harper salga de la sala. Ha tenido que quedarse con Dante para acabar de planificar lo de mañana. Cuando lo hace, me sonrío y me invita a comer en un restaurante japonés que está cerca.

—No sé si voy a aguantar seis meses con esto —digo a mi amiga mientras baño el nigiri de salmón en la salsa de soja.

—Piensa que ya falta menos.

—Lo sé. Cada vez que tengo ganas de mandarlo todo a la mierda visualizo un montón de billetes alados volando hacia mí. Pero hay días como hoy en los que ni eso compensa.

Me meto todo el nigiri dentro de la boca y mastico. Dios, está delicioso, cómo me gusta la comida japonesa.

—Solo tenéis que daros un beso. No es para tanto.

—Pero ¿tú has visto lo mal que lo hemos hecho?

Junto los labios como si fuera un pez y empiezo a boquear. Harper se ríe, soltando sus palillos sobre el plato de fideos que se ha pedido.

—Estabas tan tensa que parecía que saldrías corriendo de un momento al otro. Tienes que relajarte. No sé, piensa que es... el poster de Legolas que tienes colgado en la pared de tu habitación. Te he visto besarlo más de una vez, no será tan diferente.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Le lanzo una mirada asesina. Sabe que no me gusta que saque a relucir mi pequeña obsesión por ese personaje de El señor de los anillos. Además, ¿qué culpa tengo yo de que Orlando Bloom esté tan bueno con pelo largo?

En este momento, el móvil vibra sobre la mesa. Es un mensaje de Adam con la dirección de su piso. Quiere que nos veamos en una hora, así que me termino lo que queda en el plato y cojo un taxi para que me lleve a la dirección en cuestión.

# Lena

Cuando bajo del taxi miro alucinada el edificio que tengo delante. Creo que nunca he estado en un sitio así. La fachada es toda de cristal y hay un hombre vestido de forma elegante frente la puerta giratoria. Parpadeo y veo salir de ahí a una mujer emperifollada cuyo perfume puedo sentir a metros distancia. Arrugo la nariz y me miro. Llevo unos vaqueros desgastados, unas Converse negras algo sucias y una blusa de color coral con lunares. Nunca me ha preocupado mucho la moda, además, cuando me he vestido esta mañana no sabía que acabaría en el Upper East Side.

Suelto un bufido y me dirijo hacia el portero que me mira alzando una ceja.

—Hola, soy Lena Murphy, Adam Walter me está esperando.

El portero entrecierra los ojos como si sospechase y sé que en este momento me está evaluando. No me sorprende. Seguro que las chicas que Adam trae a su casa deben ser mi antítesis por lo que he visto en Google. Todas altas, delgadas hasta los huesos y arregladas al máximo. Yo soy... yo. Una chica normal a la que le cuesta combinar la ropa.

Me dice que espere un segundo, saca un móvil del bolsillo del pantalón, marca un número y le pregunta a Adam por mí. Tras cerciorarse que efectivamente me espera, me cede el paso y entro.

Si el edificio por fuera es impresionante, por dentro es como la recepción de un hotel de cinco estrellas. En serio, todo es blanco, luminoso y minimalista. Subo una pequeña rampa, entro en uno de los ascensores y aprieto el botón correspondiente.

Cuando salgo, me sorprendo al ver que solo hay un piso por planta. Además, Adam ya está esperándome apoyado en la puerta abierta, descalzo, con unos pantalones de deporte flojos en la cintura, una camiseta blanca de algodón que deja entrever un abdomen perfecto, y el pelo moreno alborotado. Confieso que me quedo unos segundos con la boca abierta, porque es la primera vez que le veo así, sin traje, tan natural. Y oye, si ya de normal está bueno, así hace salivar.

—Vaya, ¿dónde te has dejado el traje?

—Me gusta estar cómodo cuando estoy en casa —responde él guiñándome un ojo.

Se aparta de la puerta y con un gesto me hace pasar al interior del piso. No puedo evitar abrir los ojos como naranjas porque, ¡madre mía! Este apartamento debe ser siete veces el que compartimos Harper y yo. Me lo enseña por estancias y voy soltando exclamaciones cada vez que me muestra una nueva. Además de la cocina, el salón y su dormitorio, tiene una habitación llena de máquinas de gimnasio y un despacho decorado con mucho gusto. Todo es minimalista y blanco. A pesar de todo, no me resulta frío. Los toques de madera natural y las alfombras peludas que están desperdigas por el suelo, le aportan calidez.

Cuando ya no nos queda nada más por ver, nos dirigimos hacia el salón.

—¿Te apetece algo? ¿Agua? ¿Un refresco?

—No, gracias.

Él sonrío y yo sonrío. Nos quedamos mirando sonrientes sin hacer ni decir nada más. La verdad es que, en frío, la idea de venir a su casa para ensayar un beso me resulta de lo más surrealista. Él no dice nada, pero por la forma en la que frunce el gesto y me mira en silencio estoy segura de que piensa lo mismo.

—Esto... —Da un paso hacia mí y yo, de forma automática, doy un paso hacia atrás, como si me preparara para salir huyendo.

De repente, noto como las palmas de las manos empiezan a sudarme por culpa de los nervios.

Adam capta mi incomodidad porque se queda parado y me mira con los ojos ligeramente abiertos.

—Solo iba a sugerirte que nos sentáramos en el sofá, Lena. —Frunce el ceño y parece disgustado—. Oye, puedes estar tranquila. No haremos nada que tú no quieras, no soy esa clase de tío. Y si al final no te apetece que nos besemos le diré a Dante que lo dejemos para otra ocasión.

—Perdona, es que... todo esto es muy raro.

—Mira, ¿qué te parece si nos sentamos, pongo una peli y vamos viendo? No es necesario forzar las cosas.

—Vale —digo con un hilillo de voz.

No me considero para nada una mujer asustadiza. Siempre me he tenido

por una mujer fuerte e independiente capaz de enfrentarse con dignidad a cualquier ocasión. Sin embargo, hay algo en la idea de besarme con Adam que me aterra.

Nos sentamos en el sofá, yo procuro que haya distancia suficiente entre los dos.

Adam cierra las persianas automáticas con un mando y baja la intensidad de luz dejándonos prácticamente a oscuras. Después, enciende el enorme televisor que ocupa media pared y conecta Netflix.

—¿Qué te apetece ver?

—¿Me dejas elegir? —pregunto emocionada.

—Claro, puedes poner lo que quieras. Excepto alguna de esas pelis moñas para chicas.

—Qué típico. —Pongo los ojos en blanco y cojo el mando del televisor. Empiezo a pasar películas hasta llegar a las de Fantasía y Ciencia Ficción. Miro el catálogo y cuando veo la carátula de Harry Potter, no necesito seguir buscando. Le doy al *Play*.

—Eh, para el carro. ¿Harry Potter? ¿Vas a poner una película infantil?

Le doy al *pause* y le miro con el ceño arrugado.

—No es una película infantil, es para todos los públicos.

—¿No va sobre un niño que tiene magia o algo así? —pregunta desconfiado.

Yo abro mucho los ojos y le miro como si fuera un extraterrestre recién llegado a la Tierra.

—¿No has leído los libros? —Niega con la cabeza como si la extraterrestre fuera yo—. ¿Y no has visto las películas?

—No, no las he visto. No veo pelis para niños.

—¡No es para niños! No me puedo creer que no las hayas visto. Menudo sacrilegio.

—Yo soy más de Matrix o La Guerra de las Galaxias.

—Pues Harry Potter mola igual o más —digo muy decidida, y sin darle ocasión de réplica le vuelvo a dar al *play* y añado: —Bienvenido a un mundo donde todo es posible.

Él gruñe, pero no se queja ni dice nada. Al principio hace más caso a su

teléfono móvil que a la película, pero pasados los primeros minutos se nota que la trama le atrae y le engancha. Debería mirar la pantalla del televisor, pero soy incapaz de dejar de mirar las microexpresiones de su cara cuando está a punto de pasar algo importante.

En algún punto, empiezo a sentirme cómoda.

Sonrío cuando Adam me pide que pause la película para ir al baño. Cuando regresa, lo hace con un cuenco lleno de patatas fritas y una bolsa de regaliz rojo.

—Espero que te hayas lavado las manos antes de servir las patatas —digo jocosamente cogiendo una del cuenco.

Adam sonrío de medio lado.

—Puede que sí, o puede que no. Nunca lo sabrás, siempre te quedará la duda. —Y acto seguido se limpia las manos en mi ropa haciéndome soltar un grito.

Le empujo, se ríe, me río, nos miramos.

No sé qué ha cambiado entre nosotros en esta última hora, pero, de repente, me siento cómoda a su lado.

—Deberías darle al *play* —susurra sin apartar la mirada de mis labios.

Yo trago saliva, me meto la patata que he cogido en la boca y aparto la mirada hacia la pantalla tras apretar el botón correspondiente que hace que la película se reanude.

Hemos ido acercándonos, por lo que ahora nuestros cuerpos están tan pegados que puedo sentir su calor a través de la ropa.

Cuando la película termina, Adam me mira. Parece calibrar lo que está a punto de decir.

—JODER. ¡¡Me ha encantado!! —exclama mirándome con los ojos brillantes, parece emocionado y su emoción se me contagia. Se me escapa una risita.

—¿A qué sí?

—¿Queda muy friki decir que quiero que me manden una carta para ir a Hogwarts?

—Todos hemos pasado por eso, pequeño —digo alzando las cejas divertida.

Después de ese comentario, empezamos a hablar y a compartir opiniones. Me río cuando afirma rotundamente que él es carne de cañón de Slytherin, pero no se lo rebato porque tiene razón. Yo lo soy de Gryffindor, él tampoco pone en duda eso.

—¿Te apetece que veamos la siguiente? —pregunta sonriente—. Podemos pedir una pizza para cenar.

El plan me parece perfecto. Así que pide una pizza cuatro quesos para mí y otra barbacoa para él y ponemos la segunda película.

Si la primera le ha gustado, la segunda parece encantarle. No dejamos de comentar la trama entre trozo y trozo de pizza. A mí no me gustan los bordes así que los dejo de nuevo en la caja. Cuando él se termina su pizza tamaño familiar, los coge y se los zampa también.

En un momento dado, noto la mirada de Adam sobre mí mientras me meto un trozo de pizza en la boca y me pongo un poco nerviosa. Trago, le miro de reojo y le pregunto:

—¿Por qué me miras así?

—Es fascinante.

—¿El qué?

—Verte comer.

Me sonrojo al instante y le golpeo el costado con el codo intentando disimular mi sonrojo.

—¿Es qué las chicas con las que sales normalmente no comen? —pregunto mirándole de reojo.

—Comida no mucha, pero sí que suelen tener hambre de otra cosa.

Me lanza una mirada canalla y yo vuelvo a golpearle con el codo. Adam suelta un quejido mientras se masajea el costado.

—¿Eres siempre así de violenta?

—Solo cuando me provocan.

Tuerce la sonrisa y me mira durante varios segundos más sin decir nada. El silencio nos sobrevuela. Yo clavo mi mirada en la pantalla como si con eso pudiera ignorar el hecho de que su mirada me traspasa.

—¿Besas mal?

Su pregunta me pilla por sorpresa cuando doy un sorbo al refresco de cola.

Empiezo a toser y, cuando termino de hacerlo, le miro con los ojos aguados.  
¡Joder! Menuda preguntita...

—¡Por supuesto que no!

Me mira con su cuerpo girado hacia mí, con la sonrisa divertida bailándole en los labios.

—Entonces ¿por qué no quieres besarme?

—¿La única explicación a que no quiera besarte es que beso mal? —Él se ríe entre dientes, pero a mí no me hace la menor gracia—. Pues no, listillo, resulta que soy una gran besadora. Si no quiero besarte es porque no me gustas nada de nada y la idea de darte un beso me repulsa.

Y lo digo mientras soy incapaz de dejar de mirar sus labios que parecen más apetecibles que nunca.

—Claro, seguro que es eso...

—Pues sí —insisto.

—Si tú lo dices...

Sé que me dice todo esto para picarme, pero soy facilona y caigo de cuatro patas en su trampa. Pauso la película y le miro indignada.

—Para que lo sepas, beso muy bien. He recibido alabanzas sinceras sobre mi forma de besar.

—¿Antes o después de llevarte a la cama?

Me cruzo de brazos.

—¿Eso importa?

—Claro, solemos exagerar las alabanzas cuando queremos meternos entre las piernas de una chica.

—No todo el mundo es un mujeriego como tú.

Sonríe canalla, se nota que esto le divierte.

—¿Sabes qué? Solo hay una manera de que me crea que besas bien.

—¿Cuál?

—Que me hagas una demostración.

# Adam

Lena me mira con los ojos muy abiertos. Estoy convencido de que no se esperaba esto para nada. La veo dudar unos segundos. No nos conocemos mucho, pero sí lo suficiente como para saber que está calibrando sus opciones. No le gusta para nada demostrar debilidad, y por eso no me ha soltado un no rotundo enseguida.

Puede parecer que estoy jugando con ella, que solo quiero divertirme a su costa, pero nada más lejos de la realidad. Para ser sincero, me muero por besarla desde que hemos puesto la segunda película. Hay algo en ella que me atrae como lo hace la luz a las polillas. Quizás sea el hecho de que no se parezca para nada al tipo de mujeres con las que me suelo acostar, por su naturalidad y su belleza sin máscaras. No lo sé, el caso es que me gusta pasar el rato con ella y desde hace una hora soy incapaz de apartar mi mirada de sus labios preguntándome a qué sabrán.

—Estás de coña, ¿no? —pregunta mirándome fijamente.

—No, hablo muy en serio. Para poder confirmar tu tesis necesito una muestra.

—No pienso besarte, Adam.

—Porque besas mal.

—De eso nada.

—Demuéstramelo.

—No.

—Miedica.

Veo el brillo en su mirada, ese brillo que en estas últimas semanas ha precedido todos sus impulsos repentinos. Así que antes de que pueda darme cuenta de lo que hace, se inclina hacia mí y estampa sus labios contra los míos.

Me quedo unos segundos sin saber cómo actuar, pero cuando noto que está a punto de apartarse, la cojo por la cintura y la aprieto contra mí, apresando sus labios contra los míos. El beso, que ha empezado siendo solo un roce de labios, enseguida se transforma y se convierte en otra cosa. Encadenamos un

beso tras otro hasta que tiento sus labios con la lengua y ella abre la boca. Y es entonces cuando dejo de ser consciente de mis propias acciones, es como si mi cuerpo actuara por voluntad propia y me dejo llevar. Su lengua y la mía se batan en duelo, en besos húmedos y calientes. No dejamos de besarnos ni un solo momento, solo cuando necesitamos coger aire para respirar y el salón se llena del sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y los chasquidos de nuestra saliva.

Este beso me ha puesto cachondo y eso es algo patente bajo la tela cada vez más tirante de mi pantalón. Lena también parece excitada, porque se sube a mi regazo a horcajadas y empieza a frotarse contra mí con movimientos circulares que me vuelven loco.

Jadea cuando meto mi mano por debajo de su camiseta estrujándole un pecho por encima del sujetador. Joder, tiene las tetas más grandes de lo que había supuesto.

Y seguramente esto pasaría a mayores si no fuera porque, sin querer, en este momento, aprieto el mando del televisor al intentar incorporarme un poco y la película empieza a reproducirse, trayéndonos con ello las voces de los personajes.

Noto como Lena sale del embrujo, porque se tensa, se separa de mí y me mira a través de sus ojos oscurecidos y entelados. Se ha dejado llevar por el momento, como yo, y estoy seguro de que se arrepiente. Lo noto por la forma en la que frunce los labios hinchados y enrojecidos y se levanta de mi regazo recolocándose la camiseta.

Está muy nerviosa. Seguro que ahora mismo se está culpando por lo que acaba de pasar. Así que decido restarle importancia de la única forma que sé: con humor.

—Bueno, pues va a resultar que sí eres una gran besadora —digo volviendo a fijar mis ojos en la película como si aquí no hubiera pasado nada.

Seguimos viendo la película, en un silencio sepulcral. Todo el buen rollo y la complicidad que habíamos conseguido construir durante las últimas horas parece haber desaparecido para ser sustituida por una incomodidad muy molesta.

Cuando termina la película, Lena se levanta muy tirante y me indica que se

ha hecho tarde y que regresa a casa.

Le acompaño hasta la puerta.

Se despide con un movimiento de mano y aprieta el botón del ascensor.

—Lena —la llamo haciendo que se gire.

Ella me mira y yo esbozo una sonrisa que intenta ser tranquilizadora.

—Al menos lo hemos conseguido. —Lena alza una ceja interrogativa y decido ser más explícito—. Darnos un beso en condiciones.

—Supongo —admite, aunque sigue pareciendo contrariada.

En este momento llega el ascensor. Antes de subirse se vuelve a girar hacia mí.

—Hasta mañana, Adam.

—Hasta mañana, Lena.

# Lena

Me despierto con el sonido del despertador y lo apago con un suspiro frustrado porque no he descansado nada. Ayer me fui de casa de Adam con la sensación de haber hecho algo malo y seguí con esa sensación toda la noche, hasta que me metí en la cama y empecé a hacer la croqueta en el colchón incapaz de quitarme nuestro beso de la cabeza. Bueno, vale, debería decir besos porque nos dimos más de uno. De hecho, nos enrollamos a base de bien. No sé qué me pasó, yo no soy así, no me voy pegando el lote con cualquiera sin más. Pero... algo sucedió cuando nuestros labios encajaron, fue como si otra persona se apoderara de mi cuerpo y me obligara a seguir besándolo. Y no solo fue el beso, sino todo lo que despertó con él. Si me hubiera dejado llevar no quiero ni pensar lo que hubiera pasado ayer por la noche...

Suelto un suspiro, me levanto de la cama y me dirijo hacia la cocina. Harper está con la cara de mala leche que suele lucir por las mañanas antes del primer café.

—Necesito enchufarme cafeína en vena —murmura mientras mira la cafetera eléctrica como si a base de pensamiento pudiera hacer que fabricara café más rápido.

—¿A qué hora llegaste ayer? —pregunto, porque cuando me acosté ella aún no había llegado y era muy tarde.

—No sé, de madrugada. Acompañé a Gabe a una fiesta de cumpleaños de un compañero suyo de trabajo.

—¿Y cómo lo pasaste?

Me mira a través de unos ojos entrecerrados y somnolientos. Tiene la palabra resaca tatuada en la frente.

—Fue un completo coñazo, Lena. No se me ocurre nada más aburrido que una sala llena de abogados con ganas de hablar sobre su trabajo. Así que me di a la bebida, porque era eso o morir de aburrimiento. No recuerdo nada después de la quinta copa de champán.

Me río. Es imposible no hacerlo cuando arruga su naricita y su pelo

pelirrojo se mueve de un lado al otro de forma graciosa.

—Lo siento.

Se encoge de hombros y da un saltito de alegría cuando la cafetera acaba de hacer el café. Se sirve una taza y me sirve otra a mí, que me tiende con una sonrisa satisfecha mientras sopla el interior de la suya para no quemarse.

Nos sentamos en la pequeña mesa de cocina y tras tomar sus primeros tragos de café, Harper me mira con una de esas expresiones suyas escrutadoras que parecen leerme la mente.

—¿Cuál es tu excusa? —pregunta ella con la ceja elevada.

—¿Mi excusa?

—Sí, para tener esa cara de mier... —No termina la frase. Abre mucho los ojos y suelta a bocajarro—: ¡Mierda! Es verdad, que ayer tuviste tu sesión de besuqueos con Adam el buenorro. Dios, se me había olvidado por completo —Se golpea la frente con la mano y chasquea la lengua como si su olvido fuera imperdonable—. ¿Cómo fue?

—Bueno... ehmm... Supongo que bien. —Me limito a decir, porque no sé hasta qué punto debo explicarle nada de lo sucedido a mi amiga, porque explicarlo significaría tener que evaluar cómo me siento, y no me apetece una mierda.

—¿Qué tipo de respuesta es esa? ¿Os besasteis o no?

—Ehmmm... sí.

Se me encienden las mejillas cuando Harper apoya los codos sobre la mesa y se tira hacia delante para escrutar-me con más atención.

—¿Qué me escondes?

—No te escondo nada.

—Te conozco, Lena Murphy. Cuando mientes se te arruga la frente de una forma muy característica. —Me toca la frente con el dedo índice y yo niego enérgicamente con la cabeza.

Intento buscar algún tipo de excusa para lo que me pasa, pero antes de que pueda volver a abrir la boca, suena su teléfono. Harper resopla, se levanta y contesta con voz irritada. Sé que es Dante por la forma en la que cambia el tono de su voz por uno profesional. Desde aquí no puedo oír de que están hablando, así que espero hasta que cuelga y vuelve a sentarse en la mesa.

—Era Dante. —Lo sabía—. Me ha pedido que te acompañe a la fiesta de esta noche, para asegurarme de que todo sale a la perfección.

—¡Genial! —exclamo feliz, dando palmas, porque tener a Harper conmigo hará que me sienta menos tensionada, sobre todo cuando me encuentre con Adam y no pueda dejar de pensar en que tenemos que volver a besarnos.

Ay, Dios, ¡tenemos que volver a besarnos!

Harper mira la hora en el móvil y hace un mohín.

—Tengo que estar en la oficina en media hora, así que no puedo seguir con mi interrogatorio. Pero no pienses que te vas a librar de él. Esta tarde pienso sonsacártelo todo.

Se acaba el café de un trago, coge una barrita de cereales de la encimera y sale corriendo hacia el baño. Yo me quedo sentada con mi café, deseando que el día de hoy termine.

# Adam

Siempre me ha dado respeto el rascacielos donde está ubicada la multinacional que dirige mi padre. Es uno de esos edificios con más de cien pisos donde puedes encontrar diferentes sedes de empresas por plantas. La de papá se encuentra dividida en siete de ellas.

Entro en el edificio de puertas giratorias y me dirijo directo a los ascensores. Cuando este se abre expulsando a un montón de gente hacia fuera. Yo entro y aprieto el botón correspondiente de la planta a la que me dirijo. Las puertas están a punto de cerrarse cuando, en el último momento, entra una chica a toda prisa.

La miro de reajo cuando las puertas se cierran del todo y nos quedamos solos. Puedo ver como ella me devuelve la mirada y sonrío. Es atractiva. Es alta, delgada y tiene uno de esos rostros perfectos a base de tunearlo con kilos de maquillaje. Hace unos meses no me hubiera pensado dos veces el hecho de acercarme para hablar con ella y sonsacarle el número de teléfono. Sin embargo, ahora no me apetece. En su lugar, pienso en Lena y en lo preciosa que es al natural.

Pero bueno, ¿qué me está pasando con esta chica? Si ni siquiera es mi tipo de chica, es más, tiene un carácter de mil demonios y no le gusto. Pero joder, los besos que nos dimos ayer fueron los más excitantes que he dado nunca en la vida. Por no hablar de lo bien que lo pasamos juntos, charlando y riendo mientras veíamos la película. Creo que es la primera vez que una chica no intenta impresionarme, que es ella sin fingir ser otra persona. Y me gusta.

Pero no puede gustarme. Como dice mi padre, nunca hay que mezclar los negocios con el placer, y lo que hay entre Lena y yo es un negocio.

Los números van cambiando uno tras otro. Las puertas se abren y se cierran en diferentes plantas para recoger a gente, hasta que llego a mi destino y me bajo del ascensor.

Paso de largo la zona de recepción y me dirijo hacia el despacho de mi padre. Su secretaria me dice que está reunido, que le espere fuera, que cuando

termine se reunirá conmigo.

Hemos quedado para comer juntos. Quiere que hablemos de algunas cuestiones de trabajo. Estas últimas semanas tenemos reuniones a diario, para explicarme los más y los menos de la empresa. Eso me gusta. No solo porque siempre he querido formar parte de la dirección de una empresa, y más una multinacional como esta, sino también porque esto nos permite pasar tiempo juntos. Me gusta pensar que nuestra relación ha mejorado desde entonces, sobre todo porque mi padre y yo nunca hemos estado muy unidos.

La gente suele ver a los que tenemos dinero como personas con una vida maravillosa, y seguro que habrá gente que sea feliz con la idea de poder bañarse con billetes, pero ese no es mi caso. Está claro que tener dinero me ha dado facilidades pero, a cambio, he crecido en el seno de una familia con un padre ausente a causa del trabajo y una madre más preocupada en gastarse el dinero en tratamientos de belleza, ropa o remodelaciones en casa que en cuidar a su hijo. Mis padres siempre han pagado su falta de cariño con dinero. Según el terapeuta al que me obligaron a asistir durante mi estancia en la clínica de desintoxicación, la falta de figuras autoritarias es en parte causante de mi comportamiento desbocado. Eso y mi falta de control, claro, porque tampoco voy a ser tan hipócrita como para culparles de todo a ellos. Soy mayorcito, muchas de las cosas que he hecho estos últimos años han sido responsabilidad mía.

Paso un buen rato sentado en un sillón frente a su despacho, mirando el móvil mientras espero que mi padre termine la reunión. La verdad es que no sé la hora que es cuando su secretaria se me acerca y me toca el brazo con suavidad.

—Adam, tu padre acaba de pedirme que te diga que debe anular la cita. Le ha salido un compromiso de última hora. Lo siento.

Me quedo un poco cortado, aunque eso parezca raro en mí. No doy crédito a lo que me acaba de decir. Fijo mi mirada a la puerta que tengo delante. ¿No ha sido capaz de salir él mismo a decirme esto? ¿De verdad ha tenido que enviar a su secretaria para ello? Como si no fuera alguien que se mereciera su atención.

Trago saliva, fuerzo una sonrisa y le digo que no pasa nada. Decido

mandar un mensaje a los chicos para ver si quieren quedar para comer. Jake me dice que no puede, pero Evan me responde que acaba de salir de la oficina y que me espera en el un café que solemos frecuentar.

Cojo un taxi y me planto allí media hora más tarde. Evan me está esperando en una mesa cerca del ventanal y con una enorme taza de café entre las manos.

El camarero se acerca y nos toma nota. Yo me decanto por un sándwich de pollo, Evan por uno vegetal.

Hablamos un poco de todo entre bocado y bocado, hasta que Evan me dedica una sonrisa perezosa, de medio lado y dice:

—¿Vas a llevar a tu “novia” a la fiesta de esta noche? —pregunta dibujando al aire la palabra novia.

—Pues sí, tenemos que demostrar al mundo que somos una pareja feliz.

—Como si eso fuera un suplicio, está buena, y tiene una buena delantera —Mueve las manos sobre su torso como si estuviera apretando unos pechos y no sé por qué, que Evan hable de Lena en estos términos, no me mola nada—. El otro día Olivia me enseñó una foto en la que salíais juntos, os dedicaron un artículo en una revista de esas para chicas, y la verdad es que flipé bastante. Es una belleza, no nos lo habías dicho.

—No está mal, aunque es un poco tocapelotas. Le gusta llevarme la contraria y meterse conmigo. Además, es tozuda y tiene un carácter de mil demonios.

Evan sonrío socarrón antes de llevarse la taza de café a la boca y me observa con detenimiento.

—Te gusta —afirma categóricamente—. Esa chica te gusta.

—¿Qué? Claro que no.

—Claro que sí. —Se ríe entre dientes y pone los ojos en blanco—. No hay nada que te ponga más que una tía que pase de ti y te contradiga.

—De eso nada, no lo soporto.

—Te encantan los retos, Adam Walter.

Nos quedamos mirando desafiándonos unos segundos y me encantaría contradecirle de nuevo, pero ambos sabemos que tiene razón.

—¿Tú con quién vas a asistir a la fiesta de esta noche? ¿Con Olivia?

—Qué remedio —resopla y se come una patata frita algo desgano.

—¿Y sabes si Jake traerá acompañante?

—Lo dudo, creo que prefiere ir solo para poder flirtear libremente con quién quiera.

—El día que se enamore será el final de una era —digo entre risas mientras me acabo la taza de café.

De repente me siento mucho mejor. Por suerte, la vida me ha regalado unos amigos cojonudos para contrarrestar la mala suerte que he tenido con mis padres.

Nos quedamos en el café un rato más, hasta que se nos hace tarde y decidimos regresar a casa para prepararnos para lo de esta noche.

# Lena

Llaman a la puerta y dejo lo que estoy haciendo en el ordenador para abrir. Parpadeo confusa cuando veo a una mujer rubia repeinada y muy maquillada mirarme con atención. Una nube de perfume me envuelve. Lleva con ella una especie de maletín con ruedas que arrastra hacia el interior del piso sin ni siquiera pedir permiso.

—Pero ¿usted quién es? —pregunto en medio de la confusión.

La mujer sonrío y me tiende su mano de manicura perfecta con actitud profesional.

—Soy Janet, del salón de belleza *Real Beauty*, me manda Dante. Quiere que te deje perfecta para esta noche. —Me coge la barbilla y me obliga a mirarla con atención. Su ceño se frunce al igual que sus labios, no parece muy contenta con lo que está viendo—. Madre mía, ¿cuándo fue la última vez que te pusiste una mascarilla? Tienes la piel reseca y sin brillo —no respondo, porque a ver, ¿quién tiene tiempo para ponerse ese tipo de cosas? Lo más parecido que me he puesto en la cara es unas rodajas de pepino, cuando a Harper le da por hacer una de nuestras sesiones de belleza caseras—. ¿Y esas cejas? Parecen las de un Bigfoot. Ay, por Dios, ¡cuánto trabajo tenemos por delante!

Janet parece realmente sulfurada. Me coge de la muñeca y tira de ella hasta conseguir que me siente en una silla del salón. Coloca el maletín sobre la mesa de comedor, lo abre y empieza a sacar cosas mientras parlotea sobre temas que de belleza que no entiendo para nada (y que la verdad, no me importan).

La hora siguiente es toda una carnicería. No importa que le diga que no hace falta que me haga nada, porque ella insiste en que debe seguir órdenes, como si esto fuera un asunto de vida o muerte. Así que me aplica un montón de cremas y potingues en la cara que no me da tiempo a preguntar que son mientras me lava el pelo en el fregadero de la cocina para posteriormente ondulármelo con unas tenacillas.

Cuando termina con mi pelo, enchufa un recipiente pequeño con cera caliente y empieza a dar forma a mis cejas. Después de la cera empieza a picotearme con unas pinzas depilatorias y no puedo evitar aullar del dolor.

—Y ahora vamos a ver esas manos. Por todos los santos, ¿es que te muerdes las uñas? —pregunta tras soltar una exclamación de terror, como si acabara de salir detrás de mí un encapuchado cuchillo en mano dispuesto a asesinarla—. Eso es inadmisibile, jovencita.

Y mientras me hace la manicura tengo que aguantar una regañina de campeonato, porque resulta que es muy poco atractivo que una señorita se muerda las uñas. Pues oye, yo que me alegro, pero no sé porque debo darle explicaciones a esta mujer que no conozco de nada y que ha entrado en mi casa y ha empezado a manosearme sin ni siquiera pedir permiso.

Cuando termina con mis uñas suspira, se aleja unos metros de mí y sonrío satisfecha.

—Buen trabajo, Janet —se dice así misma.

Esta mujer no está muy bien de la cabeza.

—¿Ya está? —pregunto mirando el reloj de la pared, porque falta media hora para que pasen a recogerme y tengo mucho qué hacer.

—Sí, mi trabajo aquí ha terminado. —Saca un espejo de su maletín infinito y me muestra el resultado. La verdad es que me ha dejado guapa, aunque no me acabo de reconocer en esta versión de mí misma. Ha afinado mis cejas, ondulado mi cabello castaño y maquillado con un ahumado en negro mis ojos que parecen mucho más claros por el contraste—. Estás preciosa, me siento como La Hada Madrina antes de arreglar a Cenicienta para el gran baile.

Tras representar este papel tan melodramático, Janet se va de casa y por fin me quedo sola. Me voy hasta el dormitorio y saco de la funda el vestido que Dante me mandó anteayer para la fiesta de hoy. Es un vestido precioso, de color azul marino, largo hasta los pies con una caída suave, y tiene pinta de costar más que todo mi vestuario al completo.

Oigo la puerta principal abrirse y, pocos segundos después, Harper aparece en mi dormitorio resoplando.

—Eh, joder, estás cañón. Janet es una máquina —dice ella mirándome con los ojos muy abiertos.

Acabo de cerrar la cremallera lateral del vestido y me observo en el espejo. La verdad es que el vestido me sienta como un guante. Harper me dijo que Dante eligió la talla. Está claro que ese chico tiene muy buen ojo para la ropa.

—¿No es... demasiado?

—Tiene que serlo, es una fiesta para multimillonarios.

Lleva una funda colgada del hombro y cuando le pregunto qué es, suspira:

—He alquilado un vestido para mí. Es una gala muy respetable, no podía llevar uno de mis vestidos Macy's.

Sonrío y ella me guiña un ojo.

—Entonces, ¿nos veremos allí? —Me siento sobre la cama y empiezo a colocarme los zapatos. Son plateados y brillantes. Al menos, estos los elegí yo.

—Sí, he quedado con Gabe en una hora. Pasará a recogerme con un taxi e iremos hacia el hotel. Me muero de ganas de verlo en frac. —Harper se ríe divertida y se acerca a mí para abrazarme—. Me voy a la ducha, pequeña. Nos vemos luego, ¿vale?

Me da un beso y desaparece por la puerta canturreando. Me encanta vivir con ella por estas pequeñas cosas. Es alegre y a mí se me contagia su alegría, incluso en estos momentos en los que los nervios me agujerean el estómago.

Miro el reloj, faltan escasos minutos para que Adam pase a buscarme. No puedo evitar recordar en bucle el beso que nos dimos ayer, de verdad que intento no pensar en ello, pero cuanto más insisto en no hacerlo, con más fuerza lo recuerdo.

Espero unos minutos más y poco después llaman al interfono. Es el chófer de Adam que me avisa de que ya han llegado. Me asomo por el baño y grito a Harper, que está en la ducha, que me marchó. Ella asoma la cabeza entre la cortina y me lanza un beso.

Y con los nervios convertidos en bola en mi garganta, salgo de casa.

# Adam

La puerta del coche se abre y Lena asoma la cabeza por ella. Me quedo con el *hola* atascado en la garganta cuando me fijo en lo guapa que está. ¡Joder! Suele vestir con ropa cómoda, por lo que este vestido que deja entrever todas sus curvas me deja unos segundos sin respiración. Además, se ha maquillado los ojos de una forma que los hacen más grandes y luminosos de lo que ya son. Y sus labios... sonrosados y sensuales parece pedirme a gritos que vuelva a besarlos.

—Lo sé, estoy ridícula —dice ella con las mejillas encendidas mientras intenta colocar bien el largo de la falda en el coche para que no se arrugue.

—Yo no he dicho nada de eso —me quejo, esta chica siempre piensa lo peor de mí.

—No ha hecho falta, tu forma de mirarme ha sido suficiente para saber que lo piensas.

—¿Desde cuándo lees mentes?

Alza una ceja antes de responder.

—Eres una persona previsible, Adam Walter.

—Pues no lo seré tanto. Porque estaba pensando todo lo contrario. Estás preciosa.

Me mira sorprendida y veo un brillo en el fondo de sus ojos. Parece intentar discernir si lo que le digo es una de mis tantas ironías o hablo en serio. La noto reticente. ¿Le pasará cómo a mí que no puede dejar de pensar en lo que sucedió ayer entre nosotros?

—Tú tampoco estás nada mal —acaba diciendo, repasándome con los ojos.

—Lo sé —le digo alzando las cejas de forma sensual.

Ella se ríe y pone los ojos en blanco.

La verdad es que siempre me he considerado un tío atractivo, pero sé que este atractivo suele multiplicarse cuando voy de frac. Que se le va a hacer, me quedan como un guante. Y este en cuestión parece haber sido cosido sobre mi

piel. Como puedes comprobar, la humildad no es una de mis virtudes.

Nos pasamos el resto del trayecto hablando de todo un poco. La verdad es que puedo sentir su tensión e incomodidad en su forma de hablar y de moverse. Me gustaría decirle algo para que se relajase, pero la verdad es que no se me ocurre nada.

Por suerte, llegamos bastante rápido al hotel donde se celebra la gala benéfica. El chófer nos deja en la entrada y un botones nos coge los abrigos y nos conduce hasta la recepción, situada en la última planta. La sala está decorada con todo tipo de lujos. Hay mesas con comida por todas partes y camareros con bandejas llenas de bebidas y canapés.

Localizo a Jake y Evan en la barra donde sirven bebidas alcohólicas y sonrío. Sabía que los encontraría ahí.

—Ven, quiero presentarte a mis colegas —digo a Lena.

Ella afirma con la cabeza. Le cojo de la mano y nos acercamos a ellos.

—Eh, tíos —digo golpeando con la mano libre el hombro de Jake.

Jake y Evan se giran con dos copas en las manos. Ambos pasan de mi cara para sonreír a Lena. El repaso visual que le hace Jake no me gusta nada, es como si pudiera ver lo que hay debajo de la ropa, pero me aguanto el comentario porque no quiero parecer un tipo posesivo.

—Vaya, vaya, mira quién tenemos aquí —dice Jake con una expresión sensual. Se acerca a ella, le coge de la mano y le da un beso lanzándole una de sus miradas lobunas—. Soy Jake Lawler, para servirte.

—¿Lawler? —Lena abre los ojos de par en par y me mira tras apartar su mano de la boca de mi amigo sobón—. ¿El de los hoteles?

—El mismo —dice Jake.

Lena parece alucinada. Evan, al lado de Jake, se ríe y le tiende su mano con una de sus sonrisas perezosas que le dan un aspecto desenfadado muy bien estudiado.

—Yo soy Evan Dankworth. Encantado de conocerte, Lena.

Lena parpadea y se agarra su mano como si Evan fuera una aparición divina.

—No tendrás nada que ver con Timothy Dankworth, ¿verdad?

—No, solo es el heredero de Dankworth Publishing Company —le

explico.

—¡¡Joder!! —exclama demasiado alto, haciendo que la gente de alrededor se gire a mirarla con reprobación. Evan, Jake y yo disimulamos una sonrisa, estamos acostumbrados a los códigos de conducta de este tipo de sitios, pero se nota que para Lena esto es nuevo. Ella se disculpa y baja la voz antes de volver a hablar, parece excitada—. Admiro mucho a tu padre, Evan.

—¿Admiras a mi padre? —pregunta Evan que parece realmente sorprendido por su entusiasmo.

—Era un gran periodista, es una lástima que lo dejara para dedicarse a la gestión de su propio grupo editorial, pero bueno, ha construido un imperio. Un imperio que un día será tuyo, claro.

—¿Te interesa el periodismo? —pregunta Evan de nuevo.

—Claro, estudié periodismo y sueño con convertirme algún día en una gran periodista. —Lo dice con los ojos brillantes y eso me sorprende. Sabía que había estudiado periodismo, me lo explicó en nuestra primera cita, pero desconocía que fuera tan importante para ella.

Lena y Evan se enfrasan en una conversación sobre periodismo que nos deja a Jake y a mí sin poder participar. La forma en la que Lena habla con Evan es cordial y cercana y no puedo evitar sentirme un poco celoso. Conmigo no hace más que discutir, en cambio, se nota que con Evan ha conectado, porque saltan de un tema a otro con facilidad, compartiendo risas y sonrisas. Cuando estoy a punto de cogerla de la mano y alejarla de aquí, aparece Olivia, que se cuelga de su brazo y nos saluda con su voz aguda de niña pija.

—Hola, cariño —dice a Evan tras darle un beso en la mejilla. Luego nos saluda a Jake y a mí con un asentimiento de cabeza y fija su mirada en Lena—. Tú eres Lena, ¿verdad? He visto fotos tuyas en la revista *Violet Magazine*. Evan y tú sois la sensación del momento.

Suelta una risa artificial y le da la mano. La mira de arriba abajo, evaluándola. Puedo ver como una sonrisa de superioridad se apodera de su cara enseguida, porque Lena no cumple con los estándares típicos de la gente de nuestro mundo. No me malinterpretéis, considero que es una chica preciosa y que no tiene nada que envidiar a Olivia que es tan delgada que sus huesos son visibles a través de la piel. Lena, en cambio, tiene un cuerpo bonito,

proporcionado, curvilíneo y sexy. Algo inadmisibles para este tipo de chicas que se pasan el día haciendo dieta, contando calorías o sometándose a prácticas de cirugía carísimas.

—Qué suerte has tenido en cazar a Adam y hacerle sentar cabeza. Ya era hora. —Me mira y yo le correspondo con una sonrisa falsa.

No nos vamos a engañar a estas alturas: Olivia y yo nos soportamos. No me parece una persona honesta, y mucho menos con Evan, al que trata casi como un perro faldero. Aunque si hay alguien aquí que no aguante a Olivia, este es Jake, que decide no participar en la conversación.

—Cielo, las chicas están ahí con sus parejas —dice Olivia señalando a un grupo conversando en corro—. ¿Por qué no te vienes con nosotros un rato?

—¿Tiene que ser ahora? —pregunta Evan con desgana.

—Sí, todos me están preguntando por ti. Así hablamos de las vacaciones en los Hamptons.

Evan pone los ojos en blanco, pero se deja arrastrar por ella hasta la otra punta de la sala. Yo aprovecho para pedir una copa para Lena y un ginger ale para mí al camarero que hay tras la barra.

—Calzonazos —masculla Jake tras dar un trago a su bebida.

—¿Es su novia? —pregunta Lena con la mirada fija en ellos.

—Sí, ¿decepcionada? —pregunto con ironía.

—¿Qué? No, para nada. Es solo que Evan no parecía muy contento con su compañía.

Le tiendo a Lena la copa que me acaba de dar el camarero y me encojo de hombros tras coger otra para mí.

—Evan y Olivia están destinados a casarse, así que Evan la tolera, por mucho que no sea santo de su devoción.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Se van a casar aunque no estén enamorados?

Jake a su lado suelta una risotada cínica, da un trago a su copa y lanza a Lena una mirada condescendiente.

—Así son las cosas en nuestro mundo, las apariencias lo son todo. ¿Por qué crees sino que te eligieron a ti para hacer de novia de Adam?

Lena tarda en responder, pero cuando lo hace, lo hace con contundencia.

—Pues vuestro mundo me parece una mierda. No me gustaría nada formar parte de él.

—Creo que para eso ya es tarde, bonita. —Le lanza una sonrisa sarcástica y luego fija sus ojos en una chica alta y morena que acaba de entrar—. Y ahora, si me disculpáis, es hora de que busque plan para amortizar el pastizal que he donado esta noche.

Levanta la mano y se aleja hacia su presa, dejándonos solos.

Lena me mira de reajo y acerca la copa hacia sus labios para darle un trago. Parece pensativa, quizás reflexionando sobre las palabras que ha dicho Jake.

—¿Te apetece que vayamos fuera? —pregunto señalando las puertas abiertas que dan a la terraza.

Lena afirma con la cabeza y nos dirigimos hacia el exterior. Es una noche fresca, pero han colocado estufas que calientan el aire a nuestro alrededor y nos reconfortan. Rodeo a Lena con el brazo y nos acercamos hasta el saliente donde un hermoso skyline de Nueva York hace que Lena exclame maravillada. Las luces parpadean mostrándonos la ciudad que nunca duerme, que se mueve siempre a un ritmo tan frenético que es imposible que uno no sienta la necesidad de dejarse llevar por esa energía.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Lena me mira de reajo, dubitativa. Afirmo con la cabeza y ella prosigue—: ¿Es cierto todo lo que he leído sobre ti en la prensa?

Me mira y me quedo unos segundos sin saber que responder, porque sé que no hemos hablado de esto antes. No hemos hablado sobre mi pasado, porque tampoco es un tema que me guste demasiado recordar. Supongo que no puedo seguir huyendo de él toda la vida, y más si vamos a pasar meses viéndonos cada dos por tres. Así que no me voy por las ramas. Podría hacerlo, pero siempre me gusta ir con la verdad por delante.

—En su gran mayoría, sí.

Ella asiente con la cabeza y desvía su mirada hacia el paisaje urbano que se extiende ante nosotros. Durante un buen rato ninguno de los dos habla. Pensaba que me haría más preguntas, pero no las hace, pero decido darle una explicación más extensa.

—Hasta hace un año mi vida era un caos, Lena. La verdad es que no me enorgullezco de ello, pero tampoco voy a negarlo porque forma parte de la persona que soy ahora. He sido un inconsciente que saltaba de fiesta en fiesta, que se drogaba y bebía sin control y que follaba con una mujer distinta cada noche. Podría mentirte y decirte que en realidad la prensa exageraba y que no era para tanto, pero no voy a hacerlo. Ese era mi yo de entonces y tengo que vivir con ello.

—Entiendo. —Lena afirma con la cabeza lentamente, como si estuviera digiriendo mis palabras. Esboza una sonrisa y se encoge de hombros—. Eres consecuente con lo que hiciste, eso está bien.

—Hay veces en los que me digo que ojalá hubiera actuado de una manera distinta, pero luego pienso que no vale la pena lamentarse por el pasado, sino trabajar para el futuro.

Lena apoya la espalda contra la barandilla de la terraza y me mira directamente a los ojos.

—¿Qué te hizo cambiar?

Me doy unos segundos en responder, intentando ordenar mis recuerdos de aquella noche que significó un punto de inflexión en mi vida.

—Hace un par de años estuve a punto de palmarla en una de esas fiestas. Tuve una sobredosis y yo... ni siquiera soy consciente de que tomara más de la cuenta. Estaba borracho, me dejé llevar, desfasé y si no llega a ser porque un tío de seguridad me encontró inconsciente en el suelo del baño, seguramente ahora no podría contarle. Después de aquello supe que no podía seguir así, fui voluntariamente a una clínica de desintoxicación y llevo limpio desde entonces.

—¿No has recaído ni una sola vez?

—Sí, hace diez meses. Fui a una fiesta y bebí un Martini. Pensaba que no pasaría nada por tomar una copa... pero eso fue un nuevo detonante hacia el desastre. Por suerte, lo paré antes de que volviera a engancharme, fui un par de semanas a la clínica y volví a salir limpio de aquello. Desde entonces no he vuelto a probar el alcohol ni las drogas.

Lena me mira a los ojos y puedo ver el brillo de la comprensión en su mirada. En mi mundo este tipo de cosas son de lo más normales. Los

problemas de drogas y alcohol son la otra cara de la moneda en nuestra vida, supongo que cuando lo tienes todo te dejas arrastrar por la desidia y la falta de motivación, por lo que acabas sucumbiendo a los placeres que pueden llenar de alguna manera ese vacío existencial.

—¿Tienes miedo de volver a recaer?

Trago saliva y afirmo con la cabeza sin apartar mis ojos de los suyos.

—Ese miedo nunca desaparece.

Lena sonrío y alza su mano para acariciarme la mejilla. Hay algo muy dulce en ese gesto, algo que contrasta con el carácter fuerte que me ha mostrado estas últimas semanas desde que nos conocemos.

Nuestras miradas se quedan enredadas y a nuestro alrededor todo parece ralentizarse. Estamos solos en esta terraza. Solo ella y yo. Su mirada y la mía.

Llevado por un impulso desconocido, me inclino un poco hacia ella, hasta que nuestros rostros se encuentran a escasos centímetros de distancia. Miro sus ojos, después bajo la mirada hacia sus labios y la vuelvo a subir hasta sus ojos que ahora están cerrados. Desea que la bese, lo sé, y yo deseo besarla. Acerco mis labios lentamente, saboreando al máximo este momento previo. Pero justo cuando nuestros labios están a punto de rozarse, cuando su aliento me roza la piel, alguien nos interrumpe.

# Lena

—Lena, estabas aquí —exclama la voz de Harper.

Doy un respingo, abro los ojos y me aparto de Adam. Soy consciente al instante de que me he dejado llevar por el momento de intimidad que se ha creado entre nosotros y que he estado a punto de besarle. ¡Ay, Dios! ¡He estado a punto de besar a Adam otra vez! Pero bueno, ¿qué me pasa? No soy el tipo de chica que se va besando con chicos por ahí.

Harper me mira jovial. Nos ha pillado con las manos en la masa y la situación le divierte.

—Llevo rato buscándote —dice mi amiga acercándose a nosotros.

Adam carraspea y nos deja solas con la excusa de que se ha acabado la bebida. Nada más abandonar la terraza, Harper se ríe entre dientes.

—Creo que he interrumpido algo.

—Solo estábamos hablando —corro a desmentir.

—Si hubiera llegado unos segundos más tarde, os hubiera pillado en pleno morreo —insiste, enarcando una ceja mientras se alisa la falda del vestido verde que se ha puesto hoy y que le queda de fábula. El color verde siempre le ha favorecido. Además, se ha alisado el pelo, y aunque yo la prefiero con su melena rizada y alocada, le sienta bien.

Yo me encojo de hombros e intento quitarle importancia al asunto.

—Solo formaba parte del teatro de hoy.

—Cielo, os teníais que besar a la salida, no en una terraza vacía. Los paparazzis esperan ahí. Así que vete a contarle cuentos a otra.

—No hay ningún cuento que contar.

—Lo que tú digas.

Pone los ojos en blanco y yo intento cambiar de tema.

—¿Dónde está Gabe?

Hace una mueca y toda esa diversión que segundos antes cincelaba las facciones de su rostro desaparece.

—No ha podido venir. Ha tenido que quedarse en el despacho repasando

la defensa para un caso. Así que nada, he tenido que venir yo sola.

—Lo siento, nena.

—Más lo siento yo.

Le miro compasiva y en este momento regresa Adam con un par de copas que nos tiene a mí y a Harper, aunque no viene solo. Le acompaña Jake que tiene el ceño fruncido. La verdad es que los amigos de Adam son muy atractivos. Jake es moreno, tiene los ojos verdes y un mentón muy marcado. Evan es castaño, tiene los ojos ambarinos y unas facciones más suaves. Jake es atractivo de una forma gamberra, es de los que te mira como si fuera a dejarte preñada con una sola mirada. Evan, en cambio, parece más dulce.

—¿No ha habido suerte con la chica? —pregunto tras dar un sorbo a mi copa. El líquido es rosado y tiene un sabor muy dulce.

—La tenía a punto de caramelo, pero en el último momento ha aparecido su marido y me ha fastidiado el plan.

A mi lado, Harper se ríe entre dientes. Jake la estudia con interés.

—¿Y tú quién eres?

—Harper Smith, tú Jake Lawler, ¿verdad? —mi amiga le tiende la mano con una sonrisa profesional.

—Sí, ese mismo. —Se queda unos segundos en silencio, evaluándola—. Tu cara me suena, pero no sé de qué. —Frunce el ceño como si pensara en el objeto de su conocimiento—. ¿Nos hemos acostado juntos?

Harper abre mucho los ojos y arruga las cejas.

—¿Qué? ¡No! Por supuesto que no.

—¿Seguro? —pregunta de nuevo, rascándose la barbilla.

—No, yo no me acuesto con tipos como tú.

—¿Tipos como yo?

—Tipos con problemas de adicción al sexo.

La sonrisa de Jake se tuerce y Adam y yo compartimos una mirada significativa.

—Tranquila, nena, no es que tú tampoco seas precisamente mi tipo. Las hobbits no me ponen nada, no suelen estar a la altura.

Tras decir esto, lanza una última mirada a mi amiga, que se queda estupefacta, y se va. Supongo que el hecho de llamarla de esa manera tiene

algo que ver con su estatura, porque Harper es muy bajita, aunque flipo con su mala baba.

—Me ha llamado hobbit —repite como si estuviera en estado de shock, con la mirada perdida. Luego me mira indignada—: ¡Me ha llamado hobbit!

—Pasa de él, tiene la habilidad de sacar de quicio a cualquiera —dice Adam para tranquilizarla.

—Se cree ese capullo que tener unos cuantos hotelitos repartidos por el mundo le da derecho a ir insultando a la gente.

En este mismo momento su móvil empieza a sonar. Lo saca del pequeño bolso que lleva con ella y puedo leer el nombre de Dante en la pantalla antes de que descuelgue. Se aparta de nosotros en busca de un poco de privacidad y nos quedamos solos de nuevo.

Adam y yo nos miramos de reojo, algo incómodos. La burbuja de intimidad que hace unos segundos nos envolvía ha desaparecido, y eso se nota por la forma en la que nos miramos, embarazosos, como si no supiéramos que hacer ni decir para actuar con normalidad.

Sigo sin saber muy bien como catalogar lo que siento. No sé hasta que punto todo esto es una sugestión del papel que tengo que fingir como supuesta novia de Adam o es algo que va más allá. Pienso en todas las parejas que surgen tras interpretar un papel en una película o una serie. Hay sentimientos que nacen de la mentira y se vuelven reales. Qué curioso, ¿verdad? Me pregunto si eso es lo que me estará pasando a mí.

Harper no tarda en apagar el móvil y acercarse a nosotros de nuevo.

—Dante me ha llamado para avisarme de que el fotógrafo ya está esperando fuera. Así que, cuando os marchéis, ya sabéis que tenéis que hacer.

Nos lo dice muy despacio, moviendo su cabeza de uno al otro como si fuéramos dos niños de primaria a los que está intentando enseñar la tabla de multiplicar. Harper, a veces, puede ser muy condescendiente.

Adam y yo afirmamos con la cabeza y tras constatar que empieza a hacer frío fuera volvemos a entrar en la sala donde se celebra la sala.

Pasamos el resto de la velada saludando a gente que no conozco y cuyos nombres soy incapaz de aprenderme. Siempre respondemos a las mismas preguntas de cortesía.

En un momento de la noche, alguien hace sonar su copa con un tenedor para decir unas palabras. Es la mujer del senador que ha organizado el evento. Tras soltar un pequeño discurso, es el senador quién nos habla de todas las bondades de la organización para la que se ha recogido el dinero. A mí no me deja de parecer un poco hipócrita que gente vestida con trajes y vestidos que cuestan miles de dólares hablen de personas sin recursos que se ven obligadas a malvivir. Después de sus palabras, nos invitan a brindar y los camareros reparten copas de champán con sus bandejas. Yo cojo una, pero Adam la deniega con una sonrisa. Brindamos, bebemos y la sala entera estalla en aplausos.

Tras este ritual, Adam me coge de la mano y me pregunta si me parece bien que nos vayamos. Le respondo que sí, la verdad es que todo esto empieza a saturarme. Este tipo de fiestas no es lo mío. No em siento cómoda. Se respira la falsedad en el ambiente cargado de perfume caro y parloteo intelectual.

Le espero cerca de la puerta mientras se despide de algunos de los asistentes. Distingo a Harper hablando con Jake a la otra punta de la sala. Parecen estar manteniendo una conversación de lo más acalorada. Seguro que mi amiga ha ido a decirle cuatro cosas como respuesta a su comentario en la terraza. Si hay algo que Harper sabe hacer bien es defenderse de un ataque. Mientras veo como mi amiga le levanta el dedo acusador, alguien se planta delante de mí y me tapa la visión.

—¿Ya os vais? —Es Olivia, la novia de Evan, que me mira con una sonrisa radiante y estoy convencida que falsa.

—Sí, se nos ha hecho tarde. —Sonrío educada, aunque desde el principio esta chica no me da muy buena espina.

—Me ha gustado conocerte. No pasa a menudo que Adam Walter se traiga a sus ligues a los eventos. Pero... —Baja la voz y pone cara de afectada— Ambas sabemos que lo vuestro no conducirá a ninguna parte, que eres un mero entretenimiento. Adam es de la creme de la creme de la burguesía neoyorquina, está cantado que acabará casándose con alguien de su condición. En cambio tú eres una pobre huerfanita que no tiene donde caerse muerta.

Sus palabras resuenan en mi cabeza como una bofetada.

—¿Por qué me dices esto? —pregunto cruzándome de brazos—. ¿Qué más

te da a ti lo que haga o deje de hacer con Adam?

Olivia coloca una mano sobre su pecho de forma teatral.

—Querida, lo digo por tu bien. Me pareces una buena chica, y no quiero que te llesves un chasco cuando dentro de unos meses Adam te deje por otra.

—No necesito que te preocupes por mí, pero gracias.

Adam regresa y Olivia me sonríe una última vez antes de largarse por donde ha venido.

— Qu  quería? —pregunta Adam, ceñudo.

—Nada. Despedirse —miento mientras sigo con la mirada clavada en su espalda.

Odio a la gente como Olivia que se alimenta de las inseguridades de las demás. No s e por qué se ha tenido que decirme nada, solo ha conseguido alterarme de mala manera.

Cuando estamos a punto de salir del hotel, un botones nos devuelve los abrigos. Yo tengo cara de mala leche por qué soy incapaz de sacarme las palabras de Olivia de la cabeza.  Ser  verdad lo que ha dicho?  Me estarán usando para limpiar la imagen de Adam antes de que este se comprometa con alguien de su mismo nivel?

La idea de que esto sea así me revuelve el estómago. No me tendría que importar, al fin y al cabo, no somos nada. Esto es trabajo. Pero me importa.

— Preparada? —me pregunta.

Me cuesta un poco comprender lo que quiere decir, pero cuando lo hago m muerdo el labio. Fuera, escondido en algún lado, espera un fotógrafo para hacer una foto robada de nuestro beso. La verdad es que no me apetece nada darle un beso en este momento, con tantos pensamientos contradictorios en mi cabeza.

Pero soy incapaz de responder nada, y Adam interpreta mi silencio como una afirmación. Me coge de la mano y me arrastra hasta el exterior.

El chófer est  a punto de venir y tenemos que esperarlo frente a la puerta del hotel, es aquí donde se supone que tenemos que besarnos.

Adam me acaricia con suavidad el brazo y me sonríe. Le miro a los ojos y una sacudida en el vientre me deja sin aliento. No debería sentir nada por él, pero lo hago. Las mariposas alzan el vuelo cuando él me coge de la barbilla y

acerca su rostro hacia el mío.

Cierro los ojos.

Sus labios se acercan.

Oigo su corazón retumbar con fuerza en su pecho. Su aliento en mi cara. Su olor envolviéndome...

Y en el último momento, cuando sus labios y los míos están a punto de tocarse... giro la cara.

Escucho el sonido del disparo de una cámara y un haz de luz nos ciega. Luego otro. Clic. Clic. Clic.

Adam abre los ojos sorprendido. Yo me suelto de él y doy un paso hacia atrás. Leo la decepción y el desconcierto en su rostro. El agobio me cierra la garganta obligándome a respirar de forma entrecortada. Antes de que Adam pueda decirme nada, doy media vuelta y echo a correr con los tacones resonando con fuerza por la calzada calle abajo.

Lo último que oigo es a Adam gritando mi nombre y un haz de luz persiguiendo mi silueta hasta que desaparezco al girar por una esquina.

# Lena

La he cagado a base de bien. Soy consciente de ello cuando la puerta de mi habitación se abre y Harper entra por ella con el rostro ceñudo y el móvil en la mano. Va vestida aún de noche, y tapa el micrófono del móvil antes de hablar.

—Pero ¿se puede saber qué ha pasado? —No respondo, aunque la miro con ojos de cordero degollado—. Tengo a Dante enfadado al teléfono y quiere hablar contigo.

—¿No puede esperar a mañana? —pregunto en un quejido.

—No, está que echa fuego por la boca, y como no hables con él ahora mismo es capaz de presentarse en casa.

Hago un mohín, pero cojo el teléfono. Durante los primeros minutos apenas sé lo que Dante me está diciendo porque es difícil entenderle entre tantos gritos. Después parece calmarse y su voz me llega nítida desde el otro lado del hilo telefónico, aunque su tono es de enfado.

—¿En qué estabas pensando, Lena? Las revistas digitales ya se han hecho eco de lo que ha pasado esta noche. —Se aclara la voz antes de seguir hablando—: Titular del SuperWoman Magazine: “Novia a la fuga: La novia de Adam Walter sale corriendo después de rechazar un beso. ¿Problemas en el paraíso?”

Suelto una lamentación y me siento en mi escritorio para encender el ordenador y abrir el navegador web.

Mientras compruebo las revistas digitales, Dante va cantándome todos los titulares al oído.

Es sorprendente lo rápido que vuela la información. No hace ni una hora que he llegado a casa y ya es noticia en prácticamente todos los portales de cotilleos. Y no solo eso, sino que además hay fotos mías en las que se ve claramente como le hago la cobra a Adam cuando este intenta besarme.

—¿Te das cuenta de lo que has provocado? —me pregunta irritado—. Una crisis. Una jodida crisis nada más empezar.

Susurro un *lo siento*, pero creo que no me escucha porque sigue refunfuñando en voz alta.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pregunto con un hilillo de voz.

—¿Qué si hay algo que puedas hacer? Más bien hay algo que *tienes* que hacer. —Se interrumpe para soltar un suspiro—. Hay que solucionar la crisis de forma rápida y de raíz, así que mañana mismo deberás quedar con Adam para contrarrestar lo ocurrido hoy, ¿de acuerdo?

Tardo unos segundos en responder.

—De acuerdo —respondo con un gruñido desganado.

Dante me dice que mañana me acabará de dar las indicaciones con el plan de contingencia para la crisis y cuelga. Yo le devuelvo el móvil a Harper que ha oído la conversación desde la puerta. Ella lo coge, me mira arrugando esa nariz salpicada de pecas que tiene y me coge de la mano para

que nos sentemos en la cama.

—¿Me vas a explicar que ha pasado esta noche? —me pregunta conciliadora—. Adam y tú parecíais estar pasándolo bien.

Suelto un suspiro e intento pensar en las emociones contradictorias que me han asaltado cuando nos marchábamos. No sé qué me ha pasado, solo sé que todo esto lo ha generado las palabras de Olivia. Y no debería molestarme lo que ella diga, porque en el fondo sé que tiene razón: Adam acabará con otra de su mismo estrato social. Yo solo soy algo pasajero. Además, lo nuestro es ficticio, ni siquiera es real. No debería perder eso de vista, por mucho que me bailen hipopótamos en el estómago cuando él está cerca.

—¿Lena? —insiste mi amiga devolviéndome a la realidad.

—Perdona, es que estoy un poco agobiada con todo lo ocurrido.

—¿Y eso?

—Hay algo que no te he contado de la tarde ayer. —Trago saliva y desvío la mirada hacia la pared, avergonzada—. Digamos que nuestro entreno de besos se nos fue... un poco de las manos.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Os acostasteis? —pregunta sorprendida.

Se me encienden las mejillas y me apresuro a desmentirlo. Le explico su provocación y mi beso, y como de ese primer beso surgieron muchos más.

—O sea, que os enrollasteis —no es una pregunta, es una afirmación.

—Algo así —admito.

—Pensaba que le odiabas.

—Yo también lo pensaba, pero resulta que no es tan capullo como aparenta. Vimos Harry Potter, le gustó, hablamos... No sé, fue... divertido.

—¿Diver...tido? —Harper me mira con cara de estupefacción.

—Me lo pasé bien y me dejé llevar, supongo.

Suelto un suspiro y Harper me estudia con la mirada. No sé qué es lo que debe estar pensando porque sus miradas indescifrables son, como el adjetivo indica, difíciles de descifrar. Al final pone los ojos en blanco y coloca su mano sobre la mía.

—Lena, eres consciente de que lo tuyo con Adam es solo trabajo, ¿verdad?

Trago saliva y me demoro en responder unos segundos, porque las dudas

asaltan dentro de mí. ¿Soy consciente de qué es solo trabajo? Sí. ¿Quiero que sea solo trabajo? Mmmm...

Sacudo la cabeza alejando bien lejos esas dudas. Entre Adam y yo no hay nada. Nada de nada.

—¡Por supuesto que es solo trabajo! —acabo afirmando.

—Adam no es un mal tío, pero no te conviene. Te lo dice alguien que ha estudiado su pasado con lupa. No quiero que te ilusiones con él y te haga daño.

La miro sorprendida. No me puedo creer lo que acaba de insinuar.

—No siento nada por Adam Walter, Harper. Lo que pasó entre nosotros anoche fue solo algo físico.

Harper afirma lentamente con la mirada y yo intento convencerme de que lo que estoy diciendo es verdad. No siento nada por Adam Walter. Nada de nada. Mi corazón no alberga ningún sentimiento romántico hacia él... ¿verdad?

# Adam

Apago el móvil y me siento en el sofá, asqueado. Llevo desde ayer recibiendo llamadas y mensajes preguntándome por la cobra que Lena me hizo al salir de la gala benéfica.

No entiendo qué demonios ocurrió para que las cosas se torcieran de esa manera, porque la noche parecía transcurrir bien, extrañamente bien. Incluso hubo un momento en la terraza en el que estuvimos a punto de besarnos.

La verdad es que es la primera vez que siento algo así por una mujer. No soy el tipo de tío moñas que habla de sentimientos ni nada por el estilo, pero tengo que admitir que cuando estoy con Lena siento algo que no había sentido nunca antes. Y no hablo solo del bulto que crece dentro de mi pantalón cuando la tengo cerca, aunque admito que es generoso y merece ser digno de mención.

Pero no, no me refiero a eso, aunque tenga muchas ganas de meterme entre sus piernas. Y es que Lena despierta un sentimiento de protección desconocido hasta la fecha. Cuando la veo, me apetece abrazarla bien fuerte contra mi pecho para protegerla y que nada malo le ocurra. Y no es que ella lo necesite, porque ha demostrado ser una tía con agallas que puede apañárselas solita. Pero es un instinto que me nace y que no puedo ignorar.

Por eso me jode que la noche acabara de la forma en la que acabó. Solo teníamos que darnos un beso, un simple beso, pero ella apartó la cara y se fue corriendo como si el hecho de besarme fuera algo repulsivo. Pues no parecía asquearle mucho besarme la otra noche. Y la cosa no fue a más porque los planetas se alinearon y lo paramos a tiempo, porque estábamos en la rampa de despegue ya.

Cambio de postura y miro las agujas del reloj que cuelga encima del televisor. Son las cuatro de la tarde y Lena debe estar a punto de llegar. Dante quiere que arreglemos lo de ayer subiendo una foto de reconciliación en las redes sociales. La verdad es que yo sigo cabreado por lo ocurrido ayer, y aunque me muero de ganas de verla para saber por qué actuó como actuó, también me apetece pasar de ella para que tome un poco de su propia

medicina.

Me he convertido en el hazmerreír de la prensa del corazón, porque que tu supuesta novia te haga la cobra cuando estás a punto de besarla es un cotilleo de lo más succulento para cualquier paparazzi.

Ay Lena, Lena... ¿qué está pasando contigo?

# Lena

El portero me mira con cara de póker. A este no le conozco, y debe estar preguntándose qué clase de pirada se pasa media hora delante de un edificio debatiéndose entre entrar o no en él. Llego tarde, lo sé, pero es que no me apetece nada enfrentarme a Adam después de lo ocurrido ayer por la noche. No hemos hablado y por la cara con la que me miró después del no-beso, estoy convencida de que no debe estar muy contento conmigo en este momento.

Cambio el peso de una pierna a la otra y me muerdo el labio. Sé que no me puedo quedar enfrente del portal toda la vida, más que nada porque de un momento al otro el portero acabará por llamar a la policía para alertarles sobre la posibilidad de que una chica con pintas raras quiera cometer un allanamiento de morada.

Respiro hondo, doy un paso hacia delante y, automáticamente, doy otro paso hacia atrás.

Lo vuelvo a intentar: un paso hacia delante y... otro hacia atrás. ¡Por el amor de Dios! Parece que esté bailando country.

Me vibra el móvil dentro del bolsillo anunciando la llegada de un mensaje y lo consulto soltando un bufido.

Es Harper:

**Harper:** ¿Se puede saber por qué no estás ya en casa de Adam? Dante está de los nervios. Tenéis que subir la foto en las redes ya.

**Lena:** Estoy en ello.

**Harper:** ¿Qué significa eso?

**Lena:** Intento concienciarme para entrar en el edificio.

**Harper:** Pues a no ser que quieras perder el trabajo, será mejor que te conciencies rápido.

Cierro el móvil sin responder y clavo mi mirada en el edificio. Harper tiene razón, no puedo seguir retrasando lo inevitable. Así que doy un paso hacia delante y, esta vez sí, mi otra pierna responde y echa a andar hacia el portero que me mira alzando una ceja.

Le digo mi nombre de forma desganada y tras encontrarlo en una pequeña Tablet que lleva, me deja pasar.

Subo en el ascensor, aprieto el botón de la planta correspondiente y los segundos que este tarda en subir parecen no terminar nunca. Me sudan las manos y solo pienso en lo incómodo que va a ser hablar con Adam ahora.

Salgo al pasillo y la puerta del piso de Adam está cerrada. Bien. Tengo unos segundos más para seguir concienciándome. Pero cada segundo que pasa la tensión me ahoga más por dentro, así que decido cortar el sufrimiento y acabo llamando al timbre.

La puerta tarda lo que me parece otra eternidad en abrirse. Nunca voy a volver a dudar sobre la relatividad de tiempo. Einstein, era usted todo un sabio. Cuando veo el rostro de Adam al otro lado, el corazón empieza a latirme a toda velocidad. Su ceño está fruncido, tal como esperaba no parece muy contento de verme.

Tengo que admitir que está muy atractivo. No va vestido con el traje de siempre; se ha puesto unos vaqueros ceñidos y una camiseta de color blanco que marca a la perfección todos sus músculos.

—Hola —dice sin un atisbo de ilusión en el tono de su voz.

Trago saliva y levanto una mano a modo de saludo. Él se aparta de la puerta y me deja pasar, así que eso hago, atravieso el umbral con los nervios atragantados en la garganta. La verdad es que no sé muy bien que decir ni como disculparme por mi actuación de ayer, así que me limito a seguirle en silencio hasta llegar al salón.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta con un tono de voz serio.

Niego con la cabeza y él se encoge de hombros.

—Está bien, pues no alarguemos esto de forma innecesaria. Dante me ha dado unas indicaciones para que hagamos una foto y la comparta desde mi cuenta de Instagram, ¿te parece bien? —pregunta sin andarse por rodeos.

Afirmo con la cabeza y él se sienta en el sofá. Decido imitarle y enseguida recuerdo lo sucedido hace un par de días en ese mismo sofá. Es imposible que no mis mejillas no se arreboleen. Porque sí, en ese sofá estuvimos a punto de montárnoslo a lo grande. Él parece no reparar en ello, porque coge el portátil, se lo pone en el regazo y empieza a leer de forma mecánica lo que parece ser

un correo de Dante.

—Es importante que la foto que os hagáis sea natural, que parezca que estéis relajados y contentos. Una sugerencia: podéis haceros un selfie sentados en el sofá, sentados muy cerca. Debéis parecer felices, así que, por favor, venced vuestras diferencias para que parezca algo real.

Cuando acaba de leer el correo me mira buscando mi afirmación. Eso hago: afirmo con la cabeza. No parece que sea tan complicado. Al fin y al cabo, hacerse una selfie no es para tanto. Aunque lo difícil será parecer relajada y contenta teniendo en cuenta que estoy tensa como el palo de una escoba.

—De acuerdo, entonces... ¿te parece si lo intentamos? —me pregunta mientras coge su móvil y lo pone en marcha. Sé que lo ha tenido apagado porque empieza a sonar la típica musiquilla de después del encendido y aparece el mensaje pidiendo el código PIN.

Le miro en silencio sin saber muy bien que responderle, porque la verdad es que la tensión cada vez va a más y empiezo a sentirme muy incómoda. Así que, pese a que esto me apetece lo mismo que desayunar toritas con cuchillas de afeitador, decido abrir la caja de Pandora.

—Oye, Adam, creo que te debo una disculpa por lo de ayer...

Adam aparta la mirada del móvil y me mira. Por primera vez en toda la tarde veo que su gesto cambia del hastío más absoluto a cierto interés, algo que adivino por la forma en la que arquea ligeramente su ceja izquierda.

—¿Tú crees?

—Sé que estuvo mal, teníamos un acuerdo, pero no pude evitar hacerlo.

—¿No pudiste evitar no besarme?

—Es complicado.

—No, no es nada complicado. Es más: es muy sencillo. ¡Solo tenías que dejar que acercara mi cara a la tuya! —exclama. Su rostro se llena de expresión y puedo leer de nuevo el enfado y el desconcierto de ayer.

—Lo sé, no sé qué me pasó, fue un impulso.

—¿Rehuirme fue un impulso? —Me mira como si no creyera ni una palabra de lo que digo.

—Algo así.

Me estudia en silencio unos segundos con sus ojos azules fijos en los míos. Su intensidad me quema y aparto la mirada.

—¿Por qué tengo la sensación de que me escondes algo? La noche estaba yendo bien, lo estábamos pasando bien, ¿tanto asco te da besarme? Porque el otro día en este mismo sofá parecía todo lo contrario...

El aire parece caldearse por momentos. De nuevo recuerdo lo ocurrido en ese sofá días antes. Que Adam lo haya mencionado significa que él también ha pensado en ello.

—Adam... yo... —empiezo a decir, pero la verdad es que los nervios se tragan todas mis palabras y me quedo en blanco. ¿Qué le digo? Me he pasado toda la mañana pensando en excusas que darle, pero ahora mismo no me acuerdo de ninguna. Podría decirle la verdad, pero sigo sin entender muy bien cuál es la verdad. ¿Por qué las palabras de Olivia me afectaron cómo me afectaron? No puedo explicarle algo que ni yo misma comprendo—. Lo siento —me limito a repetir.

Él suspira, nuevamente decepcionado.

—Mira, Lena, olvidémoslo. Hagamos esta foto y subámosla a las redes, ¿te parece?

Me muerdo el labio y afirmo con un movimiento de cabeza. Adam abre la aplicación de Instagram, me mira y acorta la distancia que hay entre nuestros cuerpos. Nuestros muslos acaban rozándose y enseguida noto su calor. Ese calor que aumenta mi nerviosismo. Alza el móvil por encima de nuestras cabezas y la cámara nos devuelve nuestra imagen. Estamos muy juntos. Él sonrío de una forma que parece sincera, pese a que hace unos segundos la expresión de su rostro era de enfado. Yo estoy rígida y la sonrisa que intento esbozar parece más falsa que una planta de plástico.

—Oye, esfuérate un poco, ¿no? Parece que te esté apuntando con una pistola para que sonrías. —Adam me mira y yo intento ignorar el hecho de que nuestros rostros estén a menos de cinco centímetros de distancia.

—No es fácil, ¿sabes? No soy actriz, si me siento incómoda poco puedo hacer para demostrar lo contrario.

Adam resopla, baja el móvil y se pasa una mano por el pelo.

—A ver, señorita, ¿y qué podemos hacer para que dejes de sentirte

incómoda? —pregunta mirándome directamente a los ojos.

—Si dijeras que me perdonas por lo de ayer...

Pone los ojos en blanco y sacude la cabeza. Luego me mira y deja escapar un suspiro, como si la situación le cansara mucho.

—Está bien, tú ganas: Te perdono por haberme hecho la cobra ayer y haber salido huyendo. ¿Y ahora que ya no te sientes culpable por ello podemos hacer la puñetera foto?

—Sé que no estás siendo sincero, y así sigo sintiéndome mal.

—Qué cruz de mujer —se tapa la cara exasperado—. Lena, para serte sincero no eres la persona con la que más me apetece estar en este momento. Estoy haciendo un esfuerzo para ser amable, incluso te he perdonada pese a que ni siquiera me has dado una explicación real de porqué ayer te marchaste de esa manera. Solo te pido que a cambio intentes sonreír para poder sacar esta jodida foto de una jodida vez. —Su voz ha ido aumentando de volumen a medida que ha soltado las palabras y no sé por qué su cabreo me acaba cabreando a mí también.

—Está bien, ¿quieres saber por qué no te besé ayer? ¿De verdad quieres saberlo? —No puedo evitar gritar.

—Pues sí, lo estoy deseando.

—No te besé porque ayer en la fiesta alguien me dijo que yo no era suficiente para ti. No te besé porque sabía que besarte era una mentira y yo ya no sé muy bien donde acaba la mentira y empieza la verdad. Adam, ayer no ye besé porque creo que estoy empezando a sentir algo por ti, aunque no quiero reconocerlo; aunque me aterra hacerlo. ¡Pero si ni siquiera eres mi tipo! Eres el típico chico multimillonario que va de canalla e inaccesible y que en otro momento de mi vida se habría convertido en el blanco de todas mis burlas. Y ahora, en cambio, no puedo dejar de pensar en ti. ¿Qué estás haciendo conmigo Adam Walter?

Tengo la respiración agitada porque he dicho todo esto sin hacer una sola pausa.

Adam me estudia con su mirada. Se nota que no se esperaba para nada esta confesión. Yo tampoco, lo reconozco, no sé de dónde han salido estas palabras, porque ni siquiera he sido capaz de decírmelas a mí misma antes.

De repente me siento vulnerable por haberme abierto en canal de esta manera. Le he servido mi corazón en bandeja y ahora puede cogerlo entre sus manos, estrujarlo y destrozarlo porque yo le he dado ese poder.

—Lena... —dice mi nombre en lo que parece que es un susurro. Nuestros rostros están pegados y puedo sentir su respiración sobre la mía. Sus ojos se han oscurecido—. No tienes la mínima idea de lo que dices, si supieras...

Antes de que pueda acabar la frase, el timbre del piso suena con estridencia y se oye el ladrido de un perro al otro lado. Adam y yo nos miramos, con las respiraciones entrecortadas y las miradas conectadas.

—Deberías abrir —susurro.

—Shtt, hagamos como si no estuviéramos —sugiere él.

—¡Chicos, soy Dante! ¡Abrid!

Y el hechizo del momento se desvanece de golpe.

# Adam

Voy a matar a Dante. Esto es lo primero en lo que pienso cuando su voz vuelve a sonar fuerte a través de la puerta cerrada:

—Chicos, ¿estáis ahí?

Miro a Lena que de repente se ha puesto lívida. Joder, ahora que por fin la conversación se había puesto interesante, tenía que llegar él y joderlo todo. Tampoco puedo ignoarlo, porque aún no hemos publicado la foto en redes y la está esperando.

—Será mejor que vayas a abrir. —Lena parece realmente aterrorizada, como si fuera consciente ahora de lo que ha dicho y quisiera cavar un hoyo en el suelo para desaparecer.

—Sí, supongo que... sí.

Me levanto del sofá y abro la puerta. Dante me saluda con un movimiento de cabeza y entra en el piso sin ni siquiera preguntar, acompañado por su chihuahua que empieza a ladrar cuando pasa por mi lado.

—¿Tienes un poco de agua? Creo que mi *cuchucuchu* está un poco deshidratado. ¿A qué sí, cosita? —pregunta al chucho peludo que lleva entre los brazos y que parece responderle en forma de nuevo ladrido.

—Ehhh... Sí, claro.

Me dirijo a la cocina a por un cuenco con agua y voy hacia el salón. Dante está hablando con Lena, que parece tensa e incómoda.

Dejo el cuenco en el suelo y el perro salta de los brazos de Dante para beber con energía.

—He visto que aún no habéis publicado la foto. He pensado que quizás necesitabais un poco de ayuda. —Se toca la pajarita de color turquesa con nerviosismo al hablar.

—Dante, solo tenemos que hacernos una selfie y subirla a Instagram, ¿cómo podrías ayudarnos con eso?

—De muchas maneras —dice haciéndose el ofendido—. Puedo ayudaros con la pose, con los filtros, con el mensaje de la actualización...

—De acuerdo, está bien. —Pongo los ojos en blanco y vuelvo a sentarme en el sofá. Lena lo hace a mi lado. Sigue incómoda, se nota por la forma en la que se muerde el labio y se toca el escote.

Dante da unas palmadas al aire y Lena y yo nos arrejuntamos. Para ser sincero, no dejo de pensar en lo que ha dicho hace unos minutos y soy incapaz de concentrarme en la dichosa foto, por mucho que sonría y mire a la cámara que sujeto sobre nuestras cabezas alargando el brazo. Yo me he quedado con las ganas de decirle muchas cosas, pero la aparición de Dante lo ha estropeado todo.

—Acercaros un poco más. Que haya más contacto, que se note la intimidad. Estáis en casa, solos, pasándolo bien. Estáis enamorados. ¡Demostradlo!

Y de esta manera Lena y yo sonreímos a la cámara. Parece que consigo relajarme y mi sonrisa parece natural y sincera. Lena, por su parte, ha dejado de sonreír como si acabara de salir de la consulta del dentista y su bonita sonrisa reluce de una forma especial. Además, hoy se ha puesto un vestido estampado de color amarillo que le sienta muy bien, y que reluce sobre su piel.

Aprieto el botón para hacer la foto y una vez la cámara recoge la instantánea le paso el móvil a Dante para que le dé el visto bueno. Vuelve a tener al chihuahua entre los brazos y afirma con aprobación al fijar sus ojos en la pantalla de mi móvil.

—Estáis perfectos, parecéis dos tortolitos. ¿Quieres que escriba el mensaje yo? —pregunta empezando a teclear sin esperar mi aprobación.

Me encojo de hombros y Dante sigue escribiendo, luego lee lo que ha escrito, afirma satisfecho y finalmente le da a publicar. Cuando me pasa el móvil, leo lo que ha escrito con las cejas levantadas. A mi lado, Lena saca la cabeza por encima de mi hombro para leer también.

*Tarde de manta, sofá y película. No se me ocurre mejor manera de pasar el rato que con ELLA. Ella, la chica de la sonrisa más bonita del mundo. Ella, la chica a la que pertenece mi corazón.*

Aparto la mirada del móvil con la cara ardiendo de la vergüenza ajena que acabo de sentir.

—Joder, Dante, ¿era necesario ser tan asquerosamente cursi? Esto es peor que una canción de Adele. Mis amigos van a tomarme el pelo hasta que me muera. Y con razón.

—Después del numerito de ayer es necesario un poco de azúcar para calmar los ánimos —dice él, tocándose la solapa de la americana blanca y negra que lleva esta tarde.

—Si tú lo dices...

Miro a Lena que está riéndose entre dientes y no la culpo. En mi vida se me ocurriría escribir algo así.

—Bueno, pues mi trabajo aquí ya ha terminado. —Coge su móvil y teclea en la pantalla—. He pedido un taxi. Lena, ¿quieres que lo compartamos?

Lena le mira sin saber que decir, pero enseguida se recompone y esboza una sonrisa.

—Sí, claro, supongo que aquí ya lo hemos hecho todo...

—Puedes quedarte —intervengo quizás demasiado alto. Dante me mira frunciendo el ceño, como sospechando, e intento bajar el volumen de mi voz—. Es decir, si quieres, puedes quedarte. Podríamos... tomar algo y hablar.

Dante nos mira y Lena duda. Puedo leer sus dudas en la mirada, y también puedo ver cómo al final gana la negativa. Lo sé antes de que abra la boca para responder.

—Creo que es mejor que me vaya a casa. —Se muerde el labio y esboza una sonrisa tenue en sus labios—. Siento lo de ayer, de verdad. Prometo que no volverá a suceder.

Poco después, ambos se van del piso, dejándome algo confundido por todo lo ocurrido. Si Dante no hubiera llegado... ¿qué hubiera dicho yo?

¿Por qué Lena me vuelve tan jodidamente loco?

# Lena

Cuando llego a casa lo primero que hago es cambiarme de ropa. Me pongo algo de estar por casa: un jersey viejo con agujeros y unos pantalones manchados de lejía. Y, como siempre que quiero despejar la mente, me pongo a limpiar.

Quito el polvo, paso el aspirador, friego y aireo la casa como si no hubiera mañana. Cuando Harper llega, solo necesita dos segundos para comprender que algo me ocurre. Deja las cosas sobre una mesa auxiliar que tenemos en una esquina y se sienta en una silla observándome con expresión de extrañeza.

En este momento estoy volviendo a poner en su sitio el mueble de TV. Lo he movido para poder pasar la aspiradora por debajo.

—¿Tú limpiando otra vez? ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada, simplemente me apetecía hacerlo.

Se cruza de brazos y luego sonrío con escepticismo.

—¿De verdad crees que me voy a tragarme esa mentira? La última vez que limpiaste la casa de esta manera fue por Adam Walter, y algo me dice que él también tiene algo que ver en esta ocasión.

—No sé qué quieres decir... —Intento hacerme la tonta mientras paso el plumero en una de las estanterías más altas de la librería del salón.

—¿Puedes dejar de limpiar y sentarte aquí conmigo un momento? —pregunta haciendo palmaditas sobre el sofá.

Suelto un suspiro, cansada, y obedezco. No me quedan fuerzas para seguir limpiando con esta energía. Nada más sentarme, vuelvo a recordar las palabras que le he dicho a Adam hace unas horas y me tapo la cara con las manos, avergonzada.

Ay, madre. Cuando me pongo nerviosa soy capaz de soltar cosas que de normal nunca diría. ¡La culpa la tiene Adam! Me lleva al límite y después pasa lo que pasa...

—¿Me lo vas a contar o tendré que adivinarlo? —me pregunta Harper colocándose un mechón de su pelo pelirrojo tras la oreja.

—No ha pasado nada, Harper. Es solo que tienes una amiga que es una bocazas cuando no debería serlo.

Y sin más, me veo explicándole lo sucedido con pelos y señales. Harper me escucha sin interrumpirme, hasta que termino y entonces, arruga la nariz y sonrío con condescendencia.

—Ay, Lena, Lena...

—¿Qué?

—¿Es qué no te acuerdas de lo que hablamos ayer por la noche? — pregunta de forma pausada, como si se dirigiera a una niña pequeña y no a una mujer hecha y derecha como yo—. Adam Walter no es buena idea.

—Lo sé.

—De hecho, es muy mala idea.

—Eso también lo sé.

Su mirada inquisitiva me atraviesa, pero justo en este momento empieza a sonar su móvil. Es Gabe. Lo sé porque la canción que suena es *All My Loving* de The Beatles. Harper es una fanática del grupo, algo fácil de adivinar por los posters que cuelgan en su habitación. Es más, en su perfil de WhatsApp tiene una foto suya pasando un paso de cebra imitando la famosa foto de la banda inglesa. Sí, aquí donde la veis, mi amiga es una friki.

Total, la llamada me salva de tener que seguir hablando sobre este tema.

Harper coge la llamada y sin mirarme se dirige a su habitación. No parece muy contenta al responder, así que me imagino que habrán discutido por algo otra vez. No sería la primera vez que tienen algún desacuerdo, al fin y al cabo, Harper es una mujer de temperamento fuerte y Gabe tampoco se queda atrás. Aunque los enfados les dura poquísimo y enseguida vuelven a estar bien como si nada, presenciar una de sus discusiones como visionar una película de la segunda guerra mundial: hay tensión, drama, misterio... de todo un poco.

Como me quedo sola de nuevo, sigo limpiando el piso, no tengo nada mejor qué hacer. Plumero arriba, plumero abajo dejo reluciente el salón.

Pasan unos veinte minutos cuando escucho el timbre de la puerta. Miro por la mirilla y el corazón se me acelera porque al otro lado está Adam. No puedo creer que esté aquí. Es más: ¿Qué hace aquí?

Me quedo paralizada. No sé qué hacer. ¿Y si hago ver qué no estoy en

casa? Esa sería la mejor solución, así que me aparto de puntillas de la puerta, sigilosa. El timbre vuelve a sonar y Harper abre la puerta de su habitación mirándome enfadada:

—Oye, Lena, ¿puedes hacer el favor de abrir? ¿No ves que estoy ocupada?  
—me pregunta alzando tanto la voz que estoy convencida de que Adam la debe haber oído.

—Ya te vale —le digo vocalizando, sin llegar a decirlo en viva voz, pero ella ya no me escucha porque ha vuelto a ponerse al teléfono donde parecen estar teniendo una conversación de lo más acalorada.

Por lo tanto, no me queda otra opción que abrir la dichosa puerta.

Gracias Harper.

El timbre vuelve a sonar y me doy cinco segundos para quitarme la goma con la que he atado mi pelo en un moño despeinado y me paso las manos por la melena intentando que deje de parecer un nido de pájaros. Luego, respiro hondo y abro la puerta, pese a que soy consciente de que mi atuendo deja mucho que desear.

—¿Eres así de lenta siempre? —me pregunta con ese tono arrogante que le sale solo y que tanto odio.

—Y tú, ¿eres así de estúpido siempre?

—Que bienvenida más cordial...

De verdad, en estos momentos todos esos sentimientos que he dicho sentir por Adam parecen haberse desvanecido, porque en vez de querer besarle me dan ganas de darle una bofetada con la mano abierta.

—¿Sabes qué es de buena educación hacer pasar a tus visitas? —Y sigue. En serio, ¿solo ha venido a sacarme de mis casillas o qué?

—¿Quieres pasar? —pregunto forzando una sonrisa falsa.

—Sí, gracias.

Pasa por mi lado, resoplo y cierro la puerta de un portazo. Cuando me giro, me encuentro a Adam mirando el piso con una expresión de entre maravillado y horrorizado. Me pongo en su lugar. La verdad es que el piso que comparto con Harper no es nada del otro mundo. Es muy antiguo, y eso se nota, aunque cuando nos instalamos intentamos darle nuestro toque para que fuera confortable. Pintamos las paredes, intentamos esconder las grietas con

cuadros y muebles, y nos curramos la decoración pateándonos todos los rastrillos de la zona. Aunque claro, supongo que esto comparado con su piso de alto standing es algo así como un pequeño vertedero.

—¿Por qué has venido? —pregunto sin más rodeos.

—Te diría qué pasaba por aquí, pero creo que no sería muy creíble.

—No sé por qué lo dices. ¿Quizás porque esto cae un poco lejos del barrio pijo en el que vives?

—Oye, tampoco es que vivas en El Bronx. Brooklyn es un lugar muy respetable.

—Sí, aunque viva en la zona chunga de Brooklyn lo es.

—Ya. —Su mirada se transforma. Ya no me mira con socarronería, sino como si quiera ver a través de mí, traspasarme. Se pone las manos en los bolsillos y se humedece el labio—. Lena, creo que antes hemos dejado una conversación a medias y si hay algo que no me gusta es dejar las cosas a medio hacer. Siempre llego hasta el final. En todo.

—Oye, Adam, si lo dices por la gilipollez que he soltando en medio de la discusión de antes, no le des importancia. Lo he dicho bajo presión, y lo que digo bajo presión no suele tener mucha vali...

—Eso no lo hagas —me corta, levantando una mano—. No seas una cobarde que se desdice de lo que ya ha dicho por miedo.

—¿Y quién te ha dicho que tengo miedo? Quizás solo haya cambiado de opinión.

—Ambos sabemos que no es así, Lena.

Voy a responder cuando Harper vuelve a salir de la habitación. Parece muy enfadada, pero ya no está hablando con el móvil. Cuando ve a Adam sus cejas se arquean levemente.

—¿Qué hace este aquí? —me pregunta.

—Hablar —responde él por mí—. ¿En esta casa sois todas siempre así de simpáticas?

—Creo que hoy no tiene el día —defiendo a mi amiga que lanza a Adam una mirada asesina.

—Gabe está a punto de llegar y es probable que el ambiente se caldee tanto como en la boda roja.

—Pues si que pinta mal la cosa...

—¿La boda roja? —Adam me mira.

—La boda roja de Juego de tronos —le explico, como si fuera una referencia obvia.

—Ah, es que yo no veo esa serie.

—¿No ves Juego de Tronos? —Harper no da crédito a lo que acaba de decir Adam.

Adam niega con la cabeza y yo pongo los ojos en blanco.

—Madre mía, la de trabajo que tengo contigo. —Luego miro a Harper—. No te preocupes, te dejo el piso para que podáis gritaros a gusto.

Cojo las llaves de la repisa y le digo a Adam que me siga. Salimos del piso, y subimos las escaleras hasta el último rellano donde hay una única puerta. Abro la cerradura y salimos al exterior donde nos recibe la azotea. Se ha hecho de noche y las luces de la ciudad titilan a nuestro alrededor.

La azotea es uno de esos lugares desaprovechados del edificio al que Harper y yo solemos venir menos de lo que nos gustaría.

—Menuda pasada —dice Adam mirando a su alrededor.

—Bonito, ¿verdad? —Ha empezado a hacer frío y me palmeo los brazos en busca de calor.

Señalo un banco hecho con palets que hay en el suelo y que construimos nosotras con ayuda de un manual de Youtube y nos sentamos uno al lado del otro, con la mirada fija en las luces de la ciudad.

# Adam

Las luces titilan a nuestro alrededor y la brisa de la noche neoyorkina remueve nuestros cabellos. Lena, a mi lado, tiembla a causa del frío. Como buen caballero que soy, me quito la chaqueta y se la paso por encima de los hombros ganándome una de sus miradas escrutadoras.

—Gracias —susurra.

Nos quedamos unos minutos en silencio acompañados por los sonidos de la ciudad, hasta que decido romperlo con una afirmación:

—Yo tampoco sé dónde acaba la mentira y empieza la verdad. —Lena me mira y veo en sus ojos la sorpresa, como si no esperara que dijera algo así—. Sé que hace poco que nos conocemos, y que no soy precisamente tu persona favorita en el mundo, pero desde el principio vi algo en ti.

—¿Desde el principio? —Lena arquea una ceja, supongo que recordando aquel pequeño tropiezo inicial en el que acabó cayendo de la bicicleta por mi culpa.

—Sí, desde el principio.

—Pues siento desilusionarte porque yo al principio pensaba que eras un capullo. Un capullo buenorro, pero un capullo, al fin y al cabo. Y hay momentos en los que sigo pensando que lo eres.

Sus palabras me hacen reír, y tiro la cabeza hacia atrás para poder soltar una carcajada que se eleva en el aire y se expande.

—Soy un capullo —acabo admitiendo—. Aunque tú tampoco es que seas la persona más afable del mundo.

—Suelo serlo, solo que tú me trastocas. —Sonrío ante sus palabras y ella frunce el ceño—. ¿A qué viene esa sonrisa? No es un cumplido.

—Me gusta pensar que te trastoco en todos los sentidos posibles...

Se ruboriza, y no hay nada que me guste más que ver cómo sus mejillas se tiñen de rojo por mis palabras.

—Adam, lo que te he dicho esta tarde es cierto, lo admito. Pero es todo tan confuso... No sé si lo que siento es por esta parodia que nos vemos obligados

a interpretar o si es... real...

—Supongo que es difícil diferenciarlo.

—Lo es.

De nuevo nos quedamos en silencio. Fijo mi mirada en el cielo oscurecido. No hay ni una sola estrella. Supongo que es normal teniendo en cuenta la contaminación lumínica de la ciudad.

—Tampoco hace falta que decidamos nada ahora. Es verdad que todo es muy confuso y que tener a Dante encima todo el día tampoco hace las cosas más fáciles. Podemos simplemente dejar que pase el tiempo y que las cosas fluyan.

Lena ladea la cabeza y me mira. Puedo ver una sonrisa perspicaz dibujarse en esos labios tan sexys que tiene y que me muero por volver a besar.

—Nunca pensé que serías uno de esos chicos que dejan que las cosas fluyan.

—Yo tampoco. —Me río entre dientes y me paso una mano por el pelo—. Yo soy más de provocar que sucedan. Pero contigo no quiero forzar nada. Y no te confundas, no es por ganas de forzarlas...

Nos quedamos mirando unos segundos. Sus ojos y los míos se enredan. No puedo evitar mirar sus labios gruesos y sugerentes.

La verdad es que no es que no miento, me muero de ganas de besarla, de tumbarla sobre esta azotea y hacer que se retuerza de placer con mis caricias. Estoy convencido de que si lo hiciera ella se dejaría llevar. Pero también sé que ella aún no está segura, lo veo por su forma de mirarme; irradia miedo, desconcierto. Y quiero que el día que la tenga entre mis brazos lo esté con seguridad y con todas las ganas posibles, como lo estoy yo.

Tengo ganas de que nuestros cuerpos ardan a la misma intensidad, siguiendo el mismo ritmo.

Pero podré esperar. Sabré esperar.

—Eres un buen chico, Adam Walter —dice escondiendo una nueva sonrisa.

—De eso nada, no lo soy. Un buen chico no estaría pensando en lo que estoy pensando yo ahora. —Dibujó una sonrisa canalla de medio lado y me miro la entrepierna, que en ese momento está abultada y apretada dentro del

pantalón.

Lena sigue la dirección de mi mirada y abre los ojos al comprender lo que quiero decir.

—¡¡Adam!! —exclama escandalizada, tapándose la cara—. ¡Eres un cerdo!

—A mí no me culpes de esto, que lo provocas tú.

Puedo ver cómo entreabre un poco los dedos para mirar de nuevo mi polla apretada y suelto una carcajada. Me dan ganas de decirle que, si además de mirar, quiere tocar, yo encantado. En vez de eso, me levanto y me pongo de pie.

—Venga viciosilla, vayamos a cenar algo, que no creo que tu amiga y su novio se hayan reconciliado aún.

Me imita y se levanta también. Coge el móvil del bolsillo del pantalón, mira la hora en la pantalla y dibuja una mueca.

—Como mínimo les queda una hora de gritos y un par de horas más de fornicio de reconciliación.

Entramos de nuevo al edificio y empezamos a bajar escaleras.

—¿Dónde te apetece que cenemos? —pregunto.

—¿Con estas pintas? —se señala a sí misma. A mí me encanta ese look al estilo recién salida del cubo de la basura, pero es verdad que en la mayoría de restaurantes que frecuento no nos dejarían entrar así—. Creo que nos tendremos que conformar con el puesto de tacos de la esquina. Está Luke que me conoce y no creo que ponga muchas objeciones en que me presente de esta guisa.

—Pues vayamos al puesto de tacos, entonces.

—Hacen unos nachos que te mueres del gusto.

—Pues más motivos para ir.

Compartimos una mirada llena de complicidad, bajamos las escaleras hasta la calle y en pocos minutos ya estamos sentados en el local de la esquina con la mesa llena de tacos y compartiendo unos nachos.

La noche pasa tranquila, amena. Hablamos de todo y nada, como esos amigos que se conocen de toda la vida. Y mientras la veo meterse un taco entero en la boca como si fuera un hámster antes de tragar, me doy cuenta de lo

mucho que me gusta esta chica. Es tan diferente a las que conozco... Es ella, sin trucos, al natural, sin importarle comer demasiado o llevar el pelo sin peinar.

Y por primera vez en mi vida, me veo al lado de alguien...

# Lena

Ha pasado más de un mes desde que Adam y yo declaramos al mundo que somos novios. Novios ficticios, pero novios.

La verdad es que parece que fue ayer el día en el que me despidieron del trabajo y estuve a punto de colisionar con él yendo en bicicleta. Sin embargo, ya ha pasado más de un mes, más de 30 días desde el incidente y desde que mi vida cambió por completo.

El martes recibí el primer pago del contrato. Aún no me puedo creer que realmente aceptara fingir ser su novia a cambio de dinero. Sé que eso es algo que, la Lena de hace unos años, nunca hubiera permitido. Pero las circunstancias cambian para todos, y yo necesitaba el dinero. Este mes he podido pagar sin problemas todas las facturas pendientes y, además, he podido ahorrar bastante para el futuro.

Aunque eso no es lo último que ha cambiado en este mes. Porque además esta farsa, también empezó otra cosa. Otra cosa que, a día de hoy sigo sin comprender bien.

Desde que Adam y yo hablamos sobre lo nuestro en la azotea de mi edificio, las cosas entre nosotros han cambiado. Ya no le odio, o al menos no la gran parte del tiempo. Creo que el Adam que se esconde tras la fachada de niño rico canalla e insoportable es alguien que vale la pena conocer. Estas últimas semanas a su lado, haciendo ver que somos novios, han estado bien. Ha sido sencillo, natural. Quizás porque estar con él me gusta, me lo paso bien y estoy cómoda. Ya no ha vuelto a producirse ningún otro episodio como el del no-beso. Dante nos pidió que nos diéramos un beso al salir de una cena una noche y eso hicimos. Fue un beso tonto, de esos que solo es un roce de labios, pero me dejó en una nube durante horas.

Tampoco hemos vuelto a hablar de sentimientos, como dijo él, hemos dejado que lo nuestro fluyera. El problema es que dentro de mí los sentimientos cada vez son más fuertes. Hay un cosquilleo que se enciende en mi estómago siempre que le veo aparecer y yo no se va hasta que nos

despedimos.

¿Me estaré enamorando de Adam?

No me he respondido aún a esa pregunta y me da miedo hacerlo. Me da miedo que se acabe convirtiendo en una afirmación y que me tenga que enfrentarme a lo que eso significa.

Hoy es viernes y Adam y yo tenemos otra de nuestras citas obligadas. Es su cumpleaños y vamos a celebrarlo con sus amigos Evan y Jake. Le he preguntado si puedo llevarme a Harper conmigo y me ha dicho que sí. Y es que mi amiga lleva semanas muy tensa con su relación con Gabe. Siguen discutiendo a diario, y aunque ella no quiere explicarme el motivo de sus discusiones, algo me dice que entre estos dos acabarán fatal si las cosas continúan así.

—¿Qué te parece el vestido? —pregunto dando la vuelta sobre mí misma.

Estamos en mi habitación. Harper está sentada sobre mi cama ya vestida. Lleva un vestido blanco que queda muy bonito sobre su piel sedosa y unos zapatos de tacón de color plateado. Yo me he puesto un vestido de color rosa palo y unos zapatos de color negro que realzan mi figura.

—Estás preciosa —afirma guiñándome el ojo.

—Más te vale que sea así, porque el vestido lo elegiste tú. —Y es que ha sido ella la que se ha encargado de mi atuendo esta vez por orden de Dante.

—Tengo buen gusto.

—Por suerte una de las dos lo tiene. —Porque mi gusto en ropa suele ser bastante cuestionable.

—La verdad es que aún no me creo que vaya a ir al Club Hush. ¡Es uno de los más exclusivos de la ciudad! Y encima en la zona VIP... ¿Seguro que a Adam no le importa que te acompañe?

—Eres mi mejor amiga, así que me acompañes está del todo justificado.

—La lástima es que esté el capullo ese del amigo de Adam...—Arruga la nariz y sé enseguida que se refiere a Jake. No hemos vuelto a coincidir, pero después de la gala benéfica su nombre en esta casa es equiparable al del mismísimo Lucifer.

—Es probable que apenas coincidáis. Conociéndolo, seguro que pronto caza a una presa para llevársela a la cama —digo. Adam me ha hablado

mucho de sus amigos, y si hay algo que me ha quedado claro es que Jake tiene sus prioridades muy claras.

—Yo no entiendo por qué Adam es amigo de ese impresentable.

—Son amigos desde pequeños —le recuerdo.

Ella afirma con la cabeza, mira el móvil y me hace una señal para indicarme que ya es la hora.

Hemos quedado con Adam directamente en la zona reservada para su cumpleaños, así que cruzamos la ciudad bien acomodadas dentro de un coche de color negro con todo tipo de lujos. Hay bombones, champán y una pantalla que nos permite ir cambiando la música a nuestro gusto.

Llegamos al Club Hush, nos despedimos del chófer que parece aliviado al perdernos de vista (se nota que nuestros berridos cantando *It's raining man* de The weather girls no le han entusiasmado) y entramos al local cuando el portero encuentra nuestros nombres en una lista.

Una vez dentro, una chica muy guapa que parece modelo nos acompaña hasta uno de los reservados del fondo. Adam, Jake y Evan ya están sentados en uno de los sillones de estilo minimalista. Me acerco a Adam, le doy un beso en la mejilla y me siento a su lado. Harper se sienta en uno de los sillones de enfrente.

Descubro aliviada que la bruja de Olivia no está. La verdad es que me dejó muy tocada la otra vez y no me apetecía para nada tener que coincidir con ella de nuevo.

—No hace falta que te sientes tan solita, pequeño hobbit, puedes sentarte a mi lado para que te haga compañía —dice Jake a Harper que le responde enseñándole el dedo corazón.

—Yo a ti quiero tenerte lo más lejos posible. Y no me llames hobbit, imbécil.

—¿Temes no poder resistirte a mis encantos si te acercas demasiado, hobbito mío?

—Pues sí, temo no poder controlar mis impulsos primarios que me piden ahora mismo matarte de una forma dolorosa y cruel.

—¿Te va el sado?

—Tú dame un látigo y ya te enseñaré yo lo mucho que me va el sado.

Jake y Harper parecen muy cómodos con su intercambio de palabras así que les dejamos hacer mientras Evan, Adam y yo conversamos tranquilamente.

—¿Tiene que venir más gente?

Adam niega con la cabeza.

—Dante quería que invitara a todos mis conocidos del Upper East Side pero la verdad es que no me apetecía nada de nada. Quería celebrar un cumpleaños tranquilo con de los míos.

—Quién lo ha visto y quién lo ve —dice Evan entre risas—. El año pasado éramos una centena, incluso invitó a un grupo de chicas que se encontró en la cola y que no conocía de nada. Se nota que lo estás adiestrando.

—¡Yo no estoy adiestrando a nadie! —me quejo.

—Eso tío, que no soy un perro.

—Venga ya, estas últimas semanas se te ve., diferente. —Evan levanta las cejas, pero Adam no responde. Cambia de tema y me mira con una gran sonrisa en el rostro—. Oye, Lena, el otro día me comentaste que habías estudiado Periodismo y que estabas buscando trabajo de lo tuyo. He pensado que si quieres podría concederte una cita con el director del The Chronicle, uno de nuestros periódicos, para que te haga una entrevista y pueda ofrecerte un puesto de trabajo.

Mis ojos se abren llenos de ilusión ante esas preguntas. ¿Trabajar en The Chronicle? Es uno de los periódicos más conocidos de Nueva York, incluso entregué un currículum hace unos meses, pero nunca me llamaron.

—¡Eso sería fabuloso!

—No sé si es buena idea —me corta Adam ceñudo. Me fijo en su rostro y enseguida me doy cuenta de que se le ha dibujado una expresión de fastidio en la cara—. ¿La novia de Adam Walter trabajando en un periódico?

—¿Y qué tiene de malo? —pregunto empezando a enfurruñarme yo—. ¿Una periodista es poca cosa para el multimillonario del año?

—Yo no he dicho eso...

—Ya...

—Pero lo normal en nuestro mundo es que nuestras chicas no trabajen.

—Pues la normalidad en vuestro mundo es machista. Y es importante que las cosas cambien para que cambie esa normalidad.

—En eso, Lena, tiene toda la razón —me respalda Evan. Pero yo no necesito que me defiendan. Su comentario em ha herido y sigo hablando con los ojos encendidos:

—Y sino no te preocupes, porque dentro de unos meses, cuando termine nuestro acuerdo, seré libre para hacer lo que quiera. Ahora si me disculpáis, necesito ir al baño.

No espero a que digan nada. Me levanto y salgo del reservado. Entro en el baño, me refresco la cara con un poco de agua y me miro al espejo. Mi mirada brilla con intensidad al otro lado del cristal.

Nunca me había preguntado cómo era el mundo del alguien como Adam Walter. Como eran sus normas no escritas. Los chicos como él se casan con mujeres que cuidan de la casa, preparan fiestas y organizan galas benéficas como a la que asistimos. Y a mi ese rollo no me va nada.

# Adam

Hace más de diez minutos que Lena se ha ido al baño. No puedo evitar mirar hacia la dirección en la que se ha marchado con cierto remordimiento. No sé porque he dicho lo que he dicho. Si yo soy el primero en criticar la forma en la que viven nuestros padres.

Sé que una mujer tiene derecho a estar emancipada, a tener sus propios sueños y aspiraciones. También sé que si he dicho lo que he dicho no ha sido por qué lo crea, sino porque Evan me está tocando las pelotas con su acercamiento a Lena. El otro día ya me fijé en que habían congeniado, y hoy ha querido ofrecerle un trabajo sin ni siquiera consultarme a mí antes.

A nuestro lado, Jake y Harper siguen con sus pullitas. Si no fuera porque Harper no es para nada el tipo de chica que le gusta a mi amigo, pensaría que está intentando flirtear con ella.

—A ver, ¿qué coño te pasa? —pregunta Evan. El silencio tenso que nos acompaña no es normal en mí.

—Eso tendría que preguntarte yo. ¿Por qué no me habías comentado que querías enchufarla en uno de tus periódicos? ¿Tramas algo?

Abre mucho los ojos y tarda lo que parece una eternidad en parpadear.

—¿Pero tú te estás oyendo? ¿Es qué estás loco? No tramo nada, solo intentaba ser gentil con la chica de la que estás encoñado.

—Yo no estoy encoñado con nadie.

—No hace falta que me mientas a mí, Adam, te conozco desde que éramos dos críos sin pelos en las pelotas. Sé identificar cuando una chica te gusta. Y Lena no te gusta: va un paso más allá.

—No sabes lo que dices. —Me cruzo de brazos y frunzo el ceño.

—Está bien, sigue mintiéndote a ti mismo si eso te hace sentir mejor, pero ambos sabemos que esa chica te importa, y te has comportado como un capullo con ella.

Me muerdo el carrillo, consciente de que tiene razón. Joder, qué mamón puedo ser a veces.

—Debería ir a buscarla —sugiero.

—Deberías.

Suspiro con profundidad, me levanto y salgo del reservado para ir en su busca. Hay mucha gente repartida en mesas y sofás. También hay mucha gente bailando.

Voy en dirección a los baños cuando la veo apoyada en una pared. Mira su móvil con el ceño fruncido. Parece aburrida. Me acerco a ella y apoyo la espalda en la pared, a su lado.

—Lo siento —digo por encima de la música.

Ella me mira como si no esperara encontrarme allí y me estudia con la mirada, en silencio. Se nota que está enfadada y no la culpo. El comentario que he hecho estaba completamente fuera de lugar. Al final, tras lo que parece una eternidad, pregunta:

—¿Qué sientes?

—Ser tan capullo. —Lena ladea la cabeza, me mira y me invita a continuar con un alzamiento de barbilla—. No pienso para nada lo que he dicho. Siempre he creído que las mujeres de la alta sociedad tienen una vida de mierda a la sombra de sus maridos. No querría para nada eso para mi futura mujer.

Lena traga saliva. Supongo que hablar de matrimonio a estas alturas de la liga es demasiado osado. Tampoco es que me refiriera a ella de forma particular, hablaba de mi futura mujer como algo abstracto. Pero no sé por qué, la idea de compartir mi vida con ella, no me disgusta para nada.

—Lo que quiero decir es que me parece bien que quieras ser periodista.

—Vaya, gracias por darme permiso —dice irónica.

—Me has malinterpretado. Joder, qué difícil me lo pones. —Me muerdo el labio antes de decir lo que estoy a punto de decir. Que sea lo que Dios quiera —: Si he dicho la barbaridad que he dicho es porque me he puesto un poco celoso. Noto que entre tú y Evan hay afinidad y eso no me gusta nada.

Lena agranda sus ojos, con sorpresa, se ríe entre dientes, me mira a los ojos y niega con la cabeza.

—¿Estabas celoso? —Su sonrisa divertida me hace gruñir. Como no digo nada más, ella alarga su brazo, me toca la mejilla y pregunta, aún sonriente—:

¿Te parece si me invitas a una copa y me sacas a bailar? Aún tenemos que celebrar tu cumpleaños.

—Me parece un plan cojonudo.

Cojo su mano y tiro de ella hacia la barra donde con solo un chasqueo de dedos consigo que un camarero le sirva un Gin-Tonic. Yo ya no bebo alcohol, así que me pido una tónica. Lena me confiesa que no suele beber, pero que un día es un día. Y yo la verdad es que me muero de ganas de ver cómo se suelta la melena de verdad, sin esos muros de contención que suele mantener alzados.

Se termina la copa, le pido un chupito que se toma haciendo un gesto raro con la boca y me pide de nuevo que la saque a bailar. Nos confundimos entre los cuerpos del resto de personas para movernos al ritmo de la música.

Lena está algo achispada por el alcohol, tiene las mejillas sonrosadas y mueve su cuerpo curvilíneo con gracia. Cuando cansada se agarra de mi cuello para que le ayude a mantener el equilibrio encima de los zapatos de tacón, aprovecho la ocasión para colocar mis manos alrededor de su cintura.

Lena toma alguna que otra copa más durante la noche y no soy consciente de que ha superado el umbral de lo que es razonable hasta que intenta decirme algo al oído y lo único que escucho de sus labios es un titubeo sinsentido.

—Joder, estás cómo una cuba —digo sujetándola fuerte contra mi pecho, porque prácticamente no se aguanta de pie.

Ella intenta decir algo, pero las palabras no salen de su boca.

Genial, he emborrachado al borde del coma etílico a una chica sin querer. Puede que se haya tomado unas cuantas copas, pero yo necesitaría tres veces lo que ella ha tomado para ponerme así.

Pienso en Dante. Como alguien nos vea así y nos haga una foto la hemos cagado a base de bien. Lo que faltaba, que la buena chica que tiene que limpiar mi reputación de alcohólico y drogadicto parezca necesitar entrar en la misma clínica de desintoxicación que entré yo.

La cojo por la cintura y con todo el disimulo del que soy capaz me dirijo de nuevo hasta el reservado.

Harper ya no está, pero Jake y Evan siguen ahí, acompañados de dos chicas jovencitas que coquetean con ellos sin ningún tipo de disimulo.

—Tengo un pequeño problema —le digo a los chicos mientras dejo a Lena adormilada en el sofá.

Evan deja de hablar con la morena que le ha colocado una mano en la rodilla, se levanta del sofá y se acerca a nosotros con expresión preocupada.

—Pero ¿qué le pasa?

—Se ha bebido cuatro gin-tonics y un par de chupitos y le han sentado como el culo. ¿Dónde está Harper?

—Ha dicho que se marchaba a casa de su novio.

—¿Y qué hago yo ahora con ella?

—Creo que lo más responsable es que te la llevaras a tu casa. No puedes dejarla sola en ese estado.

Sé que tiene razón, así que resoplo, llamo a mi chófer y hablo con una camarera para que nos permitan salir por la puerta trasera, donde no podemos ser vistos.

Llevar a Lena hasta la puerta resulta mucho más complicado que antes, porque se ha quedado completamente frita. Incluso ha empezado a roncar, y no son ronquidos flojitos. Ronca como un camionero.

Con la ayuda del chófer consigo ponerla en la parte de atrás y yo me siento a su lado.

Tardamos un montón en cruzar la ciudad y llegar a casa, y cuando lo conseguimos le pido al chófer que me ayude a subirla hasta el apartamento. Cuando entramos en el ascensor parece desperezarse. Abre los ojos y me mira, como si no supiera muy bien dónde está ni quién soy yo.

—¿Qué ha pashaaado? —acierta a preguntar arrastrando las vocales, con la voz pastosa.

—Que estás como una cuba.

—¿Yo? Yo nunca me embo...emborracho —sigue hablando beoda perdida.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Entramos en el piso, el chófer se va y me quedo a solas con ella. Paso un brazo por debajo de su axila y me la cargo al costado. Andamos a trompicones por el pasillo, abro la puerta de mi habitación y, con cuidado, la tumbo en la cama. Está despierta, aunque no parece muy consciente de sus acciones ya que

empieza a desvestirse como si yo no estuviera ahí. Se quita los zapatos de forma torpe y luego, moviéndose como si fuera un gusano sobre la cama, desliza el vestido hacia abajo.

Sé que debería marcharme en este momento, pero no puedo evitar mirarla en ropa interior. Tal como pensaba su cuerpo es increíblemente sexy, incluso con esas braguitas estampadas con gatitos que lleva.

Se mete dentro de la cama con cierta dificultad y después me mira:

—¿Es qué no vas a venir aquí conmigo?

Niego con la cabeza desde la puerta.

—Dormiré en el sofá. Esta noche mi cama es tuya.

—Pero es lo suficiente grande para los dos —dice con un ronroneo sensual.

Una parte de mí dice que acepte su oferta, pero la otra sabe que hacerlo supondría todo un suplicio para mí. Sobre todo, para una parte que se ha puesto dura como una roca al verla en bragas y sujetador.

—Por favor —susurra haciendo morritos.

Pongo los ojos en blanco y acabo aceptando la invitación, porque uno es noble pero no gilipollas. Así que me tumbo en la cama a su lado, pero no dentro del edredón, sino sobre el colchón.

—¿No estás incómodo con tanta ropa?

Miro al cielo preguntándole a quién esté allí arriba a que viene esta tortura. Pero me digo que por quitarme la camisa y los pantalones no estoy cometiendo ningún tipo de delito. Y eso hago.

—¿Y no piensas meterte dentro? —pregunta de nuevo cuando me quedo en ropa interior.

—No creo que sea buena idea —le digo yo.

—¿Por qué?

—Porque se me van a quedar los huevos azules de aguantar el calentón.

Ella se ríe. Su voz ya no parece tan ebria como hace unos minutos. Se pone de lado, saca una mano por encima del edredón y la coloca sobre mi entrepierna. Abro mucho los ojos sorprendido por ese gesto tan descarado, que tan poco puedo identificar con la Lena que conozco.

—¿Qué haces? —pregunto tragando saliva.

—Quizás podamos solucionar lo del calentón antes de que se convierta en un problema...

Vuelvo a tragar saliva. Ella aprieta un poco y noto como mi polla se endurece al instante. Joder, joder, joder. Esto está mal. Aunque admito que la idea de dejar que introduzca la mano dentro de los calzones me tienta...

—No. —Con todo el dolor de mi corazón le quito la mano de la zona y la miro ceñudo—. No deberíamos hacerlo.

—¿Por qué? —Las pupilas de Lena están dilatadas y veo la decepción en su mirada.

—Porque estás borracha y no quiero que mañana te despiertes arrepentida por hacer esto sin estar en tus plenas facultades.

Me estudia con la mirada. Mi parte más canalla, la que antes podía acostarse con cualquier mujer sin tener en cuenta su nivel de alcohol en sangre, no parece nada contenta con mi decisión. Pero Lena no es como las demás. No quiero hacérmelo con ella sin estar seguro de que esto es lo que ella realmente quiere.

—De acuerdo —dice tras pensárselo mucho.

Sonríe, vuelve a colocar el brazo dentro del edredón, se gira y, a los tres segundos exactos, la oigo roncar de nuevo.

Sin embargo, yo no estoy muy seguro de que pueda dormir algo esta noche...

# Lena

¡Menudo dolor de cabeza! Pero bueno ¿esto qué es? Parece que tenga a pequeños enanos golpeándome el cráneo una vez tras otra con una pica.

Rodeo mi cabeza con las manos, abro los ojos e intento fijar la mirada, lo que me cuesta una barbaridad. Enseguida comprendo que no estoy en mi habitación ni en mi cama, porque este dormitorio enorme no se parece en nada a la caja de zapatos en la que duermo. Es grande, espaciosa y lujosa. Y la reconozco enseguida: es el dormitorio de Adam. Miro a mi izquierda y... ¡Ahí está él! Duerme mirando hacia el otro lado.

Trago saliva, intentando acordarme de lo ocurrido ayer. Enseguida empiezan a llegarme flashes con recuerdos de parte de la noche: el Club Hush, los gin-tonics, los chupitos y el baile. A partir de aquí todo empieza a difuminarse.

Un presentimiento horrible me cruza la mente y levanto con cuidado el edredón. Suelto un respiro de alivio al ver que aun llevo ropa interior. No creo que hayamos hecho nada en ropa interior, ¿verdad? Y no es que la idea de hacer algo con él me preocupe. De hecho, lo que me preocupa es haber hecho algo con él y no acordarme. Con el tiempo que llevo fantaseando con ello...

Respiro hondo e intento salir de la cama sin hacer ruido. Creo que necesito largarme de aquí y llegar a casa para cortarme la cabeza o algo así, porque este dolor no es ni medio normal. No entiendo cómo hay gente a la que le gusta beber y ponerse hasta las cejas de alcohol si las consecuencias a pagar al día siguiente son estas. Por mucho que en el momento te lo pases bien, nada vale este puto infierno.

Me pongo de pie sobre la alfombra y, de puntillas, recojo el vestido esparcido por el suelo y me lo pongo. También cojo los zapatos e intento colocármelos en los pies doloridos por el bailoteo de ayer noche. Lo último que cojo antes de dirigirme hasta la puerta es el bolso que encuentro tirado en un rincón.

—¿De verdad intentas escapar sin ni siquiera despedirte? —La voz de

Adam me hace soltar un gritito y pegar un bote.

Me giro y me lo encuentro sentado sobre el colchón, con su mirada somnolienta puesta en mí. Está desnudo de cintura hacia arriba por lo que tengo una visión nada desdeñable de su torso desnudo. Un torso donde sus abdominales marcados me hacen tragar saliva. ¿Es normal que lo primero que piense al verle es lo mucho que me gustaría lamer ese torso?

—No quería despertarte —confieso.

—Pues ahora que ya estoy despierto, ¿por qué no te quedas a desayunar conmigo?

Se pasa una mano por el pelo despeinado y yo dudo. Dudo porque me duele la cabeza, tengo la noche de ayer difuminada y me siento rara, como si me avergonzara de algo y no supiera de qué.

—Me encuentro fatal. Creo que no sería una buena compañía, la verdad.

—Anda, espérame en el salón que te voy a preparar el remedio de Adam Walter contra las resacas.

Se levanta de la cama de un salto y ahora mis ojos están fijos en su paquete. Hola erección matutina. Adam sigue mi mirada y se ríe, sin ningún tipo de pudor.

—Suele despertarse con mucha energía.

—Ya veo, ya...

—Además... Ayer le dejaron con las ganas a la pobre.

No entiendo el comentario y él tampoco se explica. Pasa por delante de mí, me guiña un ojo y se encierra en el baño que está en su habitación.

Le espero tal como me ha dicho sentada en la mesa del salón y unos minutos más tarde aparece en pijama llevando con él un vaso alargado con un líquido entre rojo y verde que tiene una pinta horrible. Me lo tiende con una sonrisa divertida.

—Tu desayuno.

—¿Esperas que me beba esta cosa? —digo con cara de asco profundo. Lo cojo no muy convencida.

—Es el mejor remedio antiresaca que existe, créeme—. Le miro incrédula e insiste—: Te lo dice alguien que sabe perfectamente lo que es tener una resaca. Y si lo complementas con esto, en media hora estarás perfecta —Me

tiende una pastilla y decido hacerle caso. Lo peor que puede pasar es que me siento mal y acabe vomitándolo todo en el inodoro.

Me tapo la nariz y empiezo a engullir el líquido que sabe mucho peor de lo que aparentaba. No sé qué debe llevar, y prefiero no saberlo. Cuando termino me trago la pastilla y suelto un suspiro llena de asco.

—Espero que funcione, odiaría pensar que me has hecho tomar esta mierda solo para tomarme el pelo.

—Funcionará, quejica.

Vuelve a la cocina y regresa con una bandeja llena de comida. Hay de todo: tostadas, bollería, café, zumo de naranja, huevos revueltos, bacon, tortitas y salchichas.

El estómago me ruge con fuerza. Hace horas que no pruebo bocado, así que cojo un plato y empiezo a engullir de todo un poco, como si no hubiera mañana. Curiosamente, el dolor de cabeza empieza a remitir y al cabo de un rato apenas queda ni rastro de él.

—¿Estás mejor? —pregunta.

—La verdad es que sí.

—Ya te daré la receta de mi remedio antiresaca para que la tengas y puedas preparártelo tu misma la próxima vez.

—De eso nada, tranquilo, no habrá próxima vez. Mi relación con el alcohol ha terminado esta misma noche. Ha sido una relación corta pero intensa que no pienso repetir.

—Pues estabas la mar de graciosa bebida.

Le miro con los ojos entrecerrados. Los flashes de lo ocurrido anoche siguen apareciendo de forma desordenada en mi mente, pero sigo sin saber muy bien qué demonios hice durante todas esas horas.

Cojo un donut glaseado, me lo meto en la boca y de repente un recuerdo interrumpe mi mente, Un recuerdo que me hace poner roja como un pimiento. Ay Dios, Ay dios. ¿Es posible que...?

—¡Dime que no te cogí el paquete! —casi suplico escupiendo un poco de donut.

Adam, que tenía un tenedor a medio camino de su boca, abre mucho los ojos, baja el tenedor sobre el plato y sonrío con guasa.

—No puedo decirte eso porque si no mentiría y no me gusta mentir.

Ay Dios, ¡no puede ser! El recuerdo de la noche anterior cada vez es más nítido y me quiero morir. Pero vamos a ver, en las series y películas de televisión la gente suele quedarse amnésica perdida cuando comete estupideces como esta. ¿Por qué tengo yo que acordarme de ellas?

—¡Ay Dios! —Acabo lamentándome en voz alta.

—Mujer, no es para tanto.

—¿Qué no es para tanto? Yo no soy así, no hago estas cosas —digo aún sonrojada.

—A mí no me importó que las hicieras. Lo que me importó es que no las hicieras sobria.

Le miro directamente a los ojos y veo como los suyos sonríen. Los recuerdos siguen fluyendo, entonces, también recuerdo su negativa. ¿Adam Walter diciendo no a un polvo seguro?

—Me rechazaste —le digo.

Adam alza una ceja, traga un trozo de bacon y niega con la cabeza.

—¿Qué te rechazé? Nena, si no hubieras estado borracha ya te digo yo que tendrías un recuerdo muy placentero y feliz de la noche de ayer. Pero no quería acostarme contigo en tu estado. Sabía que hoy lo lamentarías, y si me acuesto contigo quiero que sea porque quieras recordarlo a la mañana siguiente.

Nuestras miradas quedan suspendidas. No decimos nada, pero puedo leer sus pensamientos a distancia, y estoy segura de que no deben distar mucho de los míos. Él, yo y nuestros cuerpos desnudos frotándose y gimiendo de placer.

Me lamo el labio inferior atrapando el azúcar que el donut ha dejado a su paso. Adam fija sus ojos en mis labios y siento calor.

—Adam... ¿Y si quisiera recordar una noche contigo a la mañana siguiente? —le pregunto con la mirada fija en sus ojos que enseguida se oscurecen.

Sé que ha comprendido lo que quiero decir, pese a mis palabras veladas. Y sé también por su forma de mirarme que mi proposición le ha gustado.

—Entonces te diría que las mañanas también son buenas para crear recuerdos felices.

No puedo evitar soltar una carcajada ante sus palabras. Niego con la

cabeza y me muerdo el labio.

—No sé yo si ahora es un buen momento para *eso*.

—Siempre es un buen momento para *eso*.

—Necesito una ducha. —Y una tila para atajar los nervios.

No sé cómo me ha salido decir algo así. Yo, que soy más bien recatada con el tema del sexo. Que apenas he tenido unas cuantas relaciones sexuales (y, además, poco satisfactorias). Quizás sea porque Adam me gusta de verdad, porque siento el feeling que hay entre nosotros, porque tengo la sensación de que el sexo con él sería de otro nivel, nada parecido al que he podido mantener con otros hombres.

—Lena, si hablas en serio, si quieres de verdad que nos dejemos de tonterías y demos rienda suelta a lo que sentimos, solo te diré que por mí podemos empezar cuando quieras. Llevo semanas reprimiendo el impulso de besarte.

El corazón da un salto mortal en mi pecho con esa afirmación.

—Yo también... —susurro.

—No tienes ni idea de las ganas que te tengo.

—No será para tanto.

—¿Quieres comprobarlo? —pregunta. Su mirada sigue estando oscurecida —. Levántate y ven —me ordena.

Y yo obedezco porque el magnetismo que transmite su mirada es imposible de ignorar. Es como si estuviera hechizada. Como si él pudiera gobernar sobre mis acciones.

Me levanto de la silla y me dirijo hacia él. Se palmea el regazo sin decir nada más y me siento sobre él. Nada más acomodar mi trasero sobre sus rodillas siento la presión de su miembro entre mis nalgas. Ahogo un gemido.

—¿Me crees ahora? —Coloca sus manos en mis caderas y hace presión hacia abajo, para que sienta lo duro que está.

Suelto un nuevo gemido y la respiración se me acelera.

—¿Tú también estás excitada? —Me lamo los labios y afirmo con la cabeza—. ¿Me dejas comprobarlo?

Y de nuevo vuelvo a afirmar.

Una mano se cuela por dentro del vestido y sube delicadamente hasta mi

rodilla. Hace un movimiento descendente hasta el interior del muslo y enseguida noto sus dedos sobre mis braguitas.

Jadeo cuando aparta la goma de la costura y un dedo se interna en mi entrepierna hasta rozar mi sexo. Estoy húmeda y su dedo resbala entre mis pliegues. Suelto un gemido y cierro los ojos cuando toca mi clítoris hinchado.

—Vaya, vaya. Veo que no soy el único con ganas. —Vuelve a rozar mi clítoris, esta vez con dos dedos, y cuando creo que estoy a punto de desmayarme del placer, sus dedos resbalan hacia abajo hasta mi apertura y me penetran en una única estocada que me hace gritar.

Retira la mano, sin dejar de mirarme. Esta situación no puede ser más excitante. O sí, porque se lleva los dedos con los que acaba de tocarme a la boca y los lame. Ese gesto me enciende aún más.

—Mmmmmm... interesante.

—¿El qué? —pregunto con la voz ahogada.

—Hacía tiempo que me preguntaba a qué sabrías, y no me había equivocado. Tu sabor es dulce e intenso, como tú.

Me remuevo sobre su regazo, excitada y con ganas de seguir. Sé que solo tendría que pedírselo para que me arrancara las bragas y me follara. Aquí mismo. Pero este no es el momento adecuado. Aunque ya apenas me duele la cabeza, necesito darme una ducha y cambiarme la ropa interior.

Adam me da una palmadita en el culo y me invita a levantarme mordiéndose el labio.

—Entonces... ¿Qué te parece si quedamos esta noche y seguimos jugando?

—¿Esta... noche? —Trago saliva pensando en lo próxima que está la noche.

—Podríamos cenar.

—O podríamos pasar directamente al postre —sugiero yo, en un alarde impropio de valentía.

—Ese plan me gusta aún más.

No damos más vueltas al asunto. Acabo de tomarme el café que tenía en la taza y me marcho. Necesito digerir todo lo que acaba de pasar y prepararme mentalmente para lo que ocurrirá dentro de unas horas.

Adam me acompaña hasta la puerta. La abro y antes de que tenga tiempo

de salir por ella, me coge del brazo, tira de mí y me besa.

Sus labios colisionan violentamente contra los míos y acabo chocando contra una pared. Su lengua se abre paso dentro de mi boca y encuentra la mía que lo acoge con ganas de bailar. Las manos de Adam recorren mi cuerpo con necesidad, agarrando carne allí donde la encuentra mientras nuestras respiraciones irregulares llenan el silencio.

Cuando nos separamos lo hacemos con los labios hinchados y enrojecidos y las respiraciones desacompasadas.

—Hasta la noche.

Y esas palabras son suficientes para que un nuevo cosquilleo me recorra entera.

# Lena

Salgo del baño con la toalla rodeando mi cuerpo y me encuentro a Harper sentada en el sofá. Cuando he llegado a casa hace un rato estaba vacía por lo que deduzco que acaba de llegar. Además, tenía un mensaje en el móvil diciéndome que dormiría en casa de Gabe. Lleva aun el vestido de ayer, el maquillaje corrido y tiene un vaso de cartón enorme con un café entre las manos.

—¿Dónde has pasado la noche? —me pregunta con las cejas levantadas.

Doy un respingo en mi sitio.

—¿Cómo sabes que no la he pasado aquí?

—He entrado en tu habitación y tenías la cama hecha.

—Podía haberla hecho al despertar.

—Tú no haces nunca la cama hasta pasadas las doce del mediodía. —Me mira escrutadora—. ¿Dónde has estado? Y lo más importante: ¿con quién?

Me siento en el sofá a su lado y lo confieso todo: que ayer me emborraché como una cuba y que, por tanto, Adam ha tenido que llevarme a su casa.

—Así que has dormido con Adam Walter...

—Ajá.

—¿Y solo habéis dormido o...? —No termina la pregunta, pero es tan evidente lo que insinúa que mis mejillas se tiñen de color al recordar lo ocurrido esta mañana y lo que espero que hagamos esta noche. Harper interpreta mi silencio como una afirmación—. No me lo puedo creer, ¿te lo has montado con él?

—¡No! —exclamo ahora roja por completo.

—¿Y por qué tengo la sensación de que hay algo que me escondes?

—Porque eres una mal pensada.

—Ayer cuando desapareciste del reservado, te estuve buscando y te encontré bailando con Adam. Agarradita a él como una paparra.

—Solo bailábamos.

—Nena, no soy tonta. Sé que entre vosotros hay una especie de conexión

especial, y quién lo hubiera dicho teniendo en cuenta lo mal que os llevabais al principio. Pero se nota que os gustáis y atraéis.

Harper y yo no hemos hablado de Adam estas últimas semanas. Después de haberme prevenido en su momento, no ha vuelto a sacar el tema. Creo que sus problemas con Gabe tienen mucho que ver en su falta de interés, porque Harper es peor que un agente del CSI.

Nos miramos en silencio. Ella dando pequeños sorbitos a su taza de café y yo intentando ignorar el hecho de que solo llevo una toalla y que estoy congelada.

—¿Y qué pasa si me gusta Adam? —pregunto sin más.

Harper me mira interrogativa, intentando adivinar si le estoy hablando en serio o no. Cuando confirma que es verdad por la seriedad de mi expresión, respira hondo y empieza a decir:

—Adam no es...

—No es una buena idea, lo sé. —Termino la frase por ella—. Pero creo que tengo derecho a equivocarme y a aprender del error.

—Yo solo me preocupo por ti. No quiero que te hagan daño.

—Y te lo agradezco de corazón, pero soy mayorcita. A mi edad nunca antes había conocido un chico que me hiciera sentir lo que me hace sentir Adam. Nunca me había enamorado... Creo que tengo derecho a vivir la experiencia, y si me la pego, pues ya me levantaré cuando llegue el momento.

—Pero lo vuestro es muy confuso. ¡Te pagan para qué finjas ser su novia!

—¡Lo sé!

—Eso es raro, tienes que admitirlo. ¿Y si lo que sientes es provocado justamente por eso? Como en las películas y series cuando los actores protagonistas acaban enamorándose tras la pantalla. Y la mayoría de veces sus rollos acaban fatal. Mira a Robert Pattinson y Kristen Stewart.

Que nos compare con los protagonistas de Crepúsculo me da la risa floja. Pero entiendo sus temores, al fin y al cabo, yo me pregunté lo mismo en su momento.

—Sé que lo nuestro es raro, y confuso, y un montón de adjetivos más. Pero resulta que Adam me gusta y creo que yo le gusto a él. Y aunque la Lena de hace unas semanas ni loca se habría planteado tener algo con un

multimillonario creído y egocéntrico como Adam Walter, la Lena que soy ahora sí que quiere.

Sé que a Harper mis palabras le sorprenden. Suelo ser una persona que actúa siempre midiendo muy bien sus acciones. Pero a veces cansa ser tan responsable. Soy joven, y si tengo que cometer alguna locura, ahora es el momento de hacerlo.

—Bueno, está bien. Pues disfruta del proceso. Y si te hace daño, solo tienes que decírmelo para que le corte los huevos a trocitos pequeños y se los dé a comer al chihuahua de Dante.

Me río con su comentario y decido cambiar de tema, porque poco queda decir sobre este.

—¿Y tú cómo vas con Gabe?

Resopla, deja el vaso de cartón sobre la mesa y hace una mueca con la boca.

—Pues la verdad, no lo tengo muy claro. Hace unos días que parece que las cosas entre nosotros vuelven a estar bien, pero no sé, hay algo que no acaba de funcionar. El problema es que no acabo de comprender de qué se trata. He pasado esta noche con él y parecía que volvíamos a ser los de siempre. En la cama seguimos entendiéndonos y eso, pero... luego salimos de la cama y las cosas están raras.

Le paso una mano por los hombros y le doy un beso en la coronilla.

—Todo se arreglará, nena. Sois Harper y Gabe. Siempre acabáis solucionándolo.

—Supongo... —murmura, aunque la expresión de su rostro denota falta de seguridad.

Hablamos un poco más y luego me levanto para ir a mi habitación a vestirme. Tengo muchas cosas que hacer antes de que llegue esta noche...

# Lena

Salgo del taxi y me encuentro delante del edificio de Adam otra vez. Son las siete de la tarde y la noche ha engullido la ciudad. Estoy nerviosa; me tiemblan las piernas y las manos me sudan de forma descontrolada.

Me dirijo hacia el portal y el portero me saluda, abriéndome la puerta sin preguntar quién soy ni dónde voy. Supongo que después de tantas semanas ya se ha acostumbrado a mí. Además de venir a menudo, salgo en las revistas de chismorreo junto a Adam de forma habitual, por lo que ya no soy una desconocida.

Cojo el ascensor, aprieto al botón y me miro en el espejo. Llevo el pelo suelto, un poco de maquillaje (no mucho, me gusta ser natural y parecer yo misma y no una pseudoyo tuneada), un vestido de color azul oscuro que se ciñe bien sobre mi cuerpo y unos botines con tacón. Debajo del vestido he decidido ponerme el único conjunto sexy de ropa interior que tengo, uno que consta de unas braguitas y un sujetador de encaje. La verdad es que ni recuerdo cuando me lo compré. Quizás durante aquellos meses que tuve un rollo con un chico que conocí en un bar y que resultó ser un completo capullo. Pero la verdad es que yo soy más de ir con ropa cómoda.

Estoy llena de expectación por lo de esta noche. No puedo evitarlo. Tengo la sensación de que Adam y yo conectamos en el plano físico, y después de unas cuantas relaciones sexuales poco satisfactorias con otros hombres tengo ganas de descubrir lo que se siente al estar con alguien que sabe lo que se hace (y que sabe dónde está el clítoris, algo que no puedo decir de los demás chicos con los que he estado).

El ascensor se para en la planta correspondiente, me bajo y no es necesario que llame a la puerta porque Adam ya me está esperando con la puerta abierta. Se ha vestido con unos vaqueros algo desgastados y una camisa de color azul claro que resalta sobre su piel morena.

—Hola —digo algo tímida. No sé muy bien qué hacer ni que decir porque todo lo que diga antes de que nos pongamos al lío será incómodo y raro.

Adam me mira, tuerce su sonrisa, me coge de la mano y me acerca a él con delicadeza. Su nariz y la mía se pegan y acaba de vencer los centímetros que separan nuestras bocas hasta que estas se unen.

Su mano se hunde tras mi cabello y su lengua me acaricia con movimientos suaves. Poco tiene que ver este beso con el que me ha dado al despedirnos esta mañana. Es más suave, menos necesitado.

—Bienvenida —susurra sobre mis labios cuando se separa.

Aún cogida de su mano me lleva hasta el salón donde la luz es tenue y acogedora.

—¿Te apetece comer ahora o prefieres que lo dejemos para luego? —Alza las cejas de manera pícaro y yo me pongo roja como un tomate por el significado de sus palabras.

Sobre la mesa hay puestos unos mantelitos individuales con bandejas de sushi. ¿Ha recordado que le dije que el sushi es uno de mis platos preferidos?

—La verdad es que ahora mismo no tengo mucha hambre —respondo sin saber muy bien donde poner las manos. Siento la mirada de Adam sobre mi piel, y su exhaustivo análisis me está poniendo nerviosa.

—¿No? Yo te esperaba hambrienta...

Estamos en medio del salón, de pie. Me coge de la barbilla y me besa de nuevo. Esta vez su beso es más exigente y su lengua se vuelve juguetona dentro de mi boca. Jadeo y él aprovecha para colocar sus manos en mi trasero, para apretarme contra él. Noto su miembro erecto contra mi cadera y vuelvo a jadear.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta mirándome a los ojos que parecen todo pupila de lo oscurecidos que están.

—Ajá...

—Oye, no hace falta que hagamos esto de manera artificial. Podemos ir poco a poco —sugiere señalando el sofá.

—¿Poco... a poco? —pregunto sin comprender.

—Tomamos algo, vemos una película y dejamos que las cosas vayan fluyendo.

—Me parece una idea estupenda.

Me guiña un ojo, me siento en el sofá y él va a la cocina a por unos Giner

Ale.

Cuando abre el televisor, accede a Netflix, nos miramos y por unanimidad decidimos ver la siguiente película de Harry Potter que tenemos pendiente. Durante estas semanas hemos visto la 3 y la 4, así que vamos directos a la 5.

Adam apaga las luces y nada más escuchar la cancioncita mágica del principio noto como mi cuerpo empieza a relajarse.

Estamos muy cerca. Nuestras rodillas se tocan y puedo sentir su calor a través de la ropa. Una mano enseguida se acomoda en mi muslo y empieza a subir y bajar mientras sus ojos siguen fijos en la pantalla.

—No me importaría tener una familia grande como la de Ron —digo cuando aparece en escena la pelirroja rojiza que hace de la madre de uno de los personajes.

Adam cesa en sus caricias y ladea su rostro para mirarme ceñudo.

—¿Estás de coña? ¿Cuántos hermanos son? ¿Seis?

—Siete —especifico—. Soy hija única y cuando mis padres murieron me dejaron sola en el mundo. Siempre me he preguntado qué habría pasado si en vez de ser hija única hubiera tenido un hermano con el que compartir mi vida. Me hubiera sentido menos sola, eso seguro.

—Yo también soy hijo único, pero nunca me he sentido solo. Supongo que Evan y Jake son como esos hermanos que nunca tuve.

—Sí, a ver, ahora tengo a Harper, y es un alivio tener a alguien como ella a mi lado. Pero sigo echando de menos el calor de una familia de verdad.

Adam vuelve a acariciarme el muslo. Una sonrisa dulce se dibuja en sus labios.

—Yo tampoco sé lo que es tener una familia de verdad. Pero ¿qué importa? Ya tendré tiempo de construir una.

Sus palabras me ablandan el corazón. Y sé que no debería pensar en nosotros dos en un futuro, porque los chicos como Adam no se comprometen. Saltan de flor en flor sin más. Pero es imposible mantener el control de mi mente que ya se imagina viendo crecer a nuestros hijos en un piso grande y espacioso desde el que se vea Central Park.

Vuelvo a fijar la mirada en la pantalla y las escenas transcurren una tras otra sin cesar. La mano de Adam sigue subiendo y bajando por mi muslo y hay un

momento en el que soy incapaz de seguir el hilo de la película. Se acerca tanto a mis braguitas que podría correrme tan solo con un pequeño roce en el sitio adecuado.

—¿Cómo van esos nervios? —me pregunta tan cerca del oído que su aliento me hace cosquillas en la nuca—. ¿Van pasando?

—Al contrario. Tu mano exploradora me inquieta.

—¿Te inquieta? —Se acerca más y sus labios acarician mi oreja—. ¿O te excita? —susurra muy flojito.

No sé cómo lo hace, pero esa pregunta me enciende de inmediato. Noto un cosquilleo entre los muslos y un gemido se escapa entre mis labios.

—Quizás las dos cosas —respondo.

Lo noto sonreír contra la piel de mi oído y sus dedos descienden por mi muslo hasta la entrepierna por debajo de la falda. Aprieta un poco sobre las braguitas, justo donde mi centro de placer acaba de hincharse.

—¿Y ahora? —pregunta moviendo su pulgar arriba y abajo.

Gimo, ladeo la cabeza dejando que nuestras narices se toquen y digo con mis labios prácticamente rozando los suyos.

—Creo que ambos conocemos la respuesta.

Mis palabras son el detonante de un nuevo beso, esta vez más feroz que cualquier otro que nos hayamos podido dar antes. Su lengua entra dentro de mi boca y ataca la mía que le responde con la misma intensidad. Somos lengua, saliva y ganas. Nos comemos la boca, literalmente.

Acabo sentada en su regazo y empiezo a restregarme contra su entrepierna. La noto dura dentro del pantalón y eso aún me excita más. Los besos cada vez son más rápidos y seguidos. Nos desbocamos. Estamos en el punto de no retorno.

Adam se levanta conmigo rodeando sus caderas, se gira y me deja sentada de nuevo en el sofá. Se pone de rodillas frente a mí y sus ojos llenos de deseo me devoran de arriba abajo. Se coloca entre mis piernas y arremanga mi vestido en la cintura. Sin dejar de mirarme, se inclina, hasta que sus labios se posan encima de mis braguitas que están completamente empapadas. Se deshace de ellas con un tirón rápido y vuelve a inclinarse sobre mi sexo, esta vez sin ningún tipo de tela que separe sus besos de mi piel.

Empieza besando mi pubis y luego, con cuidado, su lengua se interna dentro de mi sexo hasta que toca mi clítoris y me hace jadear de placer. No es la primera vez que alguien intenta hacerme un cunnilingus, pero es la primera vez que alguien acierta a la primera donde tiene que lamer.

Su lengua sube y baja dentro de mi sexo sin prisas, pero sin pausa. Se nota que tiene experiencia, qué sabe qué hacer para que mi deseo se incremente.

Muerde, succiona, y su lengua empieza a moverse con más rapidez. No dejo de gemir en ningún momento. Estoy extasiada de placer y creo que ahora mismo podría pedirme lo que quisiera que yo le diría que sí.

Sube la intensidad de su lengua, le cojo del pelo y suelto un gemido tan alto que estoy segura de que los vecinos de abajo deben haberlo escuchado.

Cuando pienso que es imposible sentir más placer, decide penetrarme primero con un dedo, después con dos. Lo hace de tal manera que sus penetraciones estimulan aún más mi placer y acabo por desbocarme. Me corro en su boca y en sus dedos. Me corro con intensidad. Tengo uno de los orgasmos más maravillosos que he tenido nunca y todo mi cuerpo se sacude con él.

Adam se aparta y se limpia la boca con el dorso de la mano. Luego se inclina hacia a mí para besarme y su sabor se ha entremezclado con el mío.

—Ver cómo te corres es el espectáculo más jodidamente excitante que he visto nunca.

—¿Sí? —pregunto aún extasiada por el orgasmo.

—Mira cómo me tienes —coge su mano y la pone sobre su paquete.

Sé lo que tengo que hacer. Quiero devolverle el mismo placer que me ha dado. Así que le pido que se levante y me arrodillo frente a él.

—¿Sabes? Creo que he recuperado el hambre...

La mirada de Adam se vuelve más oscura y su sonrisa se tuerce.

—¿Mucho?

—Estoy famélica.

—¿Qué tal si me lo demuestras?

Sonrío coqueta, le bajo los pantalones y luego los calzoncillos. Abro la boca sorprendida cuando su miembro salta como un resorte frente a mí. Es grande, muy grande. Creo que es el más grande que he visto en mi vida.

Adam me acaricia el pelo y sé que es su sutil manera de invitarme a que me acerque. Lo hago, aún alucinada por su tamaño. Acercó mi boca a su erección y me meto la punta con cuidado. Su mano se convierte en un puño sobre mi pelo y miro hacia arriba, observando cómo cierra los ojos mientras yo succiono y lamo. Me la meto toda en la boca haciéndole jadear y empiezo a subir y bajar por su miembro, primero lento, después más rápido. Adam empieza a mover las caderas siguiendo el ritmo. Sus jadeos cada vez son más rápidos y seguidos.

—Joder, nena, qué rico.

Paro un momento y vuelvo a lamer su erección, de arriba abajo. Lamo también sus testículos, algo que parece encantarle por la forma en la que me coge del pelo y suspira.

La verdad es que nunca he pensado que se me diera bien el sexo por la forma anodina en la que han respuesto mis parejas anteriores. Pero con Adam es como si supiera qué hacer en cada momento. Y me excita verle disfrutar. Tener el poder de dar placer es casi tan satisfactorio como sentirlo.

Vuelvo a meterme su polla en la boca y subo y bajo aumentando la intensidad de mis movimientos, pero él me coge del pelo y me aparta de su miembro para que le mire a la cara.

—Quiero correrme dentro de ti.

Adam tira de mis manos para que me levante y me besa. Parece que me esté follando la boca. Así lo siento, por la forma en la que su lengua se interna en mi interior una vez tras otra. Se separa un poco de mi cuerpo y me quita la ropa que aún llevo puesta. Me quita el vestido por la cabeza y con un movimiento rápido se deshace de mi sujetador. Se nota la experiencia.

Yo hago lo mismo con su camisa, que aún llevaba puesta. Cuando ambos estamos completamente desnudos, Adam me coge de la cintura y me acorrjala contra una pared. Vuelve a besarme y me da la vuelta. Escucho el sonido del envoltorio de un condón romperse. No me he quitado los zapatos por lo que eso me hace ganar altura y siento su erección contra mi culo.

—Alguna vez te han follado así? —pregunta besándome el cuello.

Niego con la cabeza y como respuesta me penetra. Le noto entrar dentro de mí en una estocada y jadeo con fuerza.

—¿Te gusta?

—Sí —respondo entre gemidos.

—Pues aún puedo hacer que te guste más.

Una mano se cuela entre mis muslos y empieza a acariciarme el clítoris mientras me penetra desde detrás. Las sensaciones se multiplican y cuando estoy a punto de correrme, ladeo la cabeza buscando su boca y dejo que su lengua y la mía se acaricien con movimientos bravíos.

—Ahora —dice Adam entre jadeos.

—Ahora —respondo yo con la respiración entrecortada.

Y segundo después, explotamos juntos.

# Adam

Acabo de echar el mejor polvo de mi vida. Y no es que haya sido nada del otro mundo. He hecho tríos, orgías, me he metido coca antes de follar y nunca jamás he sentido lo que acabo de sentir con Lena. No sé cuál es el ingrediente que ella me ofrece y que no he encontrado en nadie más. Pero el sexo con ella ha sido una puta pasada.

Aún seguimos de pie. Lena contra la pared y yo contra su espalda. Respiramos entrecortadamente, intentando recuperarnos del orgasmo que acabamos de tener. El sonido del televisor de fondo me devuelve a la realidad.

Le beso la nuca, me separo y me deshago del condón tirándolo a un lado. Luego ya me encargaré de dejarlo en la basura. Lena se gira y me mira. Sus ojos están vidriosos, aún embriagados por lo que acabamos de vivir. Está preciosa con el pelo despeinado y las mejillas sonrojadas.

Me hubiera gustado alargar un poco más el momento. Pero llevo todo el día con ganas de que esto ocurriera, no podía esperar más.

—Vaya, vaya, veo que esas modelos no mentían sobre ti cuando decían que esto se te daba muy bien —dice Lena con su ironía característica mientras recoge la ropa del suelo.

Supongo que se refiere a los artículos que las chicas con las que me he acostado han vendido a la prensa para ganar notoriedad. Es lo que tiene que te usen para tener su minuto de fama.

—Dame esto —digo quitándole la ropa de las manos.

Ella frunce el ceño.

—No pretenderás que vaya desnuda por la casa —dice abrazándose a sí misma.

—Pues eso justamente es lo que pretendo.

Suelto la ropa sobre el sofá y la atraigo hacia mí hasta que nuestros cuerpos desnudos chocan.

—Eres preciosa, sería pecado no disfrutar de tu cuerpo desnudo todo el

rato que me sea posible.

—Estás loco.

—Por ti.

Le cojo de la barbilla y le beso. Solo con ese roce mi polla empieza a endurecerse de nuevo y Lena se ríe contra mis labios.

—Menuda capacidad de recuperación...

—La culpa es tuya por ponerme tanto.

—Pues relájate un poco, porque se me ha abierto el apetito.

Se toca la barriga y enseguida me doy cuenta de que yo estoy igual de hambriento que ella, sobre todo cuando esta gruñe y se remueve como si llevara un trol dentro.

—¿Te apetece que nos comamos el sushi en la cama?

—Me parece el mejor plan del mundo.

###

Nos tumbamos en la cama con las bandejas de sushi y cenamos desnudos hablando de chorradas varias. Ella juega a darme un trozo de maki de salmón con los palillos y se ríe a carcajadas cuando este resbala y cae sobre mi miembro. Le reto a que lo recoja con la boca y lo hace entre risas.

Es cómodo estar así con ella. ¿Y si lo que diferencia el sexo que he tenido con otras al que tengo con ella es justamente estos momentos de complicidad?

No lo sé y tampoco quiero responder a esta pregunta ahora. Solo quiero disfrutar del momento, sin más, sin prisas. No quiero preguntarme porque siento un cosquilleo en la tripa cuando Lena me mira y sonrío.

Lena me gusta, sí. Pero solo se trata de eso, ¿no?

De atracción, de deseo.

Pero... ¿y si hay algo más?

# Lena

Ha pasado un mes desde que Adam y yo nos acostamos por primera vez. Un mes ya. Un mes de sexo desenfrenado y orgasmos de esos que te dejan satisfecha y con una sonrisa tonta durante horas.

No hemos definido aun lo que tenemos, y la verdad es que no tengo prisas por hacerlo. Todo nos va tan bien que tengo miedo de poner una etiqueta a lo nuestro y que se vaya al traste.

En este momento, estamos en mi cama. Adam ha pasado la noche aquí. Muchas noches dormimos en su piso, porque vive solo y nadie nos molesta, pero también me gusta estar aquí, entre mis cosas, con Harper en la habitación de al lado.

Adam aún duerme. Me he acostumbrado a despertarme primero que él y verlo dormir. Pone una cara adorable cuando duerme. Además, es una marmota; si fuera por él se despertaría al mediodía. Yo tengo un reloj interno que me prohíbe levantarme después de las diez.

—Deja de hacer eso —gruñe con los ojos aún cerrados.

Suelto una risita.

—¿Hacer qué?

—Mirarme mientras duermo.

Me inclino y le beso en la mejilla. Adam abre los ojos y, pillándome por sorpresa, me agarra de la cintura y me sienta a horcajadas sobre él. Yo llevo camiseta y braguitas y él solo los calzoncillos.

—Buenos días —digo entre risas cuando noto su erección matutina saludando entre mis piernas.

—La próxima vez que decidas despertarme podrías hacerlo de otra manera.

—Ajá —levanto las cejas divertida.

Me inclino de nuevo para besarle y mi beso acaba de desperezarlo. Su miembro se endurece al instante.

—Buenos días...

Empiezo a restregarme contra su erección mientras empezamos a encadenar un beso tras otro. Sus manos suben por debajo de mi camiseta y me estruja un pecho. Jadeo contra su boca cuando me pellizca un pezón.

Pero entonces la puerta de la habitación se abre.

—Por Dios, ¿no tuvisteis suficiente con la sesión de ayer por la noche? Por un momento temí por los cimientos del edificio se vinieran abajo con tanto movimiento. Por no hablar de lo escandalosos que sois. Los tapones para los oídos que me compré no me sirven de nada.

Me bajo del regazo de Adam de y me siento sobre el colchón a su lado. Cuando la mirada de Harper se fija en la erección bajo las sábanas, este decide tapársela con un cojín.

—Podrías llamar a la puerta, ¿sabes? —le recuerdo.

—Podría, pero entonces no sería tan divertido.

—¿Qué quieres, Harper? —Pongo los ojos en blanco.

—Ayer te dejaste el móvil encima de la mesa de centro y te están llamando. —Me tira el móvil que cae a mis pies sobre el colchón—. De nada.

Cierra la puerta y yo vuelvo a poner los ojos en blanco. Menuda es Harper cuando quiere.

Cojo el móvil y efectivamente tengo una llamada perdida, aunque es de un móvil que no conozco. Le pido a Adam que se quede en silencio y devuelvo la llamada.

—¿Sí? —pregunta una voz ronca de hombre que no reconozco al otro lado.

—Hola, soy Lena Murphy, hace unos minutos he recibido una llamada de este número de teléfono.

—Ah, sí, perdona. Mira, soy Mike Collins, director de The Chronicle. Hace unos días Evan me pasó tu curriculum y tu porfolio con artículos tuyos. Le he estado echando un ojo y la verdad es que me ha gustado lo que he visto, así que he pensado que podrías pasarte por aquí una tarde para que nos conociéramos y así ver si puedes encajar aquí.

Estoy a punto del infarto. Me he quedado con la boca y los ojos muy abiertos incapaz de decir nada. Adam me pregunta en un susurro si me ocurre algo, pero es como si hubiera perdido la capacidad del habla. Después de años buscando un trabajo de lo mío en algún sitio, que me llamen de un

periódico tan prestigioso como el The Chronicle, es para flipar.

Y sé que esto no habría sido posible sin Evan. Pero la simple idea de trabajar de periodista, que es mi pasión, me ha cerrado la garganta.

—Lena, ¿sigues ahí? —pregunta Mike al otro lado del hilo telefónico.

—Sí, sí, perdona. —Las palabras de Mike me hacen salir del trance—. Me encantaría visitar la redacción del The Chronicle. Me encanta vuestro modelo de periodismo.

—Eso está genial, Lena. ¿Cuándo te iría bien venir? Tengo un hueco esta tarde después de comer, de cuatro a cinco. Sino tendríamos que vernos la semana que viene porque tengo la agenda muy llena.

—Esta tarde sería perfecto.

—Genial, entonces. Pásate por aquí cuando puedas y pregunta por mí en recepción. Hasta luego, Lena.

La llamada se corta y doy un gritito de júbilo y un salto sobre el colchón. Adam me observa sin entender nada.

—Pero ¿quién era?

—Era el director de The Chronicle —le explico—. Evan le dio mi currículum y el dossier con mis artículos y quiere conocerme.

—Me alegro, nena —Una sonrisa se dibuja en sus labios y es sincera. A pesar que en su momento mostró ciertas reticencias a la idea de que trabajara de periodista, parece que estas han desaparecido.

Le doy un beso fugaz en los labios y salgo de la cama para contárselo a Harper antes de que se marche a trabajar. Me la encuentro sentada en el sillón mirando su móvil mientras muerde una tostada.

Le explico la noticia y acabamos las dos dando saltitos y volteando de la mano en medio del salón como si fuéramos una peonza.

—¡Me alegro mucho, cielo! —Harper me abraza y me besa en la coronilla.

—Ya sé que no es para tanto, que en el fondo si me cogen será por enchufe, pero podría cumplir mi sueño, Harper.

—Llevas años queriendo trabajar en un periódico. ¿Qué más da cómo consigas el trabajo? Además, te lo mereces, has trabajado duro para conseguirlo.

Tiene razón. Estudié hasta la extenuación durante la universidad para sacar

buenas notas. Me dejé la piel para ser la mejor de mi curso. Incluso fui redactora jefa del periódico de la universidad. Pero tuve mala suerte al salir al mercado laboral. Rechacé un trabajo en un periódico local esperando conseguir uno en un periódico de tirada nacional y al final no conseguí mi propósito.

Ahora, por fin, quizás lo consiga.

# Adam

Envío un mensaje a Lena para desearle suerte en la entrevista de trabajo y entro en el despacho de mi padre, que me espera de pie. Está de espaldas y mira a la ciudad a través de los vidrios de la pared acristalada. Hemos quedado para hablar de cómo y cuándo voy a ocupar mi puesto en la empresa. La verdad es que me apetece empezar ya con esto. Sentirme útil.

Carraspeo para llamar su atención y mi padre se gira. No tiene buena cara, se nota que está en uno de esos momentos donde el trabajo le absorbe más de la cuenta y apenas le deja pasarse por casa para dormir unas horas.

—Siéntate, hijo. —Señala la mesa que hay frente a su escritorio. Él se sienta en su butaca—. ¿Te apetece tomar algo? —Niego con la cabeza y él asiente, aprieta el botón del telefonillo que le comunica con su secretaria y le pide un café bien cargado para él.

—¿Estas bien? Pareces cansado.

—Llevamos unas semanas algo liados con unas negociaciones y eso me tiene un poco más ocupado de la cuenta. Pero sí, estoy bien.

—Si quieres podemos dejar la reunión para otro día y así puedes echarte un rato —digo señalando el sofá que tiene en su despacho.

—No, gracias. Tenemos que adelantar trabajo para que puedas incorporarte en la empresa en cuánto antes. Ya he empezado a mover los hilos para que vayan preparando la fiesta que daremos en tu honor.

Su secretaria llama a la puerta y entra para dejar el café sobre la mesa. Papá le da las gracias y sigue hablando. Me explica cuál quiere que sea mi papel en la empresa y cómo quiere que, poco a poco, vaya ocupando su lugar. Así él se podría jubilar en unos años y solo asistiría a las reuniones de junta directiva.

Al cabo de una hora, mira su reloj y da por concluida la reunión.

—He pensado que podríamos comer juntos. He reservado sitio en un restaurante de la zona. ¿Te parece bien?

—Claro, no tengo nada que hacer y así podemos seguir hablando de esa

negociación que os traéis entre manos.

En este momento, llaman a la puerta con los nudillos y entra Jeremy, el socio de papá en la empresa.

Decidieron unir sus respectivas empresas hace unos años para hacerse con el monopolio del mercado en el que trabajaban. Jeremy es un hombre que debe rondar su edad y, como él, emana autoridad y respeto. Va acompañado de su hija, a la que apenas conozco. Es una chica algo más joven que yo, alta y rubia. Es muy atractiva y siempre va perfectamente maquillada y vestida. Es el tipo de mujer que hace unos meses hubiera querido tirarme. Pero ahora me parece insulsa. Una copia más de las mujeres que puedes encontrar en cualquier sitio. Nada que ver con Lena, que es ella sin comparaciones posibles. Es única, especial.

—He pensado que podríamos comer con Jeremy y su hija, no te importa, ¿verdad? —me pregunta. Luego señala a la chica que me mira sonriente—: ¿Te acuerdas de ella? Se llama Phoebe, acaba de llegar de Londres, donde ha estudiado un máster en Dirección de empresas.

—Claro que me acuerdo. Hola Phoebe.

—Yo también me acuerdo de ti, Adam.

Nos damos un apretón de manos y nuestros padres nos urgen para que cojamos nuestras cosas y vayamos al restaurante.

Durante la velada, me entero de que al igual que yo, Phoebe está destinada a ser la predecesora de su padre en la empresa, así que a la larga tendremos que trabajar juntos. Es una chica inteligente, algo que se nota en cada una de sus intervenciones.

Cuando terminamos de comer, papá y Jeremy nos dicen que tienen que regresar a la empresa y nos insisten para que nos quedemos un rato más tomando unos cafés mientras hablamos.

Accedemos porque parecen muy interesados en que nos conozcamos, aunque no dejo de pensar en Lena, que en este mismo instante debe estar entrando en las oficinas de The Chronicle.

Ojalá pudiera estar con ella...

Estas semanas juntos han sido geniales. Es la relación más larga que he tenido hasta la fecha y es que hasta ahora nunca había querido compartir mi

tiempo con una mujer. Me cansaba enseguida de ellas, no acababa de entender cuál era los beneficios de tener una relación.

Pero ahora sí que empiezo a entenderlo. Sé lo que es levantarte por la mañana y encontrar al otro lado a alguien capaz de alegrarte el día con una sonrisa. Sé lo que es que se te quede una sonrisa boba en la cara cuando recibes un mensaje suyo, o cuando te llama para explicarte cualquier chorrada de su día a día. Sé lo que es disfrutar de la forma en la que se corre, abriendo ligeramente los labios con los ojos cerrados mientras tiembla bajo de mi cuerpo. Sé lo que es pasarme una mañana entera en la cama con ella desnuda y despeinada, con toneladas de comida para llevar y el portátil para ver juntos alguna serie de moda que yo no conozco.

Sí, ahora que sé lo que es todo eso, lo entiendo todo mucho mejor.

# Lena

Cuando llego al edificio de oficinas donde está situada la redacción de The Chronicle se me acelera el pulso. Se trata de un edificio súper alto, todo vidrio y metal. Impresiona visto desde abajo.

Camino hacia la entrada y al pasar las puertas giratorias me encuentro con un enorme hall con mesas, sillas y una cafetería. Es todo tan moderno y chic que enseguida me siento como un personaje de *Sexo en Nueva York*.

Voy hasta los ascensores y, nada más llegar, se abre uno de ellos. Subo junto a un par de hombres en traje que van a otras plantas diferentes a la mía. Cuando llego a mi destino me despido y salgo, sintiendo como el corazón se me encaja en la garganta.

Lo primero que veo es un rótulo plateado con el nombre del periódico y una recepción con una chica hablando por teléfono. Me acerco a ella y espero a que termine de hablar.

—Hola, soy Lena Murphy. He quedado con Mike Collins —digo cuando cuelga el teléfono.

—Sí, un momento, por favor. —Coge de nuevo el aparato, marca un número, hace una consulta en voz baja que no consigo escuchar y luego me sonrío—. Mike te espera en su despacho. Sigue el pasillo, la primera puerta a la izquierda —me indica, señalando el pasillo en cuestión.

Aprovecho para mirar por encima de la recepcionista, que es donde se encuentra la verdadera redacción formada por un espacio amplio y diáfano lleno de mesas, ordenadores y teléfonos que no dejan de sonar. Veo a gente caminando rápido de un lado al otro, y enseguida me contagio con su vitalidad. Quiero trabajar aquí. Necesito trabajar aquí.

Una vez en el pasillo llego a la puerta indicada. Sé que es el despacho de Mike porque hay un cartelito dorado con su nombre. Llamo con los nudillos y escucho un *pase* desde dentro. Cojo aire y entro intentando irradiar seguridad, por mucho que ahora mismo me flaqueen las rodillas.

No sabía muy bien como vestirme y Harper me ha recomendado que use el

traje pantalón que tengo de las prácticas que realicé hace unos años en otro periódico. Es negro, sobrio pero elegante. Y creo que tengo un aspecto formal pero no demasiado serio.

Mike está sentado tras su escritorio, mirando muy serio unos papeles que están desparramados encima de la mesa. Lleva la camisa remangada, la corbata aflojada y unas gafas de pasta bailan sobre el puente de su nariz.

Al levantar la mirada de la mesa y verme, sonrío. Me señala la silla que hay frente a él, se saca las gafas y se masajea la zona de la frente como si estuviera muy cansado.

—Lena Murphy, ¿verdad? —Afirmo con la cabeza y amplía su sonrisa. Debe tener unos cincuenta años. Unas cuantas canas se intuyen entre su pelo castaño—. Bienvenida a The Chronicle.

—Gracias. Estoy muy emocionada de estar aquí —admito.

—Eso está bien. La emoción es uno de los motores que nos ayuda a trabajar mejor. —Me guiña un ojo.

—Me encantaría trabajar aquí.

—Y yo, después de ver tu porfolio, también me encantaría que trabajaras aquí. —Se me sonrojan las mejillas con esa adulación. Mike saca del primer cajón de su escritorio la carpetita que le di a Evan con algunos artículos míos y la deja sobre su mesa—. Tienes talento, Lena. Se nota que te tomas en serio el periodismo. Además, he llamado a tu universidad y todos tus antiguos profesores me han dado muy buenas referencias sobre ti.

A continuación, pasa a hablarme de la oferta de trabajo que tiene en mente para mí. Se trataría de un puesto de periodista junior durante el primer año, hasta que cogiera la experiencia necesaria para subirme de categoría. El sueldo no es para tirar cohetes, aunque ganaría más de lo que ganaba en la cafetería. Y lo que es mejor: estaría trabajando de lo mío, lo que siempre he querido.

Quiere que me incorpore a la empresa cuanto antes mejor, y yo le digo que antes necesito solucionar unos temas, porque tengo que hablar con Dante y preguntarle si el contrato que firmé es compatible con este trabajo. Espero que sí, porque no quiero renunciar al trabajo de mis sueños por algo que ahora mismo no tiene mucho sentido. Porque Adam y yo ya no fingimos. Porque me

están pagando por hacer lo que quiero hacer de verdad, que es pasar tiempo con él.

Intento no pensar en eso y concentrarme en Mike que me hace una guía turística por la oficina. Me enseña la redacción que he visto antes de pasada y las salas de reuniones con paredes acristaladas.

Nos despedimos media hora más tarde con la promesa de que le llamaré lo antes posible para poder incorporarme al equipo.

Subo de nuevo al ascensor y me quedo embobada pensando en todo lo ocurrido durante la reunión. Estoy tan embelesada que cuando salgo al hall y empiezo a andar hacia la salida no me doy cuenta de que Evan pasa por mi lado hasta que me coge del brazo.

—¿Dónde vas tan rápido?

Sonrío al reconocerle.

—Perdona, Evan, ni siquiera te había visto. ¿Qué haces por aquí?

—Tengo una reunión para decidir si compramos o no una revista de jardinería para aumentar nuestra cartera de productos. —Mira su reloj de muñeca y luego levanta su mirada hacia la mía—. Aún es pronto. Tengo un rato. ¿Tienes prisa o te apetece tomar un café?

—No, no tengo prisa. Tomemos un café.

Aunque me muero de ganas de llamar a Adam para explicarle cómo ha ido la reunión, es cierto que Evan es el responsable de que me hayan llamado, así que no quiero negarme a su invitación y hacerle el feo.

Nos sentamos en la cafetería del hall. Yo pido un chocolate caliente y Evan un café solo. Tardan un par de minutos en traérnoslos, minutos que aprovechamos para hacernos las típicas preguntas de cortesía.

—Oye, muchas gracias por conseguirme el trabajo —le digo con la taza ya entre las manos.

—No tienes que agradecerme nada. Yo solo hice de mensajero, la decisión de contratarte ha sido de Mike.

—Ya... Ahora me vas a decir que no has influenciado un poquito.

—Nah, Mike nunca aceptaría ordenes de mí. Para él soy como un hijo: me quiere mucho pero no se toma muy en serio mis recomendaciones. Si no le hubieras parecido un buen partido, no se hubiera molestado en llamarte.

No sé si lo dice de verdad o no, pero siento alivio. No me gusta pensar que me dan algo que no me merezco.

Hablamos unos minutos más sobre todo un poco. Le pregunto Olivia y pone cara de pepino amargo. Está claro que no es su persona favorita del mundo mundial.

Mira el móvil y me indica que tiene que marcharse. Insiste en pagar las consumiciones y yo le dejo, aunque no me hace mucha gracia. Cuando me levanto para despedirme, siento una pequeña sensación de mareo. La cabeza me da vueltas, siento un zumbido en los oídos y pierdo el equilibrio durante unos segundos.

Por suerte, Evan está delante de mí y es lo suficientemente rápido para cogermme entre sus brazos. Me aprieta contra su pecho, asegurándose de que no resbalo entre sus brazos.

—¿Estás bien? —me pregunta al oído.

Sus manos rodean mi cintura manteniéndome en pie.

El zumbido parece desaparecer y poco a poco voy recuperando el control de mi cuerpo. Cuando estoy convencida de que puedo tenerme en pie, Evan me suelta.

Tengo las mejillas coloradas a causa del sofoco repentino que acaba de apoderarse de mi cuerpo.

—Lena, ¿estás bien? —repite.

—Sí, perdona, creo que he tenido una bajada de tensión después de haber estado tan nerviosa todo el día. —Saco un caramelo del bolso y me lo meto en la boca.

No es la primera vez que me pasa algo así. En la universidad también desmayé un par de veces después de algún examen. Me pasaba tantas horas tensionada que, cuando todo el estrés pasaba, la relajación venía de golpe en forma de vahío.

—¿Podrás llegar a casa sola? ¿Prefieres que espere a que llegue un taxi?

—Parece realmente preocupado así que sonrío y niego enérgicamente con la cabeza.

—No, gracias. Estoy bien. Yo me encargo, Evan. Al final llegarás tarde a tu reunión.

Mira su muñeca de nuevo y hace una mueca.

—¿Quieres que llame a Adam para que venga a buscarte?

—NO es necesario. Estoy bien de verdad.

Él vuelve a insistir una vez más, pero finalmente acaba cediendo y se va a su reunión. Yo salgo al exterior y empiezo a sentirme algo mejor gracias al aire fresco de la calle. Y es justo en este momento que tengo un extraño presentimiento. Como de estar siendo observada. Giro sobre mí misma pero no veo nada sospechoso. Hay gente andando con prisas, como siempre en Nueva York, pero nadie raro que me esté mirando directamente. ¿Serán imaginaciones mías?

Pasa un taxi por delante y lo paro levantando un brazo. Entro aún con la mala sensación recorriéndome la barriga. Pero esta desaparece pronto, cuando digo la dirección del piso de Adam y el taxi se dirige hacia allí.

# Adam

Llaman a la puerta, abro y Lena se abalanza sobre mí. Lo hace entre exclamaciones y gritos que tardo en comprender por el volumen tan alto de su voz.

—¡Me lo han dado! ¡Me han dado el trabajo! —exclama. Se aparta, me da un beso y me mira orgullosa.

Su sonrisa se me contagia y no puedo evitar sonreír yo también. Incluso el orgullo se me contagia, porque me siento orgulloso de ella.

—Felicidades, nena. Sabía que lo conseguirías.

Entra en el piso, cierro la puerta tras de sí y nos dirigimos al salón. Por el camino no deja de parlotear, con las mejillas encendidas y los ojos llenos de un brillo especial.

Si la pasión por algo pudiera definirse con una imagen sería con la imagen de ese brillo de ojos, no me cabe duda. No conozco a nadie que ame tanto algo como Lena al periodismo.

—Entonces, ¿cuándo tienes que empezar? —pregunto.

—Pues ese es el problema. —Se sienta en el sofá y abraza un cojín—. Quiere que empiece en cuanto antes, pero no sé hasta qué punto a Dante le parecerá bien que lo haga.

—No recuerdo que hubiera ninguna cláusula de exclusividad. —Me rasco la barbilla, pensativo.

—No la hay, pero sí que debo tener disponibilidad total, y en el periodismo nunca se sabe. Tienes que estar donde esté la noticia sea la hora que sea.

—Ostras, no había caído en eso.

La veo desinflarse como un globo. La verdad es que no me mola nada la idea de que no pueda trabajar de lo que quiera por algo que la ata a mí. Además, ¿Qué sentido tiene ese contrato ahora? Si ya pasamos la mayoría del tiempo juntos.

Seguimos aún el cronograma que nos marca Dante con eventos, fiestas y

citas como si estuviéramos fingiendo algo que, a estas alturas, es real.

—Nena, no te preocupes por eso. —Le toco el brazo con suavidad y ella me mira—. No voy a dejar que algo así sea un problema para que puedas hacer realidad tu sueño.

—No es una decisión que te concierna solo a ti.

Sé que se refiere a mi padre. Al fin y al cabo, fue él quien amañó todo esto. Y sé que Lena le tiene mucho respeto (como cualquier persona cuerda que se precie, si hay algo que mi padre infunda, es miedo).

—Yo me encargaré de todo. Si te parece bien mañana mismo llamaré a Dante para reconsiderar opciones. ¿Te parece?

—¿Y qué le vas a contar?

Nos quedamos mirando a los ojos durante unos segundos. Sé lo que significa esa pregunta. Hace un mes que estamos acostándonos y que nos vemos de forma más o menos regular, pero no hablo de lo nuestro.

Joder, qué complicado es todo esto.

—Podría decirle que quiero romper el contrato porque hay un conflicto de intereses. —Lena me mira sin comprender y decido ser claro—. Le diré la verdad. Que me estoy enamorando de ti. Que no quiero seguir con esta mentira cuando ya hace tiempo que dejó de ser mentira para convertirse en verdad.

Puedo ver el impacto de mis palabras en sus ojos. Si antes brillaban ahora relucen.

—¿Estás enamorado de mí?

—Loca e incondicionalmente.

—Pensaba que Adam Walter no se enamoraba —bromea, aunque en sus ojos puedo leer la emoción que le han hecho sentir mis palabras.

—Yo también lo pensaba. Pero hay muchas cosas que pensaba antes de conocerte que ya no pienso. Como que, por ejemplo, nunca encontraría a una mujer capaz de sacar la mejor versión de mí mismo. Me haces ser mejor persona, Lena. Cuando estoy contigo ya no pienso en beber ni drogarme, quizás porque tú eres mejor que cualquiera de esas drogas. De todas, tú eres mi adicción favorita.

Lena no dice nada. Me mira sin hablar y por un momento eso me asusta. ¿Y si me he tirado de cabeza en la piscina sin comprobar antes si dentro había

agua? Pero no puede ser. Me niego a creer que sea así, porque si hay algo que Lena me ha demostrado a lo largo de estas últimas semanas es que vibra en mí misma sintonía.

—Yo... no sé qué decir.

—No tienes por qué decir nada. Si no compartes lo que siento... —Antes de que pueda terminar de hablar, Lena me pone una mano en la boca para indicarme que me calle.

—Adam, no sé que decir porque cuando se trata de sentimientos siempre me cuesta encontrar las palabras. No estoy acostumbrada a exteriorizar lo que siento. Nadie me ha enseñado nunca a hacerlo. Pero voy a intentarlo. —Coge aire y se abre a mí, en canal, dejándome ver todo lo que lleva dentro—: Adam yo también estoy enamorada de ti. Y me aterra estarlo, porque cuando estás conmigo me elevas hasta las nubes y me siento capaz de todo. Contigo vuelo y no necesito nada más en este mundo para sentirme plena. Quizás no eres el tipo de hombre del que esperaba enamorarme, pero supongo que de eso va el amor, de enamorarse de quién menos te lo esperas cuándo menos te lo esperas. Y tengo miedo, claro, porque volar es muy bonito, pero cuando necesitas a otro para volar corres el riesgo de que un día desaparezca y te quedes sin alas.

Niego con la cabeza y le acaricio el rostro:

—No voy a desaparecer, lo prometo.

—No prometas nada que no estés seguro de poder cumplir.

—Lena. —Levanto su barbilla para que me mire a los ojos—. Te quiero. —Lo digo sin pensar, dejándome ir por completo.

—Yo también te quiero.

Mirándola a los ojos, me levanto y la cojo entre mis brazos para llevarla hasta la cama. Necesito poseerla ahora, en este mismo momento. Necesito que gima y se estremezca entre mis brazos.

La dejo sobre las sábanas y me tiendo sobre ella con cuidado de no aplastarla. La beso y lo hago con dulzura, dejando que mi lengua dibuje espirales dentro de su boca.

Acaricio su cuerpo con mimo, y con un poco de avaricia, lo confieso. Me gusta sentir como gime y se remueve entre mis brazos. Me deshago de la ropa que lleva hasta dejarla en ropa interior y entonces empiezo a subir la

intensidad de mis besos y caricias.

—¿Cómo quieres que te lo haga? —pregunto a su oído.

Ella tiembla y abre los ojos. Me mira con los suyos anegados de placer.

—A cuatro patas, para sentirte más adentro.

Me gusta cuando me pide este tipo de cosas con naturalidad. A otra chica le daría vergüenza hablar de su propio placer, pero en estas semanas Lena se ha desatado. Hay tanta complicidad entre los dos que ningún tema es tabú.

Me aparto un poco dándole espacio y Lena se pone a cuatro patas. Su trasero redondo y perfecto se eleva ante mí y no necesito más para que mi polla se endurezca al instante.

Me pongo tras ella, cojo un condón de la mesita de noche, me lo pongo, rodeo sus glúteos con las manos y la penetro. Lena suelta un jadeo y empiezo a embestirla una vez tras otra de forma rítmica. Le cojo del pelo, como a ella le gusta, y tiro de él para que gire la cara y me mire. Nos besamos con pasión mientras la penetro una vez tras otra, sin pausa. Me gusta sentir como su entrada me recibe húmeda y preparada a cada nueva estocada.

Aumento el ritmo cuando noto que está cerca. Suelto su cabellera, le cojo de las caderas con las dos manos e intensifico las embestidas. Su espalda está perlada por el sudor, y nuestros cuerpos resbalan siguiendo los movimientos.

—Venga, nena, córrete conmigo.

Nada más decir esto siento los espasmos de su vagina sobre mi miembro con la llegada de un orgasmo, algo que me hace perder el control y correrme a mi también. Aprieto los puños, cierro los ojos y sigo moviéndome hasta que me vacío por completo.

Desde luego, el sexo con ella es de otro nivel...

# Lena

Me despierta la vibración del móvil sobre la mesita de noche. Abro los ojos y leo el nombre de Harper en la pantalla, pero antes de que pueda deslizar el botón para responder, la llamada se corta. Me siento sobre el colchón y veo que tengo diez llamadas perdidas. Siete de Dante y tres de ella.

Son las siete de la mañana y no entiendo que puede haber pasado a estas horas para que me acribillen a llamadas. También tengo un mensaje de wasap. Lo leo ceñuda:

**Harper:** Lee la noticia de portada de *Yellow Heart Magazine*.

Solo una frase que me deja algo descolocada.

Me levanto de la cama, cojo el portátil de Adam que ha dejado sobre la cómoda y vuelvo a sentarme sobre el colchón sintiendo el pulso en las sienes. Tengo el presentimiento de que algo malo ha pasado. Algo malo que puede meterme en problemas.

Enciendo el ordenador. Me impacienta que tarde tanto en iniciarse. Cuando consigo que entre al navegador web escribo el nombre de *Yellow Heart Magazine* en la barra de arriba. Tres segundos después, puedo ver por fin las dimensiones de la tragedia. Es una foto de Evan y yo durante la tarde de ayer, del momento de mi desmayo después de tomar algo juntos. No sé cómo demonios la tomaron, o desde que ángulo, pero parece que nos estemos besando.

—¡Joder! —exclamo sintiendo como los nervios me revuelven el estómago.

Adam se despierta con mi impropio y me mira con el rostro somnoliento y confundido.

—¿Qué pasa?

Me tapo la cara y me pongo a llorar. No puedo evitar que las lágrimas rueden por mis mejillas a causa del enfado y la frustración por el titular que

acompaña a esa foto: *Lena Murphy engaña a Adam Walter con su mejor amigo.*

Adam sigue preguntándome qué ocurre sin entender nada y como respuesta le paso el portátil. Mira la foto, luego me mira a mí y sacude la cabeza.

—¿Qué coño significa esto?

—¡No lo sé! ¡Es mentira! —exclamo entre hipidos—. No nos besamos. Me desmayé y Evan me sujetó para que no me cayera de bruces al suelo.

—Pues eso no es lo que parece en esta foto. —Está cabreado, y en cierta forma lo entiendo porque debería haberle explicado ayer lo de la bajada de tensión.

—No sé desde que ángulo la tomaron para que diera ese efecto. Yo solo sé que perdí la conciencia durante unos segundos.

—¿Por qué no me dijiste que te habías encontrado con Evan?

—Me lo encontré tras terminar la entrevista de trabajo y me invitó a tomar algo en una cafetería. No pasó nada y no te lo dije porque ayer las cosas entre nosotros se pusieron serias y ni siquiera pensé en ello en ese momento.

Me mira con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados. No dice nada y su silencio me pone aún más nerviosa, porque esta situación me supera. No me gusta ser el centro de atención, pero que manipulen un suceso inocente de esta manera me parece injusto.

El móvil de Adam empieza a sonar y responde:

—Hola Dante. Sí, lo sé, lo he visto. —Silencio—. Está aquí conmigo, espera.

Me pasa el móvil. Un agujero negro se instala en mi estómago. Creo que voy a vomitar.

Me pongo el móvil en la oreja y Dante, nada más sentir mi respiración, sin ni siquiera decir una palabra, empieza a gritar:

—¿Pero se puede saber en qué estabas pensando? ¿Con Evan? ¿Su mejor amigo? ¿Sabes en qué posición nos deja esto?

Intento explicarme. Le digo lo mismo que le he dicho a Adam, que todo es un malentendido y que en realidad nada de lo que se insinúa pasó de verdad.

—Tú eres periodista de profesión, ¿verdad? Sabes mejor que nadie que no importa cuán cierta sea una fotografía. Un buen titular es capaz de conseguir

que veamos lo que quieran hacernos ver.

—Pero yo no tengo la culpa.

—Tenías que tener cuidado durante seis meses de tu vida. ¡Seis jodidos meses! —Resopla y a mí se me escapa un quejido por la impotencia que siento en este instante—. Por favor, pásate por la agencia en cuánto antes. Y que venga Adam también.

Cuelga sin dejarme responder y le devuelvo el móvil a Adam que lo coge con desgana.

—Siento mucho este lío —le digo aún entre lágrimas.

Adam Se muerde el labio, se pasa una mano por el pelo y mira hacia otro lado.

—Vístete, anda. Dante nos está esperando.

# Lena

Llegamos a la agencia de Dante media hora más tarde. Aunque hemos compartido taxi, Adam se ha negado a dirigirme la palabra en todo el trayecto. Odio que me trate con indiferencia. Yo no tengo la culpa de nada de lo que ha pasado. No podía saber que un paparazzi nos estaba espiando esperando captar una foto que me comprometiera de esa manera. Recuerdo la sensación que tuve al salir del edificio. Tenía que haber supuesto algo así, pero no lo hice, soy demasiado ingenua para eso.

Llegamos a la sala donde solemos reunirnos y me encuentro a Harper con el chihuahua de Dante en la puerta. Se nota que ha salido de casa a toda prisa, sin maquillar ni peinar. Además, va vestida con un chándal rosa que solo se pone para estar por casa.

—¿Cómo estás? —me pregunta cuando llego a su altura.

—Hecha una mierda. No entiendo cómo ha podido pasar esto. No pasó nada de lo que insinúa esa noticia.

Harper arruga la nariz en un gesto de preocupación. Adam entra en la sala de reuniones y nos deja solas.

—Lo sé, cielo. Sé que nunca harías algo así. Tiene toda la pinta de ser un fake news. El problema de estos fake news es que son muy difíciles de refutar.

—¿Qué va a hacer Dante conmigo?

Harper niega con la cabeza.

—La verdad es que no tengo la menor idea. No le he visto aún. Ha bajado un momento a por un batido détox. Lo que sí puedo decirte es que tenía cara de querer matar a alguien.

—Eso no me anima mucho.

Se encoge de hombros y en este momento aparece Dante con un botellín de color verde entre las manos. Nos pide que entremos y nos sentamos alrededor de la mesa. Él se queda de pie, frente la pizarra blanca magnética.

—He estado pensando largo y tendido sobre qué podemos hacer o decir para que retiren esa noticia y he llegado a la conclusión de que no vale la

pena. Ahora mismo la imagen de Lena ha sido manchada, y limpiarla nos va a costar tanto tiempo y esfuerzo que es contraproducente. Lo siento —dice mirándome brevemente.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Y si los denuncio por difamación? ¡Todo lo que dicen es mentira!

—Podríamos enviar un comunicado explicando lo que pasó de verdad con una amenaza de denuncia. A lo mejor de esta forma se acojonan y retiran la noticia de la web —propone Harper.

—A estas horas la foto ya debe estar corriendo por miles de cuentas de Facebook y twitter. No sirve de nada que la retiren.

Me paso una mano por el pelo sintiendo una presión fuerte en las sienas. La angustia crece dentro de mí. Me siento impotente. Nada de esto tenía que haber pasado.

—Pues tendrás que buscar la forma de solucionarlo. —Es la primera vez en toda la reunión que Adam interviene.

—Ya te he dicho que no vale la pena, Adam. Ahora mismo tu reputación ha subido mucho, arreglar esto no te beneficiaría para nada. Además, que tu novia te engañe con tu mejor amigo hace ganar simpatías. Es mejor romper la relación ahora y presentarte como un chico reformado al que le han roto el corazón. Se lo he sugerido a tu padre y le ha parecido buena idea.

—Me importa una mierda lo que sea mejor para mi reputación, Dante. Estoy enamorado de Lena y quiero que soluciones esto cuanto antes mejor.

Dante se queda parado. Sus ojos se abren y nos mira interrogativo, como si no acabara de creer lo que acaba de escuchar.

—Pero...

—Solúcionalo —ordena Adam muy serio, sin darle oportunidad de rebatirle, dando por zanjada la reunión.

Sus palabras son como un bálsamo para mí. Le miro y aunque sigue cabreado, que haya dicho lo que ha dicho me confirma que no se ha creído la maldita noticia.

—De acuerdo. —Dante se acomoda la pajarita, sale de la sala y le pide a Harper que le siga.

Harper se marcha tras lanzarme una última mirada en la que intenta

conferirme ánimos. Adam y yo nos quedamos a solas.

—Adam, yo...

Adam se levanta de la silla sin dejar terminar la frase:

—Lena, preferiría estar solo en este momento porque sigo enfadado. No estoy enfadado contigo, pero sí con la situación. Y no quiero que pagues las consecuencias de mi frustración. Además, será mejor que vaya a ver a mi padre y le explique todo este lío antes de que lo haga Dante.

Rodea la mesa, se inclina hacia mí y me besa en la frente.

—Sabes que no pasó nada entre Evan y yo, ¿verdad?

Adam apoya su frente contra la mía y suspira.

—Lo sé, te creo y confío en ti, pero eso no me hace estar menos enfadado.

Se separa de mí, me toca la mejilla con suavidad y sale de la sala.

¿Por qué tienen que pasarme estas cosas a mí?

# Adam

Hacía tiempo que no me ponía de tan mal humor. De verdad, no entiendo cómo se han podido torcer las cosas de una forma tan absurda en tan poco tiempo. Además, me jode que esa foto circule por ahí como si fuera cierta, porque da a entender cosas que no son. Y sé que Lena nunca me engañaría con Evan. Lo que pasó ayer entre nosotros fue real. Fue verdadero.

Nada más salir del edificio donde se encuentra la agencia de Dante, me subo a un taxi y le doy la dirección donde se encuentra la multinacional que algún día yo dirigiré.

Me deja delante de la puerta de entrada, pago y me apresuro en entrar. Subo hasta la planta donde está ubicado el despacho de mi padre, pregunto por él a su secretaria y me dice que espere un rato que está reunido. Cuando veo que la puerta de su despacho se abre y que papá se despide de un hombre con un apretón de manos, decido levantarme y autoinvitarme a entrar.

—¿Adam? ¿Habíamos quedado? —me pregunta cuándo entro por la puerta.

Niego con la cabeza y me siento en la silla que hay frente a su escritorio.

—¿Y a qué debo el placer de tu visita? —pregunta de nuevo, sentándose en su butaca.

—Tenemos que hablar de un tema.

Alza los ojos con curiosidad.

—Dime, soy todo oídos.

Me friego las manos y busco la manera de expresarme, a sabiendas que esto no le va a gustar nada. Le conozco y puedo adelantarme a sus reacciones.

—Estoy saliendo con alguien. —Me mira sorprendido y se toca el frondoso bigote. Con un levantamiento de barbilla me indica que siga hablando—. De Lena Murphy.

—¿Lena Murphy? —pregunta negando con la cabeza, dando a entender que no reconoce su nombre.

—La chica que Dante contrató para que fingiera ser mi novia.

Una sonrisa cínica se dibuja en los labios de papá y niega con la cabeza.

—Adam, Adam, Adam... No me lo estarás diciendo en serio, ¿verdad?

—Te lo estoy diciendo muy en serio.

La expresión de su rostro cambia en cuestión de segundos. Unas arrugas se dibujan en su frente y levanta la mano para acabar aporreando con el puño la superficie de la mesa.

—Pero ¿te has vuelto loco o qué?

—Sé que no tenía que haber pasado, que no entraba dentro de los planes, pero no he podido controlarlo. Me gusta y hemos decidido salir juntos. De verdad.

—Eso no puede ser, Adam. Primero, ¿no has visto la que se ha liado con esta chica esta mañana? Incluso Dante cree que es mejor que rompáis la relación. Y segundo, un Walter no puede casarse con una cualquiera.

—¡¡Lena no es una cualquiera!! —grito cabreado, más aún de lo que lo estaba antes de entrar.

No puedo permitir que hablen de ella de esta manera. Ni siquiera la conoce. No sabe quién es Lena, que hay detrás de su sonrisa y sus sueños.

—Esto es típico de ti —gruñe. Se levanta, se afloja la corbata y se pasa una mano por la cara.

—¿El qué?

—Enamorarte de una putita como si fueras el protagonista de una película facilona de sobremesa.

Ahora soy yo el que se levanta y demuestra su rabia dando una patada a la silla donde estaba sentado haciendo que se caiga.

—No la llames putita. No sabes nada de ella.

—Y no me hace falta, Adam, sé lo suficiente. No es nadie en nuestro mundo. Nunca podrá convertirse en una Walter.

Siempre he sabido que mi padre era un poco clasista. Todos los proyectos humanitarios y filántropos que ha hecho han sido solo para venderse como un hombre bueno y generoso cuando en realidad lo hacía para pagar menos impuestos y tener una reputación intachable.

Yo quizás no sea la mejor persona del mundo. Sé que la lista de cosas reprobables que he hecho es muy larga y que no soy nadie para ir dando

lecciones de altruismo. Pero soy mejor persona que él. Ahora lo sé.

—Me da igual lo que digas, papá. Podrás mandar en muchas parcelas de mi vida, pero no en esta. No puedes obligarme a dejarla.

Papá se coloca las manos en las caderas y ladea su cara para mirarme con intensidad. Su bigote tiembla al hablar.

—Adam, será mejor que aceptes cuanto antes que tu futuro ya está escrito. Dentro de unos años dirigirás esta multinacional y lo harás con la ayuda de Phoebe. Ambos estáis destinados a casaros. Lo mejor para el negocio es unir nuestras familias, ¿no lo entiendes?

Sus palabras son como un puñetazo directo a mi estómago. Me quedo blanco y enseguida lo entiendo todo. La encerrona del otro día para comer con Jeremy y Phoebe, su insistencia para que nos conociéramos...

—¿Cuándo hace que tienes esos planes para mí? —pregunto castañeando los dientes.

Papá se pasa una mano por la barbilla.

—Desde que Jeremy y yo decidimos convertirnos en socios. Siempre fue nuestra intención que el día que nosotros nos jubilásemos, vosotros ocupaseis nuestros puestos y acabéis convirtiéndoos en marido y mujer. Incluso pensamos que acabaría pasando de forma natural sin que tuviéramos que intervenir. Ambos sois jóvenes, atractivos y tenéis muchas cosas en común: habéis recibido una educación parecida, frecuentáis los mismos sitios... Dime, ¿qué tienes tú en común con esa Lena?

No me puedo creer que me haya metido tantas veces con Evan por lo suyo con Olivia cuando visto está que lo mío es mucho peor. Mi padre ha planeado toda mi vida sin ni siquiera tenerme en cuenta.

Quiero dirigir la empresa. Es algo que siempre he querido. Cuando de niño venía a verle a su despacho, me gustaba sentarme en su sillón y jugar a que yo era el jefe. Pero una cosa es aceptar eso y la otra es que me impongan una esposa como si estuviéramos en la Edad Media.

—Papá no voy a darte explicaciones de por qué salgo con quién salgo. Y me da igual las esperanzas que tuvieras puestas en Phoebe y en mí, pero es mi vida y voy a hacer con ella lo que me plazca.

Recibe mis palabras como una ofensa. Lo sé por la forma en la que tira su

cabeza hacia atrás. Se acaricia el mentón y su expresión se vuelve severa, incluso violenta.

—Quizás tú puedas hacer con tu vida lo que quieras, pero yo no tengo porqué sufragártela. Así que, si decides seguir con esa chica, olvídate de que siga pagándote tus gastos. Y olvídate de entrar en la empresa también, por supuesto.

—¿Es eso una amenaza?

—Tómalo como quieras, Adam. Sé que eres una persona testaruda y que nada de lo que te diga ahora te hará cambiar de opinión. Pero también sé que lo tuyo con esa chica tiene fecha de caducidad. Entonces, volveremos a hablar.

Sostengo mi mirada en la suya, incrédulo. No puedo creerme que acabe de amenazarme con cortarme el grifo.

—¿Algo más que decirme? —pregunto con las manos convertidas en dos puños apretados.

—No por mi parte.

—De acuerdo.

Giro sobre mis talones, cojo el pomo de la puerta y doy un sonoro portazo. La secretaria de papá se sobresalta y me mira asustada, pero no me digno ni a despedirme de ella. Porque sabía que mi padre tenía sus cosas. Sabía que a veces podía ser un poco intransigente. Pero lo que no sabía es que sería capaz de pedirme que rompa una relación solo por qué no le conviene.

Oficialmente, el día de hoy acaba de convertirse en uno de los peores días de mi vida. Y los he tenido malos.

# Lena

Han pasado dos semanas desde que la fake news pusiera mi vida patas arriba. Y no solo mi vida, también la de Adam. No sé muy bien qué pasó después de despedirse de mí en la agencia de Dante, pero cuándo volvimos a vernos a las pocas horas me comunicó muy serio que acababa de romper la relación con su padre y que no quería volver a saber de él nunca más.

Sé que tuvieron una gran discusión y estoy convencida de que yo soy la culpable, aunque Adam no ha soltado prenda sobre el tema. Siempre que le pregunto me dice que prefiere olvidar lo sucedido y seguir adelante, pero Adam no está bien por mucho que intente disimularlo. Hay algo que le preocupa, y el hecho de no saber qué es aumenta mi estado de nervios.

Por lo que hace a la noticia falsa de mi supuesto lío con Evan, logramos desmentirlo. Fue sencillo, sobre todo porque en *Yellow Heart Magazine* recibieron una llamada del propio Evan diciéndoles que o retiraban la noticia y se disculpaban, o que pondría todo su empeño en hundir la publicación, y que te diga algo así el hijo de uno de los grandes empresarios editoriales de Estados Unidos debe dar un poco de miedo.

También quedó rescindido mi contrato con Adam. Era lo más lógico y la verdad es que lo agradezco, porque que te paguen por estar saliendo con tu propio novio, es raro. Un poco a lo Julia Roberts en *Pretty Woman* (excepto en lo de ser puta, claro).

Por otro lado, he decidido retrasar unas semanas mi entrada en *The Chronicle* para pasar más tiempo con Adam. Está alicaído y no sé muy bien como animarle. Al menos cuando voy a su casa se entretiene, aunque nunca tiene ganas de nada, ni de hacer el amor, y está más arisco que de costumbre. Mentiría si dijera que esta situación no me preocupa. No me gusta ver a Adam taciturno.

Llamo con los nudillos a la puerta del piso de Adam y tarda una barbaridad en abrirme. Lo hace vestido aún en pijama, pese a que son ya las dos del mediodía.

—Traigo comida china para comer —canturreo pasando al interior. Le doy un beso en los labios y él me corresponde, aunque un poco desgano.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer algo, Adam. Te estás quedando en los huesos. —Y no es el típico comentario de madre preocupada. Adam ha perdido peso desde que esta situación empezó—. Además, he ido a tu restaurante favorito. Tengo rollitos chinos para toda la semana.

Me responde con una mirada furibunda. Sus ojos azules parecen tristes, faltos de vida.

Coloco los diferentes recipientes de comida china sobre la mesa y me siento esperando a que él haga lo mismo. Lo consigo tras una mirada insistente. Cojo los palillos chinos y doy buena cuenta de un plato de ternera con salsa de ostras. Adam coge un recipiente con tallarines tres delicias y lo remueve sin apenas probar bocado.

Cuando acabamos de comer, nos sentamos en el sofá. Me doy cuenta de que hay un montón de sobres amontonados sobre su mesa de centro. Cojo una al azar. Es el sobre de la factura de la luz. Adam me lo quita con un movimiento rápido y se apresura a esconder los otros sobres dentro del mueble.

—Adam, ¿pasa algo? Estás muy raro —pregunto sin entender nada.

—Es... complicado.

No puedo evitar preguntarme si tiene algún problema conmigo. Quizás ahora que lo nuestro no está sujeto a cláusulas y contratos ya no le parezca tan excitante. Quizás ahora que se ha hecho real ha perdido para él todo interés.

—Adam, si hay alguna cosa que quieras decirme, dímela. Si ya no estás enamorado de mí, si te has cansado de estar conmigo... por favor, dímelo. Pero no soporto más esta situación. Tengo la sensación de que estorbo todo el rato, de que no quieres estar conmigo.

Adam me mira con los ojos llenos de pánico y empieza a negar con la cabeza:

—No, no, al contrario. —Vuelve a negar con la cabeza y me coge de las manos—. Esto no tiene nada que ver contigo, nena. No sé qué haría sin ti. Es solo que estoy metido en problemas y no sé cómo solucionarlos.

—Si me los cuentas quizás pueda echarte un cable.

—No hay nada que puedas hacer para ayudarme, Lena. Te lo agradezco, pero esto tengo que arreglarlo yo solo.

###

Siguen pasando los días y las semanas y al final empiezo a trabajar en The Chronicle. No puedo seguir esperando a que la situación de Adam mejore, porque esta mejora no parece llegar nunca. Cada día que pasa es peor que el anterior.

Adam se pasa el día encerrado en casa, con la mirada perdida y dos ojeras enormes marcadas debajo de sus ojos, demostración de que no puede pegar ojo. Incluso he hablado con Evan y Jake para ver si ellos saben por qué está así, pero no saben nada. Están igual de preocupados que yo. Ni siquiera queda con ellos ni les responde las llamadas, por lo que cada vez la cosa va a peor.

El viernes consigo sacarlo a cenar. Quiero que celebremos juntos mi primer artículo publicado en The Chronicle, y aunque le cuesta ceder al final lo hace. Vamos a un restaurante al que Adam se insiste en llevarme, uno romántico con velas y precios algo desorbitados.

La música clásica nos acompaña durante la velada, y durante la hora y media que dura la cena parece que Adam vuelve a ser el mismo de antes. Sonríe y hace comentarios elocuentes que consiguen recordarme la persona que era.

Pero algo ocurre en el momento final. Aunque insisto en pagar yo, Adam coge la cuenta y cuando da su tarjeta de crédito, el camarero le comunica que no tiene fondos. Por unos instantes todo se vuelve muy confuso. Adam le da otra tarjeta y pasa exactamente lo mismo. El rostro de Adam se vuelve blanco y le indico al camarero que pagaré yo. No es que sea rica ni que pueda permitirme cenar en sitios como este a menudo, pero sigo teniendo ahorrado mucho dinero de lo que me pagaron por fingir ser la novia de Adam.

Cuando salimos al restaurante intento hablar de él sobre lo que acaba de pasar, pero no quiere. Se niega. Para un taxi y nos subimos dirección a su piso.

Lo hacemos en silencio, él con cara de querer asesinar a alguien y yo sin comprender nada de nada.

Llegamos a su edificio y vamos directos a la puerta de entrada. El portero nos barre el paso antes de coger el tirador.

—Señor Walter, lamento comunicarle que tendrá que abandonar el piso mañana por la mañana. Esta tarde ha sido rescindido su contrato de arrendamiento.

La cara de Adam se transforma. Muta. Cierra los ojos y sin que pueda hacer nada por evitarlo empieza a golpear la puerta de vidrio que tiene delante de sí. Es una puerta blindada, por lo que no le hace ni un rasguño, pero la sangre empieza a emanar de sus nudillos y lo mancha todo de rojo. El portero intenta evitar que continúe con los golpes, pero Adam se le encara y decido interceder poniéndome en medio.

—Adam, para, ¡¡tienes que parar!! —exclamo gritando.

Parece que mis gritos le hacen volver en sí, porque deja de tener los brazos tensionados y sus ojos se enfocan de nuevo.

Le cojo de la mano, manchándome los dedos de sangre, y entramos al edificio dejando atrás al portero que se ha quedado conmocionado.

Entramos en su piso, le obligo a sentarse al sofá y tras coger una gasa y desinfectante, empiezo a curarle las heridas. Cuando termino, le miro muy seria y le digo:

—¿Me vas a explicar de una vez que está pasando?

# Adam

Lena me mira muy seria y yo ya no aguanto más la presión. Llevo semanas intentando disimular que esto me supera, pero ya no puedo continuar así. Papá ha cumplido cada una de sus amenazas y me ha dejado con nada, porque no tengo nada que sea mío, ¡joder! Nunca había sido tan consciente de lo malo que es depender de alguien hasta ese punto. No tengo dinero ni para comprar papel higiénico.

Así que me abro a Lena y me sincero con ella, aunque sé que mi confesión le hará daño. Le explico que papá me chantajeó para que la dejara. Que ha anulado todas mis tarjetas, los pagos de mis facturas y del piso. Que en dos semanas me quedaré sin móvil porque no puedo pagarlo y que a partir de mañana no tengo casa en la que vivir.

Ella me escucha sin decir nada. Deja que lo suelte todo y lo hace acariciando los nudillos destrozados de mis manos. Cuando termino, se inclina y besa las heridas de mis manos con suavidad.

—Lo siento.

—¿El qué? —pregunto sin entender sus disculpas.

—Siento que te hayas visto envuelto en este embrollo por mi culpa.

Me afano en negar con la cabeza.

—Tú no tienes la culpa de nada. Esto es algo entre mi padre y yo. Sé que él me está poniendo a prueba. Cree que actuando de esta manera volveré disculpándome con el rabo entre las piernas. Y no pienso hacerlo, aunque eso signifique acabar viviendo bajo un puente.

—¿Y qué dice tu madre de esto?

—Ella nunca dice nada. Además, jamás llevaría la contraria a mi padre.

Se muerde el labio con preocupación y se toca el pelo, pensativa.

—Podrías mudarte conmigo y con Harper una temporada hasta que esto se solucionase.

—¿Y si no se soluciona? —Hago una mueca.

—Ningún problema dura para siempre.

Tiene razón en eso, pero también sé que mi padre no dará nunca su brazo a torcer. Porque es así: terco y orgulloso. En eso ambos somos iguales. Y es capaz de buscarse un nuevo sucesor para la empresa antes que darme la razón.

—Llevo toda la vida queriendo dirigir esa multinacional, Lena. Lo daba por hecho. ¿Y si tengo que renunciar a ello?

—No voy a dejar que renuncies a tu sueño por mí —dice ella con los ojos vidriosos.

—Eh, nena... —Le toco la mejilla cuando una lágrima rueda hacia abajo —Tú eres mi sueño. Lo demás es circunstancial. Si tú no estás en la ecuación nada vale la pena.

Lena sonrío, pero sé que se trata de una sonrisa triste. Su situación tampoco es fácil, por eso no quería contarle nada, porque sabía que se sentiría culpable. Y no es justo, porque ella no tiene la culpa de nada. Bueno, sí, tiene la culpa de ser tan maravillosa que haya acabado jodidamente enamorado de ella.

—Al menos acepta quedarte conmigo unos días hasta que veamos cómo se desarrolla todo.

—¿A Harper no le importará?

Se encoge de hombros.

—No te preocupes por ella, se adaptará rápido.

###

Al día siguiente llamo a Jake y Evan para que me ayuden a sacar mis cosas del piso. Después de haberme sincerado con Lena, no me cuesta nada ser sincero con ellos también. Ninguno de los dos acaba de creerse que haya plantado cara a mi padre con Lena. Porque, aunque algo canalla, siempre he acabado acatando sus órdenes.

Evan me permite guardar mis cosas en una habitación vacía de su piso y Jake me ofrece quedarme con él. Les doy las gracias y de repente me siento aliviado, incluso positivo. ¿Y si al final las cosas acaban saliendo mejor de lo esperado?

###

Los días pasan y me he acostumbrado a una nueva rutina que empieza por las mañanas cuando Lena se marcha a trabajar. Se levanta muy temprano y llega sobre las siete u ocho de la noche con cara de cansada y muchas novedades que contarme. Durante el día me dedico a buscar ofertas de empleo y enviar currículums. Necesito trabajar, ver que puedo conseguir mi propio dinero sin necesidad de estar mantenido por mi padre. Por ahora no me ha respondido ninguna empresa, y no me extrañaría que mi padre estuviera detrás de ese silencio, así que estoy planteándome empezar a buscar trabajo en pequeñas empresas familiares donde no puedan llegar los tentáculos de Robert Walter.

La primera entrevista de trabajo la consigo tres semanas después de mudarme a casa de Lena. La entrevista va tan bien que a los dos días firmo el contrato y me incorporo en la plantilla de una pequeña fábrica de muebles artesanos para llevarles la contabilidad.

Los días siguen pasando y con ellos las semanas y los meses.

Hoy hace ya dos meses que empecé a trabajar en la fábrica de muebles artesanales y tengo que confesar que no me desagrada nada el trabajo. Tengo un sueldo humilde y unos compañeros de oficina que no saben lo que es vestirse con estilo, pero son agradables y me tratan bien.

Llego a casa y me encuentro a Harper y Gabe mirando la tele. Parece que las cosas entre estos dos van mejor, o al menos disimulan en nuestra presencia. Les saludo, me devuelven el saludo y voy hasta la habitación de Lena. Ella suele llegar más tarde que yo, así que me doy una ducha y decido esperarle en la cama mientras veo una de esas series a las que Lena me ha enganchado.

Oigo que llaman el timbre. Imagino que Harper abrirá la puerta así que no me levanto. Escucho el sonido de una voz que me es familiar. Pauso el reproductor de video y agudizo el oído, pero no distingo bien la voz en cuestión. Segundos después, la puerta de la habitación se abre y Harper se asoma por ella:

—Tienes visita —dice con el rostro algo compungido.

—¿Quién?

Abre la puerta del todo y la veo. A mi madre de pie sobre el salón. Desde aquí puedo ver sus ojos enrojecidos como si hubiera estado llorando, la dejadez de su pelo rubio despeinado y las arrugas en su vestido, algo nada común en alguien tan dado a las apariencias como ella.

Me levanto y me dirijo hacia ella. Gabe y Harper nos dejan solos para darnos algo de privacidad.

—¿Mamá? —pregunto.

Mi voz la saca de sus pensamientos y me mira. Sus ojos se llenan de lágrimas cuando se encuentran con los míos.

—Siento presentarme a aquí de esta manera. No tengo tu nuevo número de teléfono y Jake me dijo dónde podía encontrarte.

Tuve que cambiarme el número de móvil cuando cerraron mi antigua línea. Quise recuperarlo, pero fue del todo imposible.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con un mal presentimiento recorriéndome por dentro.

—Es tu padre... —su voz se rompe y no puede acabar la frase. Yo tampoco quiero que la acabe, porque sé lo que va a decir y no quiero escucharlo. No estoy preparado para escucharlo.

Aún así, me veo en la obligación de preguntar:

—¿Qué le ha pasado a papá?

—Ha sufrido un infarto mientras trabajaba. Estos últimos meses ha tenido mucha presión, ha trabajado más horas de las que físicamente podía, y su viejo corazón no lo ha aguantado...

—Dime que está bien —prácticamente lo suplico.

—Ha muerto al instante, cuando han llegado los médicos no han podido hacer nada para salvarle la vida... —Su voz vuelve a quebrarse y se echa a llorar, pero ahora no llora sola, sino que mis lágrimas le acompañan.

Me acerco a ella y la abrazo. Es verdad que papá parecía cansado, que tenía mal aspecto, pero nunca creí que pudiera acabar de esta forma. No puedo creerme que ya no esté, que se haya ido, y una extraña sensación de irrealidad me posee. Es como si lo estuviera viviendo todo fuera de mi cuerpo, en la

distancia. Como si fuera un simple espectador de lo que ocurre.

Mientras dejo que las lágrimas resbalen por mis mejillas no puedo dejar de pensar en las últimas palabras que papá y yo nos dirigimos. En nuestra discusión. En el último recuerdo que tengo de él y en la mierda que es no poder cambiarlo, crear otro, decirle que, pese a todas nuestras diferencias, le quiero.

Y los recuerdos se mezclan en mi cabeza y todo se vuelve oscuro. Recuerdo las escapadas en los Hamptons durante mi infancia, las noches que llegaba a casa tarde y se pasaba por mi cuarto para darme un beso, aunque estuviera dormido, el olor de su aftershave después de cada afeitado y su cara de orgullo cuando saqué la mejor nota de mi promoción en la universidad.

No todos los recuerdos que tengo de él fueron buenos, pero sí tengo muchos que me hacen desear dar marcha atrás en el tiempo para gestionar de otra manera todo lo que sucedió entre nosotros.

Ojalá todo sea una pesadilla y al abrir los ojos nada de esto haya ocurrido...

# Lena

Hace un sol de justicia. Siempre he pensado que los funerales deberían celebrarse en días lluviosos, con el cielo encapotado y gris. Pero no, hoy no llueve, y el funeral se celebra con los rayos del sol acariciándonos la cara. Es un día alegre, un día ideal para hacer un picnic en Central Park, pero en vez de eso estamos frente a una tumba abierta viendo como entierran al padre de Adam.

El oficio ha sido precioso. Las palabras del padre Thomas me han hecho soltar una de las lágrimas que llevo reprimiendo desde que Adam me dio la noticia. Quizás yo no conocía bien a ese hombre. Quizás yo no le gustaba y detestaba que estuviera con su hijo, pero eso no hace que sienta menos pena por su muerte. Era el padre de Adam, el hombre que lo vio crecer y que le ayudó a convertirse en la persona que es ahora. No importa que estuvieran pasando por una crisis ni que yo fuera la responsable. Adam quería a su padre, lo admiraba y sé que la forma en la que terminaron le hace sentir culpable.

Hoy Adam no está a mi lado. Está con su madre, y lo entiendo, es con ella con quién debe estar. Pero odio verle en la distancia, con el rostro sombrío y triste sin poder hacer nada para animarle. Aunque sé que no hay nada que pueda decir o hacer para que se sienta mejor.

Harper debe captar mi congoja, porque me coge de la mano y la acaricia con firmeza. Ha insistido en acompañarme, aunque sé que los funerales no le gustan nada.

Cuando termina el oficio y la tierra que hemos tirado a puñados uno a uno sobre el ataúd que ya está colocado varios metros bajo tierra, Harper y yo decidimos marcharnos. Sé que en casa de Adam harán una pequeña reunión familiar con comida para hablar sobre su padre, pero también sé que después de todo lo que pasó ese no es mi sitio.

Durante el funeral he sentido la mirada de la madre de Adam sobre mí, y he podido apreciar su animadversión. Supongo que es normal, para ella soy la chica que hizo que su marido y su hijo se pelearan justo antes de muriera.

Visto así soy la mala de la película.

Me acerco a Adam para despedirme, pero cuando le hablo es como si no me viera. Tiene la mirada perdida, y solo me susurra un *hasta luego* que me deja algo preocupada.

Me quedo en casa todo el día. Ya he avisado a Mike de que hoy no iría a trabajar, quiero estar con Adam cuando regrese. Pero Adam no regresa. Son las once de la noche y no tengo noticias suyas.

Le llamo y tiene el móvil apagado y la desazón empieza a comprimirme la garganta y me hace una bola en el estómago. Llamo a Evan primero y a Jake después, pero ninguno de ellos sabe dónde se ha metido. No lo han visto en toda la tarde. Desapareció de la reunión en su casa y no han vuelto a saber de él.

Me paso toda la noche en vela, preocupada. No sé dónde está ni que puede estar haciendo. Es imposible no temer que le haya pasado algo malo.

A las cuatro de la madrugada recibo una llamada de Jake:

—Está aquí, en mi casa, acaba de llegar en taxi. No te preocupes está... bien. —Le cuesta decir la última palabra y sé que no debe estar todo lo bien que debería.

—Jake, ¿dónde ha estado?

—Oye, eso no importa. Está aquí, sano y salvo, eso es lo que de verdad importa.

Escucho de fondo el sonido de una voz que arrastra las palabras y luego una exclamación.

—Joder, tío, ¡me has vomitado en los zapatos! —esa es la voz de Evan.

¿Adam está borracho? El corazón me late fuerte contra el pecho. Adam lleva mucho tiempo rehabilitado y le costó mucho dejar de beber y consumir drogas. La idea de que haya recaído me provoca náuseas y ganas de llorar.

—Jake, dame tu dirección. Voy para allá.

—No, Lena. Adam nos ha pedido específicamente que no quiere que vengas. No quiere que le vas así.

No puedo negar que esas palabras me duelen. ¿Adam no quiere verme? ¿Por qué me aparta de esta manera? Desde que se enteró de la muerte de su padre que me ha estado evitando. ¿Me responsabiliza de lo que sucedió?

—De acuerdo. —Cuelgo y me tumbo en la cama.

Empiezo a llorar, no puedo evitarlo. Esta situación me supera. Todo iba bien. Nosotros íbamos bien. Por primera vez en mucho tiempo, con Adam y Harper en esta casa, sentía que volvía a tener una familia.

Harper abre la puerta de mi habitación, entra y se tumba a mi lado en la cama. Me abraza por detrás y me besa el pelo, consolándome. Y arrullada por su cariño me quedo dormida.

###

Han pasado dos semanas desde el entierro del padre de Adam y no he vuelto a saber nada de él. Solo un mensaje:

**Adam:** Necesito estar solo.

Me siento frustrada. Sé que necesita pasar el duelo. Sé que necesita recuperarse del dolor que le produce la muerte de una de las personas más importantes de su vida. Lo que no entiendo es que para conseguirlo tenga que hacerlo lejos de mí.

Hoy en la redacción estamos a tope. Yo me estoy encargando de una noticia de política local y no hago más que consultar fuentes y responder llamadas. Por ello no puedo leer el mensaje que me ha mandado Harper hasta que voy a la salita de descanso a por un sándwich en la máquina expendedora.

Me meto una esquina en la boca y abro el móvil. El mensaje de Harper no es muy claro:

**Harper:** Creo que necesita ayuda.

Acompaña el mensaje con un enlace a una noticia de una revista del corazón. Abro el enlace y nada más llegar a la página web leo el titular: “Adam Walter vuelve a las andadas”. Y el subtítulo: “El heredero de la fortuna Walter golpea a un camarero de un local de Manhattan cuando este se niega a servirle otra copa”. La noticia va acompañada con la foto de un Adam completamente ebrio que no parece sostenerse en pie.

Se me cierra la garganta de golpe y me veo obligada a correr hasta la papelera para vomitar lo poco que he comido.

Diez minutos más tarde, Mike me encuentra bañada en sudor, abrazada a la papelea y me obliga a regresar a casa. Se piensa que estoy así por algún tipo de virus estomacal y no me he atrevido a decirle la verdad.

Salgo de la redacción, miro la aplicación de Google Maps en el móvil y busco el hotel Lawler. Sé que Jake vive ahí, lo sé porque Adam me lo explicó una vez, así que decido parar un taxi y darle la dirección para que me lleva hasta Adam. Se ha estado quedando con Jake, y por mucho que me haya pedido estar solo, no puedo seguir viendo cómo se hunde en una espiral de autodestrucción como esta.

Una vez llego al edificio, salgo del taxi y entro. El Hotel Lawler es uno de los más lujosos de Nueva York. Todo está decorado con mucho gusto, con detalles en oro, muebles artesanos y tejidos de gran calidad.

Me dirijo hasta la redacción y le pregunto a la recepcionista por la habitación de Jake.

—Lo siento, señorita, no me está permitido dar esta información —me dice ella muy seria.

Es una chica muy guapa, parece modelo, y me mira con la mirada desafiante, como si creyera que soy una especie de fan de Jake que ha venido a acosarle.

—Me da igual lo que le esté permitido, necesito ver a Jake ahora mismo.

—Como le digo, no puedo decirle cuál es su habitación, así que le pediría que se marchase.

—Y yo le pediría que se fuera a la mierda, así que estamos empatadas. ¿Me puede decir de una vez donde puedo encontrar a Jake Lawler?

Abre mucho los ojos. Supongo que no está acostumbrada a enfrentarse a una chica deslenguada como yo. Y mira que no suelo decir muchas palabrotas, pero es que mi nivel de cabreo va en aumento.

—Señorita, si no se marcha me veré obligada a llamar a seguridad.

—Eso no va a ser necesario, Lauren. —La voz de Evan se proyecta desde detrás y me salva de una situación que se preveía humillante. Me giro y al verle se me escapan un par de lágrimas.

—Pero señor Dankworth...

—Yo me encargo de todo.

Le dedica una sonrisa de esas que podrían usarse para desarmar al enemigo en plena guerra de lo deslumbrante que es, me coge del codo y me retira de la recepción hasta un rincón algo apartado.

—Pero ¿estás loca? Podrías haberte metido en un lío.

—Quiero ver a Adam.

—No creo que sea buena idea, Lena. No está pasando por un buen momento.

—Eso ya lo sé. —Desbloqueo el móvil, levanto el brazo y le enseño lo que aparece en pantalla: La noticia que me ha pasado Harper.

Evan resopla.

—La muerte de su padre le ha afectado mucho, Lena. Tienes que comprenderlo. Ahora mismo lo que necesita es hundirse del todo para que quiera salir del pozo.

—No puedo quedarme de brazos cruzados mientras echa su vida a perder —gimo entre lágrimas. Porque sí, estoy llorando de pura desesperación.

—Te va a hacer daño, Lena. Ahora mismo Adam es la peor versión de sí mismo.

—No me importa eso. Quiero verle, déjame hablar con él.

Evan se pasa una mano por el pelo y me mira. Sé que está preguntándose qué hacer, y supongo que la respuesta no es fácil.

Al final chasquea la lengua y dice:

—De acuerdo.

Me hace seguirle y subimos en uno de los ascensores hasta la última planta que es de paso restringido. Para ello, debe poner una llave en el panel de pulsar botones. Cuando llegamos al destino, la puerta se abre y vamos a parar a un vestíbulo alargado con tres puertas.

—En esta planta viven los padres de Jake, su hermana Sarah y él —me explica metiendo la llave en la cerradura de una de las puertas.

Entramos directos a una sala de estar de dimensiones desproporcionadas. Este apartamento debe ser casi tan grande como un centro comercial. El salón tiene diversos sofás colocados por la estancia, una barra de bar, un futbolín y una pantalla de tele grande como la del cine. Está bastante oscuro y huele a humanidad. Evan da a la luz y nos encontramos a Adam tumbado sobre uno de

los sofás, durmiendo la mona. Ronca y un reguero de babas cae por la comisura de su boca.

Tiene vómito seco pegado en la cara y la camisa y veo los restos de unos polvos blancos sobre la mesita de centro, al lado de una tarjeta. También hay una botella de whisky vacía tirada en el suelo. Todo esto me supera, y Evan se da cuenta cuando un leve mareo me sobreviene y me agarra por los brazos para sostenerme.

—Ya te he dicho que te haría daño —me recuerda Evan.

Me recompongo. Inspiro aire, lo dejo ir despacio y decido ponerme en movimiento. Abro las cortinas para que entre luz natural en la estancia, y abro un poco la ventana para ventilar. Después, me dirijo hasta la cocina, lleno un recipiente de agua, cojo un paño y regreso con él hasta el salón.

Me arrodillo frente al cuerpo de Adam y le limpio el rostro manchado con el paño humedecido.

—Adam, despierta —voy diciendo una y otra vez mientras limpio los restos del desastre.

Se remueve, pero no hay manera de despertarlo.

—Cuando está así es como intentar resucitar a un muerto —dice Evan detrás de mí.

Y yo acabo perdiendo la paciencia. Por lo que le lanzo todo el contenido del recipiente en la cara haciendo que abra los ojos de golpe.

—¡Ostia puta! —exclama Adam sentándose sobre el sofá.

—Bienvenido al mundo, colega —dice Evan tras de mí soltando una risita.

—Pero ¿por qué coño has hecho eso? —pregunta Adam con la boca pastosa.

Ya no está borracho, no arrastra las palabras, pero está claro que tiene una resaca de campeonato.

—Porque ya es hora de que hablemos.

—No quiero hablar, necesito dormir —dice apretándose el cráneo con las manos, seguro que buscando alivio a la resaca.

—Lo que necesitas es que alguien te diga de una vez unas cuantas verdades. —Hasta ahora estaba arrodillada en el suelo y me pongo de pie.

Antes de volver a hablar, miro a Evan y le pido que nos deje solos. Acepta

alegando que irá a preparar uno de esos brebajes antiresacas que Adam me preparó a mí la otra vez, así que Adam y yo nos quedamos a solas.

—Te dije que quería estar solo —gruñe.

—¿Y qué hay de lo que quiero yo?

—Se murió mi padre, MI padre, ¿comprendes? Creo que lo que quieras tú en este caso es secundario. —Sus palabras me duelen, pero no pienso dejar que me amilanen.

—Mis padres murieron cuando tenía dieciséis años, así que algo sé sobre lo que se siente cuando se muere alguien al que quieres. Puedo ayudarte.

—No puedes ayudarme, Lena. ¿Es que aún no lo comprendes? Rompí la relación con mi padre por ti y ahora él está muerto.

Su comentario me hace parpadear incrédula.

—¿Insinúas que tu padre murió por mi culpa?

—Estaba estresado y yo encima le provoqué más estrés al encararme a él por ti.

Duele. Evan ya me había avisado de que Adam se había convertido en su peor versión, pero este Adam cruel y mezquino no me gusta nada. No parece él.

—Yo no te pedí nada —le recuerdo.

—Tienes razón, no lo hiciste. La culpa fue mía por enamorarme de ti.

—¿Te arrepientes de haberte enamorado de mí?

Siento una punzada en el corazón, como si alguien me hubiera clavado un dardo envenenado. Duele. Duele mucho. Duele más de lo que nunca creí que Adam podría dolerme.

Adam no responde y su falta de respuesta es una respuesta en sí misma. Me pican los ojos a causa de las lágrimas, pero intento ser fuerte para no llorar delante de él.

Evan ha dicho antes que Adam necesita caer del todo para poder levantarse. Y quizás tiene razón, pero yo no puedo estar a su lado mientras veo como se autodestruye. No puedo.

—Adam, te quiero y probablemente te querré toda la vida. Eres la primera persona que ha derribado mis muros, que ha conseguido vencer mis miedos a querer por si querer significaba perder. Y aunque lo que estoy a punto de

decirte me duele como si me quemaran viva en una hoguera, tengo que hacerlo. No puedo seguir así, sobre todo si me excluyes de tu vida y te arrepientes de lo nuestro.

—¿Qué carajos significa eso?

—Que lo nuestro ha sido bonito, pero que se terminó.

—¿Me estás dejando? —Lo pregunta incrédulo, como si no diera crédito a mis palabras.

—No, significa que tú ya has decidido dejarme hace días, pero no eres lo suficiente valiente como para dar el paso. Así que lo hago yo por ti.

Me acerco a él que sigue en estado de shock. Le doy un beso en la frente y le susurro en el oído que le quiero.

Él no se mueve, no hace nada por detenerme, solo me mira como si fuera un holograma, como si no fuera de verdad.

De camino hasta la puerta me encuentro con Evan. No es necesario que le diga nada para que comprenda lo que acaba de ocurrir. Unas lágrimas escapan de mis ojos y Evan sonríe con tristeza.

—Ha sido un placer haberte conocido, Lena.

Le devuelvo la sonrisa triste y me dirijo hasta la salida a sabiendas que dejo aquí parte de mi corazón para siempre.

# Adam

Lena me ha dejado. Me ha dejado. Aún no puedo creerme que lo haya hecho. Aunque me lo merezco, claro. Sé que no estoy pasando por mi mejor momento, que he vuelto a caer en mis adicciones y que eso me hace ser un capullo sin escrúpulos. También sé que llevo todas estas semanas esquivando a Lena y culpándola y culpándome a mí mismo por la muerte de mi padre. Pero la simple idea de perderla me produce tal vacío en mi interior que me duele incluso respirar. ¿Es eso lo que se siente al amar y ser dejado? ¿Es eso lo que he estado evitando todos estos años?

—Bebe. —Evan deja delante de mí el famoso brebaje antiresaca. Lo necesito, aunque ahora mismo preferiría un poco de cianuro, porque el dolor de cabeza que tengo no es equiparable al dolor que siento entre las costillas, justo en el corazón.

—Gracias.

Doy un trago al líquido y siento arcadas. Me lo tomo con ganas de vomitar, pero sabiendo que en pocos minutos empezaré a sentirme mejor. Cuando lo termino, me paso la manga por la boca limpiando los restos del batido.

—Eres un capullo. —La voz de Evan me hace girar la cabeza hacia él.

Está sentado en el sillón de al lado, con las piernas abiertas y los codos apoyados sobre las rodillas. Su mirada destila enfado.

—Tú tampoco eres mi persona favorita, si te sirve de consuelo.

—¿Hacía falta que te comportaras con Lena de esa manera?

—Mi padre está muerto, joder. Tengo derecho a estar mal.

—¿Crees que eres el único que sufre en el mundo? Oh, pobrecito que ha perdido a su papi y ahora todos tenemos que aguantar sus rabietas.

Su comentario me cabrea. Siento como me sube calor por el cuello y me levanto alzando el puño con intención de estampárselo en la cara. Pero antes de que lo haga, él me para con una llave sencilla de judo. Acabo inclinado hacia delante con el brazo con el que le iba a golpear tras la espalda.

—¡Déjame! —exclamo removiéndome.

—No, primero vas escucharme —dice Evan ejerciendo presión desde detrás para inmovilizarme—. Comprendo que estés hecho una mierda, incluso comprendo que hayas recaído en tus adicciones. Lo que no entiendo es porqué pagas tus mierdas con Lena. Ella no tiene la culpa de nada. Tu padre llevaba meses excediéndose en el trabajo. Todo el mundo lo comenta. Dormía en la oficina y apenas se paraba a descansar. ¿Qué la pelea contigo fue un agravante a la presión que sentía? Posiblemente, pero no fue la causa. Así que deja de autocondolerte y asume tus responsabilidades. Porque si no lo recuerdas tienes una empresa que dirigir y mil asuntos pendientes que atender.

Sus palabras son como un bálsamo para mí. Es como si acabara de decir lo que necesitaba escuchar, porque de repente siento alivio. Dejo de removerme y Evan reduce su presión sobre mí. Luego, al ver que mi cuerpo ya no está en tensión, me suelta.

Me siento de nuevo en el sofá y él se sienta a mi lado. Nos quedamos en silencio un rato largo, sin decir nada, dejando que el silencio sea cómplice de este momento.

Luego, me paso una mano por el pelo y miro a mi alrededor. Revivo el desastre de ayer por la noche y suelto un quejido.

—Creo que he metido la pata.

—Hasta el fondo.

—¿Y ahora qué?

—Ahora a levantarte y volver a empezar.

Y aunque tal como lo dice parece fácil, sé que no va a ser nada sencillo arreglar todo lo que he jodido por el camino.

# Lena

Han pasado tres meses desde que Adam y yo rompimos. Han sido tres meses duros, no voy a mentir, le echo mucho de menos, pero también sé que dejarle fue necesario para que Adam se diera cuenta de que estaba echando a perder su vida.

Pocos días después de nuestra ruptura, me llegó la noticia de que Adam había decidido regresar por voluntad propia a la clínica de desintoxicación. Según la noticia que me pasó Harper, Adam había hecho las siguientes declaraciones: “No he sabido gestionar la muerte de mi padre y he buscado consuelo de la peor manera posible, regresando a viejos errores del pasado que ya creía superados. Pido perdón a todas las personas que haya podido dañar por mis acciones. Prometo enmendar lo que he hecho, y empezaré entrando de nuevo en la clínica de desintoxicación para deshacerme de nuevo de mis adicciones.”

Que hubiera tomado esa decisión me alegró muchísimo. Quizás ya no estábamos juntos, pero mis sentimientos hacia él no habían variado ni un poquito. Seguía sintiendo lo mismo y me alegraba que estuviera enderezando su vida, incluso aunque hubiera decidido hacerlo sin mí. Supongo que esto es el amor, querer a la otra persona hasta tal punto que no importa si está o no contigo, lo que importa es que sea feliz.

Adam estuvo en rehabilitación un mes. Su vuelta al Upper East Side fue una noticia que incluso The Chronicle cubrió. Pocos días después de salir de la clínica se puso al frente de la multinacional que su padre le dejó en herencia. De eso hace ya casi dos meses, y desde entonces no dejan de llegarme noticias positivas de sus avances. Sigo añorándolo mucho, tanto que a veces cuando pienso en él me duele el corazón y no puedo respirar.

Sé que me costará olvidarle y encontrar a otra persona con la que llegue a conectar de la manera que contactaba con él, porque lo nuestro fue único, especial. Pero también sé que no hay nada para siempre. Que querer a alguien significa estar dispuesto a la posibilidad de que la relación se acabe. Es un

poco como vivir: uno sabe que para vivir hay que aceptar que tarde o temprano hay que morir.

Harper dice que toda esta experiencia me ha vuelto una cínica, yo creo que solo soy realista. La vida es un constante ir y venir de cosas buenas y malas.

###

Hoy es viernes y salgo de la redacción casi a las nueve. Trabajar más horas de las que me toca me ayuda a tener la mente distraída. Si me voy a casa es porque Mike ha insistido en que no quería verme de nuevo por ahí hasta el lunes. Creo que el pobre se preocupa mucho por mí. Tiene una hija de mi edad y no hace más que decir que le recuerdo a ella.

Regreso a casa en metro y cuando llego me encuentro con Harper arreglada y lista para salir por ahí.

—¿Te vas?

—Sí, he quedado con Gabe.

Hago un mohín, porque eso significa que voy a pasar toda la noche sola, y odio las noches en las que no está porque soy incapaz de controlar mis pensamientos.

—No pongas esa cara, anda —me dice, tocándome la mejilla con suavidad—. Algo me dice que hoy va a ser un buen día.

Yo no comprendo lo que quiere decir con eso, pero me encojo de hombros y me voy al dormitorio a cambiarme. Me pongo un pijama de Bob Esponja y enrolló mi cabello en un moño alto. Cuando salgo al salón de nuevo con la intención de hacerme una bolsa enorme de palomitas, Harper ya está lista para marcharse.

—Bueno, nena, me voy. Nos vemos mañana, ¿vale?

—¡Pásalo bien!

Harper está a punto de salir por la puerta, pero en el último momento se para, se da la vuelta y me mira.

—¿Puedes hacerme un favor? He subido esta tarde a leer un rato en la azotea y creo que me he dejado el libro que estaba leyendo arriba. ¿Podrías

subir a buscarlo?

Alzo una ceja, porque su forma de mirarme es extraña.

—¿Y no puedes esperar a mañana para recogerlo? —pregunto, porque la verdad es que no me apetece nada tener que subir a la azotea en este momento.

—Es que hay previsión de lluvia y no quiero que se estropee. Estaba la cosa muy interesante.

—Está bien, pues me hago las palomitas y subo luego.

—¡No! —exclama ella como si acabara de tener la peor idea del mundo—. Es mejor que subas ahora. No sé cuándo empezará a llover y me fastidiaría mucho no leer el final.

Pongo los ojos en blanco.

—De acuerdo, pesada, subiré ahora.

—¿De verdad? —pregunta como si desconfiara.

—Qué sí —gruño—. Ya puede ser bueno el libro después de tanta insistencia.

—Uff, no te lo puedes llegar a imaginar, cuando acabe de leérmelo te lo dejaré.

La miro con las cejas levantadas. Ella me tira un beso desde la puerta y se va. Refunfuñando para mí sola, cojo las llaves del aparador del recibidor y salgo al rellano para subir los tramos de escalera que me llevan hasta la azotea. La puerta está algo atascada, así que aprieto con fuerza para que se abra y entro.

Me quedo congelada al instante cuando, en vez de encontrarme la azotea vacía de siempre me encuentro con una cosa completamente distinta. De los tendales cuelgan unas guirnaldas de luces en forma de estrellas, en el suelo hay centenares de velas titilantes que iluminan la azotea de una forma mágica y en el centro de todo el espacio hay una especie de zona de Chill out formada por una colchoneta cubierta con un edredón y muchos cojines.

Empieza a sonar *Just the way you are* de Bruno Mars y escucho unos pasos detrás de mí. Me giro con la cara de alucinada total y me encuentro a Adam de pie, vestido con vaqueros y camiseta, con una sonrisa prendida en los labios y los ojos fijos en mí.

Trago saliva sin entender la situación y él se acerca a mí, poco a poco. Se

me acelera el pulso cuando me ofrece su mano y pregunta:

—¿Bailas conmigo?

Se me escapa una risa entre tonta y nerviosa y afirmo con la cabeza. Lo primero que pienso es que mataré a Harper por no haberme dado ninguna pista sobre esto, porque la muy cabrona estaba en el ajo seguro. Podía haberme vestido con algo más decente que un pijama de Bob Esponja.

Adam me coge de la mano, se acerca a mí y me rodea la cintura. Yo apoyo mi cabeza en su hombro y después de muchos meses respiro aliviada, porque siento que vuelvo a estar en casa.

—¿Bruno Mars? —pregunto mirándole a los ojos.

—Harper me dijo que te gustaba.

—Y me gusta, pero no pega mucho contigo.

Se ríe entre dientes y vuelvo a apoyar mi barbilla en su rostro mientras le rodeo fuerte con los brazos. Adam me susurra parte de la canción al oído haciendo que mi corazón se infle como un globo:

—And when you smile / The whole world stops and stares for a while /  
Because girl you're amazing / Just the way you are.

*(Y cuando sonríes /el mundo entero se detiene a mirarte por un momento /  
Porque chica, eres asombrosa / así como eres).*

Cierro los ojos y disfruto del momento sin comprender muy bien que significa todo esto. Solo sé que hacía semanas que no me sentía tan bien. El alivio que siento entre sus brazos es parecido al que se siente cuando llevas conteniendo la respiración durante mucho tiempo y acabas soltándola de golpe.

—Lo siento —susurra Adam, aprovechando que la canción se termina y empieza otra.

Me separo un poco para poder mirarle a los ojos mientras nos seguimos moviendo al ritmo de la nueva canción.

—Yo también lo siento.

—Tú no tienes que sentir nada, nena. Me comporté como un mierda y no te merecías nada de lo que hice. Solo espero que encuentres la manera de perdonarme.

—¿Cómo has convencido a Harper para que colaborara contigo en esto?

—pregunto mirando de nuevo lo bonito que ha dejado este sitio.

—No ha sido fácil. De hecho, la primera vez que le llamé me colgó el móvil llamándome gilipollas pichacorta. —Alza una ceja mirándome con retintín—. ¿Me lo dijo por alguna queja tuya respecto al tamaño de mi polla?

Se me escapa una carcajada, no puedo evitarlo. Así es Harper, sabe qué decir para hacer daño.

—Creo que eso no tiene nada que ver con lo que haya podido decir sobre ti.

—Ya me parecía...

Nos sonreímos y seguimos danzando con suavidad, hasta que al cabo de unos minutos vuelve a preguntarme:

—Entonces, ¿me perdonas?

—Solo si me prometes que no lamentas haberte enamorado de mí —digo recordando la dolorosa frase que me dijo hace unos meses.

—¿Lamentarlo? Nena, lo nuestro es lo más auténtico que me ha pasado en la vida, y partiendo del hecho que empezó siendo una mentira, es mucho decir. Lo que sí lamento es no haber venido a por ti antes. Quería hacerlo, créeme, pero tenía que coger el timón de la empresa y volver a la normalidad antes de hacerlo. Necesitaba sentirme centrado y entero, y ahora que ya lo estoy quiero recuperarte.

—¿Recuperarme? Si nunca me has perdido...

Durante unos instantes solo existen nuestras miradas. Nos quedamos enredados sin decir nada durante lo que parece una eternidad. Y yo necesito más.

—¿Es qué no vas a besarme? —pregunto con mis ojos ahora fijos en sus labios que se curvan en una sonrisa delicada.

—¿Besarte? No, nena. Voy a hacer mucho más que eso.

Se acerca a mí, levanta mi barbilla con su dedo índice y me besa. Siento sus labios mullidos y suaves contra los míos. Me deshago cuando su lengua se interna en mi boca y se encuentra con la mía. El beso empieza algo calmado, pero sube de intensidad en cuestión de segundos, hasta que nuestras respiraciones se entrecortan y nuestros cuerpos se restriegan en busca de más.

Adam cuela una mano por debajo de mi camiseta y me estruja el pecho por

debajo del sostén. Gimo contra su boca y me froto contra su erección deseando que la ropa se volatice.

Caminamos a trompicones por la azotea con cuidado de no tirar ninguna vela. El único incendio que queremos ver es el que surja de unir nuestros cuerpos. Nos dejamos caer sobre la colchoneta. Él encima y yo debajo. Necesito sentir su cuerpo con plenitud, y él debe pensar lo mismo, porque nos arrancamos la ropa a tirones.

Nos quedamos desnudos y Adam decide recorrer cada milímetro de mi cuerpo con la lengua. Primero baja hasta mis pechos y, uno a uno, empieza a morder y succionar, como un prólogo de lo que está a punto de pasar entre mis piernas a continuación.

Y no se hace rogar mucho, porque pronto su boca desciende dejando un reguero de saliva a su paso y su lengua empieza a hacer maravillas en mi sexo. Lo conoce a la perfección y eso es algo que se nota por cada uno de los movimientos que hace su lengua. Lame, succiona, besa, me pone a mil, y cuando estoy a punto de correrme le pido:

—Fóllame, por favor. Quiero sentirte.

Separa su boca de mi entrepierna y me mira con una sonrisa canalla en los labios. Sube de nuevo por mi cuerpo, me besa hambriento y, tras colocarse un condón, me penetra.

Su miembro me llena por completo en una sola embestida. Suelto un suspiro como si el hecho de sentirlo nuevamente dentro de mí me saciara después de meses de sequía.

Empieza a moverse, con sus dedos apretados en mis caderas y su boca pegada a la mía. Cuando está a punto de correrse, deja de besarme para mirarme a los ojos.

—Mírame, por favor —me pide.

Abro los ojos que tenía cerrados por el placer y los fijo en los suyos. Están oscurecidos, pero brillan de una forma especial. Siento que estoy al límite, y segundos después, me dejo ir. En dos embestidas más, Adam se corre también.

Nos quedamos tumbados en la oscuridad de la azotea, sin decir nada, con los ojos fijos en esas guirnaldas de estrellas que brillan con intensidad.

—¿Y ahora qué? —le pregunto yo, ladeando mi cabeza para que nuestros ojos vuelvan a encontrarse.

—¿Ahora? Pues a vivir la vida juntos.

Y con esa respuesta que no puede ser más perfecta, nos besamos de nuevo antes de volver a fundir nuestros cuerpos.

# Epílogo

## Lena

### *Un año después...*

La nieve ha llegado a Nueva York y lo ha cubierto todo de blanco.

Hace frío y cada vez que abro la boca una bocanada de humo se escapa de entre mis labios. Tengo la nariz congelada. Seguro que está roja como un pimiento. Y eso que he salido a la calle bien abrigada: llevo un abrigo gordo, una bufanda que se enrolla un total de cuatro veces sobre mi cuello, unas botas con forro peludo hasta las rodillas y un gorro con orejeras y borlas.

Miro el reloj y me pregunto cuánto tardará Adam en llegar. Me ha enviado un mensaje hace un rato con la dirección de un edificio de pisos en Fifth Avenue y me ha pedido que lo espere aquí. Pero como tenga que esperar mucho rato más se me van a congelar hasta las ideas.

Cuando ya estoy a punto de llamarle para preguntarle donde se ha metido, un coche estaciona delante y Adam baja de él. Lleva traje y un abrigo tres cuartos encima.

Desde que es director general de la multinacional que heredó de su padre ha trabajado duro para que todo funcionara a la perfección. También se ha esforzado para cambiar la forma en la que se gestionaba la empresa para que su futuro no sea una copia del futuro que tuvo su padre. Se ha rodeado de un buen equipo para que le ayuden a gestionar el negocio y, de esta forma, poder delegar en todo lo que le pueda para no tener que renunciar a tener una vida por tener un trabajo.

Yo me alegro de que sea así, porque la idea de estar con una persona que solo piense en su trabajo no era algo que me hiciera especialmente ilusión. Y eso que yo también me paso parte del día fuera cubriendo noticias, pero siempre saco un hueco para nosotros dos.

—¿Llevas mucho esperando?

—He estado a punto de convertirme en un cubito de hielo, pero aparte de eso...

Se inclina para darme un beso en la nariz y sonrío.

—¿Vamos?

Frunzo el ceño.

—¿A dónde?

Señala detrás de mí. Me giro y me fijo en el portal del edificio. La puerta es grande y hecha de hierro forjado.

Le miro interrogativamente y Adam se ríe entre dientes. Me coge de la mano y se dirige hacia la puerta. Saca unas llaves del bolsillo del abrigo, introduce una en la cerradura y entra al vestíbulo de baldosas de granito grandes, claras y brillantes.

—Pero... —No me deja acabar la frase, tira de mi mano y me dirige hasta el ascensor abierto guiñándome un ojo.

Aprieta el botón de la tercera planta y cuando llegamos vuelve a tirar de mi mano por el pasillo alargado hasta una puerta de madera maciza, donde vuelve a introducir una nueva llave en su cerradura.

Entramos en un piso grande y espacioso de paredes blancas y suelos de madera. Del recibidor pasamos a un salón inmenso con chimeneas, molduras y bonitos rodapiés.

—Tiene cinco habitaciones, dos baños, un vestidor y una terraza desde la cual se ve Central Park. —Señala las cortinas con un dedo y mis ojos se iluminan como cuando de niña veía los regalos bajo el árbol el día de Navidad.

Descorro las cortinas y ahí está, la terraza con vistas a uno de mis lugares favoritos de Nueva York.

—Adam, ¿qué hacemos aquí? —digo girándome sobre mis pies para mirarle.

—He pensado que, si quieres, esta podría ser nuestra casa.

—Pero si ya tenemos una casa.

Y es que después de nuestra reconciliación Adam y yo acordamos compartir un piso. Él había estado quedándose todo ese tiempo con Jake y

decidimos compartir un loft pequeño en el Upper East Side. Le comenté en su momento que siempre había querido vivir en Manhattan cerca de Central Park, pero esto...

—¿No es demasiado? ¡Es un piso enorme! —digo abriendo los brazos, como si quisiera abrazar toda esa inmensidad.

—Tiene que serlo si quieres que tengamos una familia numerosa como la de Ron.

No me puedo creer que se acuerde de eso. Del comentario que le hice mientras veíamos Harry Potter.

—¡Estás loco! —exclamo entre risas, abrazándole.

—No, tú me vuelves loco.

Sonrío.

Sonríe.

—Entonces, ¿te parece bien que nos mudemos aquí?

Le beso como respuesta porque sé lo que esto significa. Es su forma de decirme que quiere un futuro conmigo. Que cree en un para siempre juntos.

—¿Sabes una cosa? —le pregunto con mis labios pegados a los suyos.

—¿Mmmmm?

—Estaba pensando que para tener tantos hijos primero tendremos que ensayar mucho.

—Me parece una idea estupenda. —Y riéndose contra mi boca, me coge en volandas y entramos en una habitación.

# **¿No quieres perderte ninguna de mis historias?**

Hola, soy Elle Valentine, la autora de esta novela. Quiero darte las gracias por leer la historia de Lena y Adam. Si quieres estar al día de todas las novelas que publique, puedes hacerlo mediante mi página de Facebook:

<https://www.facebook.com/Ella-Valentine-622187838297008/>

¡Gracias!